Hispanidad

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Pablo Neruda

Mi ciudad perdida

Carlos Franz

Comunidad de Madrid

Cubierta:

Pablo Neruda en 1938
(Archivo Bernardo Reyes)

Madrid: plano de sus vías públicas /
Ayuntamiento de Madrid, Sección de
Estadística. Artes Gráficas Municipales, 1934
(Biblioteca Regional de Madrid. Mp.IV/14)

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Pablo Neruda

Mi ciudad perdida

Carlos Franz

Comunidad
de Madrid

PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID
Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE
Mariano de Paco Serrano

VICECONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE
Luis Fernando Martín Izquierdo

DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL Y OFICINA DEL ESPAÑOL
Bartolomé González Jiménez

SUBDIRECTORA GENERAL DEL LIBRO
Isabel Moyano Andrés

MAPA DE ESCRITORES HISPANOAMERICANOS EN MADRID:
PABLO NERUDA

EDITA:
Comunidad de Madrid

TEXTOS:
Carlos Franz

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
conarquitectura ediciones

IMPRESIÓN:
Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid

Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

comunidad.madrid/publicamadrid

© de la edición: Comunidad de Madrid
© de los textos: Carlos Franz
© de las imágenes: Ministerio de Cultura. Archivo General de la Administración, Archivo ABC, Archivo Bernardo Reyes, Archivo Carlos Franz, Archivo Fundación Federico García Lorca-Centro Federico García Lorca, Granada, Archivo Fundación Neruda ©Pablo Neruda y Herederos de Pablo Neruda C/o Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A., Biblioteca Regional de Madrid, Fred Julsing por familia Julsing, Gauda, Museo de Historia de Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid, Colección Patricio Pérez Aguilar, Santiago de Chile, Servicio Histórico del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid (COAM), Memoria de Madrid, Archivo de Villa, Archivo Fotográfico de la Delegación de Propaganda de Madrid durante la Guerra Civil, Depósito digital de documentos de la Universidad Autónoma de Barcelona.

ISBN: 978-84-451-4241-7
DL: M-15683-2026
Impreso en España — Printed in Spain

ÍNDICE

Primera parte.
Primera visita y largos rodeos 9

Segunda parte.
Direcciones en Madrid 35

Tercera parte.
Madrid por última vez 133

Epílogo sin regreso 147

Bibliografía 153

Sitios de Pablo Neruda en Madrid 156

PRESENTACIÓN

En 1934, Pablo Neruda llega a Madrid como agregado cultural en el marco de su carrera diplomática. Esta experiencia madrileña que se prolonga hasta el estallido de la Guerra Civil introdujo una profunda transformación en su vida y en su escritura, convirtiéndose en uno de los periodos más decisivos de su trayectoria personal y literaria.

Neruda se encuentra durante los primeros años de la década de 1930 con una España que vive una gran efervescencia cultural. La ciencia, la literatura, las artes y el pensamiento vivían un periodo de excepcional vitalidad, impulsado, entre otros movimientos, por la Generación del 27. Madrid se había consolidado como uno de los grandes centros intelectuales y artísticos de Europa.

Neruda se incorporó a aquel Madrid moderno y vanguardista. Participó en tertulias, encuentros literarios y recitales, colaboró con diversas publicaciones y dirigió la revista *Caballo Verde para la Poesía*, en torno a la cual se reunieron algunas de las voces más destacadas del momento. Federico García Lorca, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre, entre otros, formaron parte de un círculo de afinidades literarias que pronto se convirtió también en una sólida red de amistad.

Su vivienda en la Casa de las Flores se convierte en mucho más que un lugar de encuentro para estos poetas. Fue un reducto de convivencia y afecto, un espacio de intercambio y renovación poética.

Madrid no fue solo un destino para Neruda, como Neruda no fue solo un poeta más en Madrid. Fue una figura esencial y protagonista de una de las etapas más brillantes de la cultura española del siglo XX.

Por ello, Pablo Neruda, Premio Nobel de Literatura en 1971 y uno de los poetas más influyentes y leídos del siglo XX, no podía faltar en este Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid, coordinado por el académico Sergio Ramírez Mercado. Su paso por la capital dejó una huella indeleble tanto en su obra como en la memoria literaria madrileña.

Mariano de Paco Serrano
Consejero de Cultura, Turismo y Deporte

Pablo Neruda en 1938. Su experiencia española gravitó sobre él durante el resto de su vida. ©Archivo Bernardo Reyes.

PRIMERA PARTE.
PRIMERA VISITA Y LARGOS RODEOS

Neruda en Colombo, Ceilán, 1929.
©Archivo Fundación Neruda.

«A mí me hizo la vida recorrer los más lejanos sitios del mundo antes de llegar al que debió ser mi punto de partida: España»[1].

Pablo Neruda, *Viaje al corazón de Quevedo*

1. Precursores en la «madriditis»

Desde muy joven, desde muy lejos, la estrella de Neruda le mostraba el camino de Madrid. Tuvo que recorrer medio mundo y dar larguísimos rodeos para seguirla. Pero el poeta no cejó. Persiguió sin rendirse esa

1 Neruda, OC, IV, 454.

estrella que le señalaba la ciudad de su destino. Madrid fue suya por un tiempo, un tiempo breve (dos años y medio). Y la perdió para siempre. «Ay, mi ciudad perdida», escribió, décadas más tarde.

¿Cuándo fue la primera vez que Neruda intuyó que la encrucijada de su destino podía estar en Madrid? Imposible precisarlo. Pero no está prohibido especularlo e imaginarlo (eso es lo que hacemos mejor tanto los poetas como los novelistas). Sabemos que a sus dieciséis años, durante un veraneo en el remoto Puerto Saavedra, en el sur más indígena de Chile, el adolescente Neruda leyó a Pérez Galdós[2]. ¿Fue entonces?

Sin duda, aquel poeta adolescente también leyó a Rubén Darío, el gran precursor. La biografía del nicaragüense le habrá enseñado que un poeta provinciano puede alcanzar un triunfo universal, si persiste en el largo y enrevesado camino que conduce a ese éxito. Hay una simetría entre la ruta zigzagueante que hizo Darío para llegar a España en 1892 y los rodeos asiáticos y americanos que recorrió Neruda para alcanzar Madrid casi cuarenta años después. Rubén Darío viajó de la pequeña ciudad de León, en su Nicaragua natal, hasta Managua, de ahí viajó al Valparaíso de Chile. Enseguida, hubo de retornar a Centroamérica y pasar penalidades allá hasta que, por fin, pudo viajar a Madrid.

Para Darío Madrid fue una alternativa a París. Igual cosa fue para muchos escritores chilenos anteriores a Neruda. Luis Orrego Luco[3] y Emilio Rodríguez Mendoza (amigos de Darío, precisamente), vivieron en Madrid a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Después, en 1918, Vicente Huidobro —«el que trajo las gallinas», según González Ruano— revolucionó la poesía española durante su estadía de tres meses en la Plaza de Oriente, número 6[4]. Más tarde, vivieron o pasaron temporadas en la ciudad Augusto D'Halmar, Armando Donoso y María Monvell, Teresa Wilms Montt, Víctor Domingo Silva y, sobre todo, Gabriela Mistral.

De todos esos escritores chilenos afincados en Madrid antes que Neruda, el más madrileño, madridófilo y madridólogo fue el novelista y periodista Joaquín Edwards Bello, explorador andariego de los rincones más escondidos de la ciudad. Sus numerosas crónicas madrileñas y su

---

2 Loyola, *El joven Neruda*, posición 834.

3 Ramírez, 11.

4 En 2009 la embajada de Chile en España —mientras el autor de este libro era su Agregado Cultural—, inauguró una placa municipal que recuerda a Huidobro en ese lugar.

novela, *El chileno en Madrid* (título desangelado para un relato muy vívido), forman un espléndido fresco de la Villa y Corte vista con ojos enamorados y extranjeros, o sea, con pasión y con extrañeza.

Edwards Bello llamó «parisianitis» al delirio de algunos hispanoamericanos por París. Pero él sufrió de una «madriditis» aguda que intentó explicar de este modo: «Madrid puede asimilar españoles y americanos de todas partes y les da un espíritu de neomadrileños». Puso como ejemplo de novelista neomadrileño a Galdós[5].

Un jovencísimo Neruda, de diecisiete años, se estableció en Santiago de Chile desde marzo de 1921. Allí, en la primera parte de esa década, conoció a Joaquín Edwards Bello, el «neomadrileño» que viajó a Chile un par de veces desde España[6]. De boca de Edwards el joven poeta pudo escuchar chismes sobre el Ultraísmo, su apogeo y decadencia. Edwards Bello conoció a muchos de sus protagonistas y al crítico en jefe de ese movimiento poético: Rafael Cansinos Assens. Escuchando esos relatos Neruda pudo entrever el vacío de poder poético (metáfora y oxímoron) que se abría en las letras españolas a mediados de los veinte. ¿Quién llenaría ese hueco? No era imposible que lo hiciera un americano ya que antes lo había logrado Darío. Desde muy joven Neruda fue un animal tan poético como político. Esa sospecha de un trono disponible para quien tuviera el valor de ir a disputarlo tuvo que reforzar su deseo de ir a Madrid.

Tan importante como el deseo de poder es el deseo de placer. Edwards Bello no solo conocía las tertulias literarias de los cafés, también había explorado a fondo el Madrid popular, «áspero y bronco». Las conversaciones con Edwards y la lectura de sus crónicas enviadas desde Madrid contribuyeron a formar en Neruda la convicción de que allá estaban dos de las cosas que ese joven poeta más deseaba en ese momento: la fama y la bohemia, ambas literarias.

Como quiera que se implantara en él esa ambición, Neruda intuyó desde mucho antes de conocerla que Madrid sería, para él, su Ítaca, su camino de Damasco[7].

---

5 Edwards Bello, 30 y 38.

6 Por ejemplo, Joaquín Edwards Bello vino a Chile por algunos meses ese año, 1921. Entonces Edwards aún quería ser poeta y se ufanaba de ser President Dadá au Chili nombrado por Tristan Tzara.

7 Ver Sáinz de Medrano, 60.

Sin embargo, por el momento la única oportunidad de salir de Chile que se le ofreció al brillante pero pobre y novel poeta, de 23 años, fue un consulado en Birmania, en el remoto Oriente. Aquel destino diplomático tan alejado de sus sueños españoles se transformaría para Neruda en «la prueba del héroe», ese desafío que todo joven que sale al mundo debe superar antes de cumplir su sueño. Antes de acercarse a su arcadia tendría que alejarse de ella, dar un gigantesco rodeo. Algo similar le había ocurrido al joven Darío cuando, para escapar de Nicaragua, solo encontró abierta una ruta hacia el fin del mundo: Valparaíso.

2. La primera visita a Madrid, 16 al 20 de julio de 1927

El 15 de junio de 1927, Neruda cruzó la cordillera de los Andes iniciando el periplo que debía llevarlo al sudeste asiático. El sábado 16 de julio de 1927, después de viajar durante un mes atravesando la cordillera de los Andes, las pampas argentinas, el océano Atlántico y la península ibérica, llegó finalmente a Madrid. Venía de paso, para una breve escala de apenas cuatro días.

De inmediato, el poeta joven y ambicioso se presentó en las oficinas de *La Gaceta Literaria*, **calle de Canarias, 41, Arganzuela, Delicias**. Esa revista había sido fundada en enero de ese mismo año, 1927, por Enrique Giménez Caballero, un activo escritor vanguardista que luego se haría falangista. En esta revista, impresa en los talleres tipográficos de su familia hasta 1932, colaborarán los escritores y artistas más importantes de la generación del 27, incluyendo a Alberti, Bergamín, Buñuel y García Lorca...

«La visita es rápida y encuentra en la redacción a pocos de sus redactores», contó uno de ellos[8]. Sin duda, porque estaban a mediados de julio y mucha gente ya habría salido fuera de Madrid. Sin embargo, en esa visita Neruda pudo concertar una cita con el Secretario de Redacción de *La Gaceta*, Guillermo de Torre.

En 1950, en unas declaraciones a Alfredo Cardona Peña publicadas en *Cuadernos Americanos*, de México, Neruda narró esa reunión. Fue el martes 19 de julio de 1927, la víspera de su partida:

8 Ese redactor era Miguel Pérez Ferrero, citado por Gutiérrez Revuelta, 1985.

Primer número de *La Gaceta Literaria*.

Me encontré con Guillermo de Torre crítico literario de las tendencias modernas, y le mostré los primeros originales del primer volumen de *Residencia en la tierra*. Él leyó los primeros poemas y al final me dijo, con toda la franqueza del amigo, que no veía ni entendía nada y que no sabía lo que me proponía con ellos. Yo pensaba quedarme más tiempo. Entonces, viendo la impermeabilidad de este hombre, lo tomé como mal síntoma y me fui a Francia, embarcándome poco después en Marsella con destino a la India. Tenía veintitrés años recién cumplidos, y era natural que mi sitio no estaba en las postrimerías del ultraísmo.[9]

9 Cardona, 273.

Café Colonial, Puerta del Sol, entre 1910 y 1920. Ministerio de Cultura. Archivo General de la Administración. Archivo Alfonso.

Esa versión «desencontrada» de aquel encuentro provocó una réplica de De Torre en la forma de una «Carta abierta a Pablo Neruda», publicada en *Cuadernos Americanos* en febrero de 1951. De Torre inicia su carta afirmando que las declaraciones del poeta «desbordan de flagrantes inexactitudes». Y agrega:

> Tengo presentes no las palabras, pero sí las circunstancias, el lugar de tal encuentro: un café de la Puerta del Sol, donde estuvimos charlando muy cordialmente, hasta la madrugada. Después me pediste que te acompañara a tu hotel, allí cerca, en la Carrera de San Jerónimo...[10]

10 De Torre, 277.

Postal del antiguo Hotel Aguilar.

El actual Hostal Aguilar.
©C. Franz.

Aquella reunión con De Torre tuvo lugar, con mucha probabilidad, en el **Café Colonial, calle de Alcalá, 3**, ubicado en una esquina de la Puerta del Sol hoy desaparecida. El Colonial fue el café favorito de De Torre y de los ultraístas. También Cansinos Assens tuvo ahí su tertulia a la que asistieron Borges, Huidobro y Edwards Bello, entre otros escritores americanos. Bombardeado en noviembre de 1936, el Café Colonial fue demolido después de la guerra.

Ya de madrugada, Guillermo de Torre acompañó a Neruda a su hotel. Por su ubicación y precios asequibles ese alojamiento debió ser el **Hotel Aguilar**, situado en la **Carrera de San Jerónimo, 32**[11]. El Aguilar existe hasta hoy, aunque en categoría de hostal. Los propietarios destacan que ahí se solía alojar Ernest Hemingway, durante los años veinte, cuando «éramos muy pobres y muy felices» (*París era una fiesta*).

Continuemos con el relato de Guillermo de Torre. Una vez llegados al hotel de Neruda, este le obsequió algunas de sus obras:

11 La Guía Telefónica de 1935 dice que el Aguilar estaba en el número 28 de la Carrera de San Jerónimo. La postal reproducida pone el 34. La numeración actual es el 32. ¡Estos cambios en el callejero madrileño parecen urdidos para confundir a historiadores y madridófilos!

> Abriendo una valija me entregaste ejemplares de tus libros. [...] Ahora bien, entre aquellos libros, de formatos singulares (*Crepusculario*, *Veinte poemas*, *Tentativa del hombre infinito*..., en suma, los que habías publicado hasta entonces, pero lógicamente ningún otro), se me antoja imposible que figurase *Residencia en la tierra*, aunque fuera manuscrito o en pañales. De este libro yo no tuve ninguna noticia hasta que apareció seis años más tarde, en 1933 [...]. La verdad rigurosa es que entonces solamente estabas y podías estar de paso en Madrid; que desde luego tu sitio «no estaba entonces en España», ya que ningún género de apología habría podido retener allí a un cónsul del gobierno chileno recién nombrado para la India.[12]

De Torre achaca esa desmemoria de Neruda a un ego juvenil frustrado:

> ... en fin, si confundes de tal modo los recuerdos, acabaremos por no estar seguros de nada. De lo único, al cabo, que puedo estar seguro es de que entonces no pronuncié la palabra que quizá esperabas: la palabra «genial».[13]

Uno imagina —con cierta angustia— al poeta veinteañero, ansioso de reconocimiento, insistiendo en recitarle sus poemas a ese temido crítico literario hasta altas horas de la madrugada. Y no parece tan raro que este lo oyera sin demasiada atención ni entusiasmo. Como fuera, en sus memorias Neruda no repetirá sus quejas contra De Torre; más bien, las generalizará:

> Y luego [después de desembarcar en Lisboa fui a] Madrid con sus cafés llenos de gente; el bonachón Primo de Rivera dando la primera lección de tiranía a un país que iba a recibir después la lección completa. Mis poemas iniciales de *Residencia en la tierra* que los españoles tardarían en comprender; sólo llegarían a comprenderlos más tarde, cuando surgió la generación de Alberti, Lorca, Aleixandre,

12 De Torre, *ibidem*.

13 De Torre, *ibidem*.

> Diego. Y España fue para mí también el interminable tren y el vagón de tercera más duro del mundo que nos dejó en París.[14]

Es posible que ese desencuentro con De Torre, en Madrid, se vincule con una contradicción cultural de larga data. La vieja relación de amor-odio entre la exmetrópoli y sus excolonias seguía viva y acababa de actualizarse en una nueva polémica. Pocos meses antes, Guillermo de Torre, desde su tribuna en *La Gaceta Literaria* había postulado que esta nueva revista contribuiría a que Madrid se convirtiera en «el meridiano intelectual de Hispanoamérica»:

> Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España. Madrid: punto convergente del hispanoamericanismo equilibrado, no limitador, no coactivo, generoso y europeo, frente a París: reducto del «latinismo».[15]

Era previsible: esa propuesta de convertir a Madrid en una capital de la literatura en español fue recibida con escándalo en Hispanoamérica, especialmente en Argentina, México y Chile (excepto por el madridófilo Edwards Bello que escribió: «eso del Meridiano Intelectual tiene algo de verdad»[16]). La *Revista Martín Fierro* de Buenos Aires prácticamente retó a duelo a la gaceta española y a su crítico principal.

Pocos meses después, cuando Neruda se entrevistó con De Torre, esa polémica aún ardía. Neruda debió sentir una ambigüedad incómoda. Su ansioso deseo de publicar, triunfar y, eventualmente «quedarse» en Madrid, implicaba un reconocimiento de esa ciudad como «meridiano intelectual». Su visita a la gaceta de la discordia y su entrevista con el autor de la provocación contrastaba con la rebeldía de otros escritores sudamericanos jóvenes. En la vieja y nefasta disputa hispanoamericana entre intelectuales «telúricos» y «evadidos» sus actos lo situaban en el campo de los evadidos.

---

14 Neruda, OC, V, 469.

15 De Torre, Guillermo. *Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de abril de 1927.

16 Edwards Bello, 21.

Fuese cual fuese la razón, la primera visita de Neruda a la capital de España acabó en un desencuentro amargo. Cuando abordó ese duro tren a París para continuar su ruta obligada hacia Oriente es probable que el joven poeta se sintiera despechado. En la célebre fábula de Esopo la zorra renuncia a unas uvas inalcanzables y se va, exclamando: «¡deben estar verdes!». Algo así pudo mascullar Neruda: Madrid está verde para mí.

Seguramente fue mejor así. Neruda aún debía superar el reto, la prueba que el destino exige al héroe: ese lustro de «destierro» y soledad que pasaría en Asia, sin el cual no hubiera alcanzado, quizás, la extraordinaria aleación de materia y metafísica que caracteriza a su mejor poesía.

3. El largo rodeo asiático, 1927-1931

En octubre de 1927 el poeta ya estaba en Birmania. Vivirá casi cinco años en Asia. Luego pasará otros dos entre Santiago y Buenos Aires. En total, tardará casi siete años en regresar a España. Pero lo conseguirá. La determinación y persistencia de Neruda, su voluntad de crearse un destino, es uno de los rasgos más notables de su personalidad. Desde Rangún, Birmania, entre octubre de 1927 y fines de 1928; desde Colombo, Sri Lanka, entre comienzos del 28 y mediados del 29; y desde Batavia (Yakarta), entre el 29 y comienzos del 31, nunca dejará de lanzar flechas —cartas, recados, poemas— hacia el blanco que ha escogido de antemano y desde hace mucho: Madrid.

Mientras tanto, Neruda vivía su residencia asiática como «un doble exilio, no solo de su propio país, sino también de Europa, a la que no puede llegar, pero en la cual desea tenazmente establecerse»[17].

El 24 de octubre de 1929 (carta fechada el 5 de octubre) le escribió a su amigo Héctor Eandi: «Voy a decirle, mi mayor deseo es editar en España, Argentina me parece aún provincial, Madrid es bien diferente. Pero ¿cómo?»[18].

Ese libro que Neruda quería editar a toda costa en Madrid era *Residencia en la tierra*. Tenía la posibilidad de publicarlo en Chile, donde

17 Concha, 56.

18 Neruda, OC, V, 946.

le pagarían algo de dinero, pero no quiere. En lugar de eso prepara copias dactilografiadas que envía a España como quien mete mensajes en una botella y los lanza al mar (en este caso, el Índico).

En diciembre de 1930 una de esas «botellas» llegó a manos del Consejero de la embajada chilena en Madrid, Carlos Morla Lynch. Se puede reconstruir la ruta azarosa que siguió ese manuscrito decisivo.

Tres años antes, en julio de 1927, durante su breve paso por París, Neruda había conocido al aspirante a poeta, millonario y diplomático ocasional, Alfredo Condon. Este lo invitó a una parranda épica en un cabaré «ruso» que terminó con el anfitrión tumbado bajo la mesa, noqueado por el alcohol. Eventualmente, este nuevo amigo se recuperó de la resaca y escribió un comentario elogioso de *Anillos* que envió a *La* ineludible *Gaceta Literaria* de Madrid donde fue publicado el 15 de diciembre de 1927. Demostración adicional de que Neruda no era tan «incomprendido» en España como quiso creer.

En 1929, después de agotar el champán en los cabarés parisinos, Alfredo Condon pidió su traslado a la embajada de Chile en España. Apenas lo supo, Neruda le envió un mecanoscrito de su libro inédito *Residencia en la tierra*, y le pidió que lo difundiera.

Alberti narró la noche inolvidable en la que descubrió esa obra. Fue en el bar del **Hotel Nacional, Paseo del Prado, 48**, en la madrileña Glorieta de Atocha:

> Una noche de invierno —llovía de verdad—, un libro, un raro manuscrito vino a dar a mis manos. (Era en el sótano del Hotel Nacional y ante varias botellas, vacías ya todas menos una, de jerez). El título: «Residencia en la tierra». El autor: Pablo Neruda, un poeta chileno apenas conocido entre nosotros. Me lo traía Alfredo Condon, secretario de la embajada de Chile, amigo mío por Bebé y Carlos Morla, ministro consejero de esa misma embajada, muy amigos también de García Lorca. Desde su primera lectura, me sorprendieron y admiraron aquellos poemas, tan lejos del acento y el clima de nuestra poesía.[19]

19 Alberti, 1, 299.

Hotel Nacional, Paseo del Prado, 48, en los años 20.

El poeta gaditano quedó hechizado por la originalidad y fuerza de esos poemas escritos por un chileno que oficiaba de cónsul en un remoto puerto oriental.

> Paseé el libro por todo Madrid. No hubo tertulia literaria que no lo conociera, adhiriéndose ya a mi entusiasmo José Herrera Petere, Arturo Serrano Plaja, Luis Felipe Vivanco y otros jóvenes escritores nacientes. [...] Nunca olvidaré a Alfredo Condon, inteligente, muy alocado, muy bebedor, como buen chileno, y al que deberé siempre el primer contacto con la poesía de Neruda.[20]

«Muy bebedor, como buen chileno». Preocupante idiosincrasia la que nos atribuye Alberti. El «alocado» Condon regresó pronto a Chile y se suicidó en octubre de 1934. Cuando recibió la noticia de esa muerte Morla anotó en su diario:

20 Alberti, 1, 300.

> «Curiosamente, anoche estuvimos hablando mucho de él con Pablo Neruda y Delia del Carril que cenaron en casa. Estuvo Alfredo tan cerca de nosotros en otra época... Era tan loco, tan tierno, tan deschavetado. Mi amistad por carta con Neruda se la debo a él, ya que tuve que contestar a un correo suyo porque Alfredo se demoraba en hacerlo...»[21].

En sus memorias, Neruda reconoció la ayuda invaluable de Alberti:

> Antes de llegar a España conocí a Rafael Alberti. En Ceilán recibí su primera carta. Quería editar mi libro *Residencia en la tierra*, lo llevó de viaje en viaje, de Moscú a Liguria y, sobre todo, lo paseó por todo Madrid. Del original de Rafael, Gerardo Diego hizo tres copias. Rafael fue incansable. Todos los poetas de Madrid oyeron mis versos, leídos por él, en su terraza de la calle Urquijo. Todos, Bergamín, Serrano Plaja, Petere, tantos otros, me conocían antes de llegar. Tenía, gracias a Rafael Alberti, amigos inseparables, antes de conocerlos.[22]

Las generosas gestiones de Alberti para publicar el libro fueron menos exitosas que su divulgación de mano en mano. Lo ofreció a una editorial importante, la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones —CIAP— que lo aceptó. Pero la Gran Depresión afectó las finanzas de la familia propietaria de esa editorial —los Bauer— y esta terminó quebrando ¡justo antes de publicar la obra!

La fama de Neruda aumentaba poco a poco en ese Madrid lejano que «no había comprendido» las primeras poesías de *Residencia en la tierra*. En mayo de 1930, la *Revista de Occidente*, por recomendación de Pedro Salinas —solicitada por Alberti—, publicó tres de los poemas que más tarde serán parte de ese libro: «Galope muerto», «Serenata» y «Caballo de los sueños»[23].

Asimismo, por esas fechas José Bergamín mencionó elogiosamente a Neruda en un prólogo a *Trilce*, de César Vallejo, publicado por esa misma

---

21 Morla, I, 430. Entrada en el diario de 22 de octubre de 1934.

22 Neruda, *Para nacer...*, 36.

23 Schidlowsky, I, 154.

editorial CIAP que había aceptado la *Residencia en la tierra*. Bergamín comparó la poesía del peruano con la del chileno: «... la poesía de Neruda es más jugosa, más blanda, más densa y, acaso, más rica de tonalidades, pero más monótona en conjunto, menos inventiva, menos flexible, menos ágil»[24].

Alberti busca otras posibilidades para editar *Residencia...*, incluso en París. Pero la publicación se atasca. El 5 de septiembre de 1931 Neruda le escribe a su amigo Eandi resumiendo la situación:

> Mi libro fue de nuevo a España, porque el poeta Rafael Alberti me lo pidió para editarlo. Nuevas peripecias, la Compañía Iberoamericana, que lo aceptaba, quebró. Silencio de cinco meses de Alberti (que se ofreció de su propia iniciativa para hacer las gestiones de edición). Cartas mías, sin respuesta. Mi libro grandemente admirado, varios artículos en Madrid, J. Bergamín habla de mí en el prólogo a Trilce. Luego hace tres meses, carta de Alberti. Excúseme, etc. Que el libro está en París, que lo tiene una chica Alvear, o de Alvear, que saca una revista en París. Que allí (la revista parece llamarse *Imán*, si existe, lo que dudo) van a aparecer algunos de mis poemas que ella me mandará el cheque, y luego, el contrato para la publicación de mi libro. Ese *Imán* no me atrae, pero qué diablos. [...] Es para ponerse a tomar whisky por tres meses. Dígame algo, deme un consejo: Siento que mi libro debe aparecer, por Cristo Padre, se está añejando y envejeciendo inédito.[25]

Neruda tenía una nariz grande y buen olfato. Hacía bien en desconfiar de ese imán. La revista sí que existía, pero duró solo un número (aparecido en abril de 1931). La chica Alvear también existía, era Elvira de Alvear, una joven argentina con vocación poética, alocada y millonaria como Condon (por lo visto, en ese pasado remoto las vocaciones líricas abundaban entre los herederos ricos y algunos de ellos incluso tenían mucho talento: Huidobro, Girondo). Elvira tenía medios sobrados para pagar los derechos que le ofrecieron a Neruda, pero jamás lo hizo y tampoco publicó el libro.

---

24 Citado por Schidlowsky, 162.

25 Neruda, OC, V, 959.

Elvira de Alvear merece un paréntesis. Fue uno de los grandes amores de Borges. Nunca le correspondió, pero él la evocó en uno de sus personajes más famosos, Beatriz Viterbo. Aún joven, Elvira perdió su fortuna y su cordura. Borges le dedicó un poema: «Todas las cosas tuvo y todas lentamente/ la abandonaron...».

Pese a esos tropiezos, Neruda no cejaba en sus esfuerzos para darse a conocer en España. En octubre de 1931 le escribió a Carlos Morla pidiéndole noticias de su texto.

> Esta noche he recibido una carta de Pablo Neruda. [...] Poeta inmenso. No es la primera que de él recibo. Lo conozco tan solo a través de sus obras; pero a pesar de las distancias que nos separan creo que nos comprenderemos el día que nos nuestras rutas se crucen. Su mayor anhelo es obtener un cargo en España... Pablo Neruda es conmigo —por correo— afectuoso y comunicativo, y me interesa serle útil sin esfuerzo ni sacrificio. [...] Sus poemas poseen una fuerza sugestiva que penetra hasta las entrañas. [...] Cuando me conmueve la obra de un autor cuya envoltura humana ignoro, me infunde un temor extraño la idea de encontrarme con él. No sé si tengo deseos de conocer a Pablo Neruda.[26]

La fina sensibilidad de Morla vacilaba, detectaba una ambigüedad: ¿suya?, ¿del otro? Ese afecto expresado por un desconocido lo inquietaba. Sin embargo, Morla decidió ser «útil» para Neruda. Compartió el entusiasmo por esos poemas con su amigo íntimo, Federico García Lorca, que se convirtió en otro ardiente adelantado del poeta chileno.

Además, el diplomático Morla intervendría en muchos aspectos prácticos en favor de Neruda. Por ejemplo, intercedió ante el Subsecretario de Relaciones Exteriores chileno para que solucionara los problemas económicos del poeta-cónsul en Batavia: a comienzos de 1931 le habían rebajado el salario a causa de la Gran Depresión que asolaba el mundo.

Las angustias económicas de Neruda se arrastraban desde su llegada al Oriente. En parte se explicaban por la irregularidad de sus salarios, pero también por su estilo de vida y una afición a los gustos y caprichos

---

26 Morla, I, 139. Entrada en el diario del 25 de octubre de 1931.

caros. Cuando se trasladó de Colombo a Batavia le escribió a Eandi, con algo de vanagloria, que había sido nombrado Cónsul de Chile en Malaya, Java e Islas de la Sonda. Para estar a la altura de un cargo tan rimbombante, y para que cuidara a su mangosta, llamada Kiria, se llevó a Batavia un empleado doméstico. «Decidí hacerme acompañar en mi viaje por Brampy, mi *boy* cingalés. Era un gasto de millonario...»[27].

Dom Brampy cocinaba, cuidaba su ropa —«que era mucha»—, lustraba sus zapatos, etc. Cuando Brampy renunció: «Tomé una cocinera javanesa, una vieja campesina, igualitaria y encantadora. Un *boy*, también javanés, servía a la mesa y limpiaba mi ropa»[28].

Esos dispendios podrían explicar, en parte, los problemas financieros de los que el poeta se quejaba continuamente, con íntimos y con extraños. Con el mismo Eandi se lamentó:

> ... vivo lleno de innobles conflictos. Tengo 166 dólares americanos por mes, por aquí este es un sueldo de un tercer dependiente de botica. Y aún peor este sueldo depende de las entradas que se reúnan en el Consulado, es decir que si no hay en un mes dado exportaciones a Chile no hay tampoco sueldo para mí. Es en verdad tan penoso y humillante todo esto: en Birmania a veces estuve cinco meses sin sueldo...[29]

Neruda fue más franco con su amada lejana e imposible, Albertina Azócar. En una carta de 18 de diciembre de 1929 le confesó que derrochaba: «He vivido hasta ahora gastando mucho dinero, y por primera vez paso por una crisis: debo pagar al banco hasta Marzo, la mitad de mi salario»[30].

Para entender mejor el futuro estilo de vida de Neruda en Madrid es útil conocer su verdadera situación en Oriente. Las retenciones de los consulados de Singapur y de Batavia sumaban 333 dólares de los Estados Unidos. Ese monto equivale hoy a unos 7.000 dólares, aproximadamente. Según tablas de costos de vida para los occidentales en esas colonias holandesas, por entonces esta cifra era más que confortable. De hecho, un

---

27 Neruda, OC, V, 506.
28 Ídem, 515.
29 Ídem, 945.
30 Ídem, 919.

Foto de matrimonio de M.ª Antonia Hagenaar y Pablo Neruda, en Batavia. ©Archivo Bernardo Reyes.

cónsul anterior (un pícaro de apellido Mansilla), se daba el lujo de vivir en París con el producto de esos derechos consulares, mientras un holandés, residente en Batavia, le hacía su trabajo a cambio de una pequeña comisión. Años después, Neruda llegó a un acuerdo parecido con un tercero que hacía su trabajo en el consulado de Barcelona, mientras él vivía en Madrid. Es posible que, después del *crack* del 29 en Nueva York y de la Gran Depresión mundial que le siguió, cuando el comercio chileno con Asia disminuyó mucho, la situación de Neruda se volviera realmente angustiosa.

Además, los aprietos económicos del poeta se agravaron porque, junto con la reducción en sus ingresos, sus gastos aumentaron todavía más.

El 6 de diciembre de 1930, en Batavia, contrajo matrimonio con una criolla: María Antonia Hagenaar Vogelzang[31]. La había conocido apenas cinco meses antes, recién llegado. Antonia —apodada por Neruda, Maruca—, pertenecía a una familia de colonos holandeses, tenía unas gotas de sangre javanesa, un carácter dulce o retraído —según qué testigos— y era mayor que él, tanto en edad (le llevaba cuatro años) como en altura (medía 1,80).

Sabemos que Neruda se casó con Maruca, empujado por su soledad y por un despecho. Son malas razones para casarse, pero muchos jóvenes cometen esa clase de errores. Un año antes, el 17 de diciembre de 1929, el poeta le había escrito a su gran amor de juventud, Albertina Azócar, advirtiéndole:

> Me estoy cansando de la soledad, y si tú no vienes, trataré de casarme con alguna otra. Te parece esto brutal?[32]. No, lo brutal sería que tú no vinieras. Sabes que tengo cierta pequeña situación social anexa al [cargo de] «Señor Cónsul». Y me es fácil notar que esto produce cierta expectación entre las mamás (que a veces tienen lindas hijas). Pero, óyeme! Nunca he querido a nadie sino a ti, Albertina.[33]

La silenciosa y elusiva Albertina, la mujer inspiradora del verso «me gustas cuando callas porque estás como ausente», desoyó a Neruda. Entonces, el poeta cometió esa «brutalidad»: se casó con otra. Seis años después, en Madrid, el matrimonio con Maruca acabaría en una separación cruel.

Décadas más tarde Neruda se lamentará en un poema recogido en el volumen *Estravagario*: «Para qué me casé en Batavia?» (Itinerarios).

---

31 Edna Cleary (Neruda en Batavia, Introducción) afirma: «María Antonia [...] fue clave en el espectacular estilo de vida burgués que Neruda adoptó en Java». Lo de espectacular es exagerado, pero sin duda llevaron una vida burguesa, acomodada.

32 Neruda solía omitir, especialmente en sus poemas, los signos de apertura en las interrogaciones y exclamaciones. En este estudio las citas de sus textos respetan esa preferencia ortográfica, cuando el poeta la empleó.

33 Neruda, OC, V, 916.

4. Un rodeo más: Santiago de Chile, 1932

A comienzos de 1932, después de casi cinco años en Asia, Neruda tuvo que retornar a Chile. Su deseo había sido que el Ministerio de Relaciones Exteriores chileno lo trasladara a España. Pero no le concedieron nada parecido. El Estado chileno, en graves problemas económicos y políticos debido a la Gran Depresión mundial que golpeaba al país con violencia, solo podía pagarle su repatriación, junto a su mujer, Maruca. Viajaron a Chile en un buque de carga por la ruta más corta y más remota. Navegaron durante dos meses desde Java por los océanos australes, tocando el Cabo de Buena Esperanza y atravesando el Estrecho de Magallanes, hasta desembarcar en Puerto Montt, en abril de 1932.

Casi parecía que ese itinerario lo timoneara una fuerza hostil empeñada en apartarlo de su destino escogido: España. Este viaje a Sudamérica era un nuevo rodeo que, para colmo, lo restituía a su punto de partida (como le había ocurrido a Darío, treinta años antes, cuando debió volver a Centroamérica desde Chile).

Durante aquel involuntario regreso el ánimo del poeta cayó hasta las más oscuras sentinas:

> Distancia refugiada sobre tubos de espuma,
> sal en rituales olas y órdenes definidos,
> y un olor y rumor de buque viejo,
> de podridas maderas y hierros averiados [...].
> Nada más hay entonces que el tiempo en las cabinas:
> el tiempo en el desventurado comedor solitario,
> inmóvil y visible como una gran desgracia.[34]

Una vez en Santiago de Chile y pese a su desánimo inicial, el poeta comprobó que, durante su ausencia, se había convertido en una celebridad chilena. Edwards Bello lo proclamó desde su leidísima columna en el diario *La Nación*: «Primer poeta joven de América. Todos se rinden ante él»[35]. Algunos poemas de lo que sería *Residencia en la tierra*, aparecidos

34 Neruda, «El fantasma del buque de carga».

35 Edwards Bello, Joaquín. *Diario La Nación*, Santiago de Chile, 10 de noviembre de 1932.

en Chile en revistas y circulados de mano en mano, probaban su maduración en el «doble exilio» asiático. Además, ahora el poeta provinciano volvía a la capital de su país nimbado por una aureola de aventuras exóticas y cosmopolitismo.

En Santiago, Neruda se encontró «lleno de invitaciones y festejos que me cansan un poco pero que acepto porque me pueden servir»[36]. En uno de esos festejos conoció al escritor malagueño José María Souviron que describió al poeta:

> Era entonces Pablo un mozo cenceño [delgado] y de aspecto melancólico, pero alegre de sucesos, hedonista, ameno apenas entraba en confianza, resuelto en sus filias y sus fobias, incrédulo pero respetuoso, buen bebedor y gozador de la vida, y más bien refractario a toda determinación de carácter político. Tenía un descomunal interés por venir a España.[37]

Souviron le presentó al embajador de España en Chile, Ricardo Baeza, que luego tendría roles importantes en la República Española. «Gracias a la intervención de este diplomático, Neruda logró que el presidente chileno Arturo Alessandri le prometiera un nombramiento en España»[38].

Como tantas promesas políticas, aquella tardó en cumplirse. En parte se debió a que Chile sufría intensas convulsiones políticas. El 4 de junio de 1932 un golpe militar de izquierda derrocó al presidente constitucional, disolvió el Congreso e impuso una breve República Socialista. Los disturbios produjeron varios muertos y decenas de heridos. El partido comunista chileno impulsó un soviet (llamado CROC) y exigió al nuevo gobierno que, para afianzar la República Socialista, repartiera armas al pueblo. Los socialistas se negaron. Mientras tanto, unas Milicias Republicanas de tipo fascistoide y un naciente partido nazi se enfrentaban a tiros con los socialistas en las calles de Santiago. Estas convulsiones golpistas, revolucionarias y reaccionarias, fueron relativamente incruentas. A pesar de la terrible miseria provocada por la Gran Depresión, la violencia política dejó pocos muertos. Y la crisis se resolvió democráticamente. En

36 Neruda, Carta a su hermana, Laura Reyes, OC, V, 824.

37 Souviron, 1962, citado por Schidlowsky, 186.

38 López-Guerra, 50.

octubre de 1932 hubo elecciones, que ganó Arturo Alessandri, el mismo presidente reformista moderado que había sido desplazado por presiones militares cinco años antes.

Neruda podría haber obtenido enseñanzas ideológicas de ese período chileno tan revuelto. Sin embargo, el poeta observó esas crisis con una curiosa mezcla de excitación y distancia impaciente que le describió a su amigo argentino Héctor Eandi:

> Hay algo excitante en vivir en un país que se derrumba, con olor a catástrofe en medio de la primavera, y una amenaza sorda, fatal, un tambaleo agónico en la vida ambiente. [...] Voy a tratar de salir de Chile a principios de Otoño próximo. Por otra parte, mi situación literaria ha cambiado. Soy ahora en Chile indiscutible, halagado y trajinado de una manera molesta, pero el reconocimiento de mi trabajo es un hecho y esto es agradable.[39]

El biógrafo de Neruda, Schidlowsky, subraya esa indiferencia del poeta ante la crisis de su país: «Extrañamente, Neruda es solo testigo pasivo de estos hechos. No les da importancia, no los confronta y no reacciona frente a ellos»[40]. Esta actitud prescindente o precavida queda patente en otra carta a Eandi, fechada 17 de febrero de 1933:

> Una ola de marxismo parece recorrer el mundo, cartas que me llegan me acosan hacia esa posición, amigos chilenos. En realidad, *políticamente no se puede ser ahora sino comunista o anticomunista* [énfasis mío]. Las demás doctrinas se han ido desmoronando o cayendo. Pero esto es para los que son políticamente, esto es, [para los que] existen civilmente. Yo fui anarquista hace años, redactor del periódico síndico-anarquista *Claridad* en donde publiqué mis ideas y cosas por primera vez. Y todavía me queda esa desconfianza del anarquista hacia las formas del Estado, hacia la política impura. Pero creo que mi punto de vista, de intelectual romántico, no tiene importancia. Eso sí, le tengo odio al arte proletario,

39 Neruda, OC, V, 963. Carta a Eandi del 26 de septiembre de 1932.

40 Schidlowsky, 193.

> proletarizante. El arte sistemático no puede tentar, en cualquier época, sino al artista de menor cuantía. Hay aquí una invasión de odas a Moscú, trenes blindados, etc. Yo sigo escribiendo sobre sueños.[41]

Esa actitud distante y algo frívola de Neruda ante los graves acontecimientos de 1932, en Chile, contrasta con su ardiente participación en la política y el conflicto español, dos años después. Por ahora, entre golpes de estado y pequeñas revoluciones, el poeta disfrutaba de su gloria local recién adquirida (con las envidias anexas a ella), trabajaba en su obra y la promovía.

Por fin, en abril de 1933, la editorial Nascimento de Santiago, publicó *Residencia en la tierra* en una edición de lujo con un tiraje inicial de solo cien ejemplares firmados por el autor. (Ese escaso tiraje se debe, seguramente, a que Neruda reservaba la obra para una edición más amplia en España). Hernán Loyola, el mejor crítico nerudiano, dirá que este libro, con sus sucesivas extensiones, es «una autobiografía de la soledad»[42]. Esta soledad conseguiría un prestigio definitivo para Neruda.

El 1 de agosto de 1933, Pablo Neruda fue nombrado cónsul particular de elección, adscrito al Consulado General de Chile en Buenos Aires. Ese sería su último recodo en el largo camino que lo llevará a Madrid.

5. El último recodo: Buenos Aires, 1933

El 28 de agosto de 1933 Neruda y Maruca Hagenaar llegan a Buenos Aires vía Mendoza. De inmediato, el poeta alquila un gran departamento en la planta veinte del edificio Safico (Avenida Corrientes 456) con terrazas y vistas panorámicas. Este inmueble, recién inaugurado, sería conocido como «el Empire State argentino». Según algunas fuentes Neruda habría alquilado el *triplex* que corona su torre: los pisos 23, 24 y 25[43]. Sin embargo, es más probable que fuera, como dice Schidlowsky, el piso 20. De todas formas, se trataba de un domicilio espectacular, enorme (ocupaba

41 Neruda, OC, V, 967.

42 Loyola, 1967, p. 130, citado por Schidlowsky, 202.

43 https://pablobedrossian.com/2021/07/20/el-edificio-safico-una-perla-portena/

Neruda, Lorca y otros «marineros» en Buenos Aires, 1933.
©Archivo Fundación Federico García Lorca-Centro Federico García Lorca, Granada.

toda la planta), indudablemente muy caro, pero apto para hacer fiestas y destacar la presencia del poeta y cónsul recién llegado a la gran metrópoli del Plata.

Desde esa torre en Buenos Aires Neruda se relacionó rápidamente con muchos escritores argentinos destacados. Sin embargo, la amistad más importante que hizo fue con un poeta español. Federico García Lorca desembarcó en Buenos Aires apenas cinco semanas después que Neruda, el 12 de octubre de 1933. La noche siguiente, durante una fiesta en la casa de Pablo Rojas Paz y su mujer Sara Tornú, Neruda y Lorca se conocieron personalmente.

Un mes más tarde, el 20 de noviembre de 1933, ambos poetas pronunciaron el famoso «discurso al alimón», durante un banquete de homenaje que les ofrecía el Pen Club de Argentina. Para agradecer esa bienvenida celebraron a Rubén Darío. Lorca dijo: «Pablo Neruda, chileno y yo, español, coincidimos en el idioma y en el gran poeta nicaragüense, argentino y chileno y español, Rubén Darío».

Esa declaración equiparaba a los tres poetas, pero la mera selección del tema resaltaba a Neruda y no parece coincidencia. Era el chileno quien venía siguiendo el camino de su enorme predecesor nicaragüense cuya «voz fue [en España] agua y salitre, en el surco del venerable idioma». Nunca sabremos cuál de los dos poetas sugirió primero esa celebración de Darío.

Lorca permaneció en Buenos Aires hasta fines de marzo de 1934. Cuando partió, Neruda le organizó una despedida en su gran piso de la calle Corrientes. Durante esos meses la admiración mutua se transformó en una amistad profunda. Según Bernardo Reyes —sobrino y estudioso de Neruda— el poeta granadino le hizo una propuesta sexual a Neruda, que rechazó con serenidad y cariño[44]. En su «Oda a Federico» Neruda enfatiza esa diferencia declarando que él es «varón varonil». En todo caso, la camaradería entre ambos es indudable. En sus memorias, Neruda recordó una fiesta —digna de Gatsby— en casa del millonario periodista Natalio Botana, durante la cual Lorca facilitó que Neruda sedujera a una «poetisa alta, rubia y vaporosa, que dirigió sus ojos verdes

44 Reyes, 81-82.

más a mí que a Federico»[45]. Según la poetisa —Blanca Luz Brum— ese recuerdo de Neruda fue más bien desmemoriado[46].

Esa y otras infidelidades (consumadas y no) complicaban el matrimonio con Maruca. A ella le disgustaba la vida bohemia de Neruda, en la que no sabía o no podía integrarse. Pronto, algunos compañeros de juerga de Neruda la apodaron «la carabinero» (alusión a la policía chilena). Quizás el motivo de su disgusto era más simple: Maruca se sentía sola, aislada. Pese a esas discrepancias, crecientes, el matrimonio mantuvo relaciones sexuales. En diciembre de 1933 Maruca quedó embarazada. Poco antes Neruda había recibido una noticia tanto o más anhelada que esa: el Ministerio de Relaciones Exteriores aprobaba su traslado a España.

Primero lo destinaron al consulado en Barcelona. Sin embargo, de inmediato el poeta maniobró para que lo trasladaran a Madrid. El 9 de abril de 1934 le escribió una carta aduladora a Carlos Morla Lynch pidiéndole que influyera ante el embajador de Chile en España (Aurelio Núñez Morgado) para que apoyara su nombramiento en la capital: «De más está decirte lo trascendental que es para mí este asunto, ya que vendría a llenar un ideal de toda mi vida»[47].

Sí, Madrid había sido un ideal de toda su vida que, por fin ahora, después de siete años y largos rodeos por medio mundo, iba a alcanzar.

---

45 Neruda, OC, V, 521.

46 Reyes, ídem supra.

47 Quezada, 90.

SEGUNDA PARTE.
DIRECCIONES EN MADRID

Lorca recibiendo a Neruda en Atocha.
Dibujo de José Caballero.

«Tengo el recuerdo vivo de esas primeras horas o años de España, y muchas veces me hace falta el cariño de mis camaradas»[48].

Pablo Neruda

1. Año 1934: Esperanzas y desgracia

Se puede reconstruir con bastante detalle la —segunda— llegada de Neruda a Madrid. En la noche del 31 de mayo de 1934 el tren que lo traía desde Barcelona entró en la **Estación de Atocha** (entonces llamada Estación del Mediodía). El poeta lo describió así:

48 Neruda, *Para nacer...*, 35.

> En una noche sobre la cual ha caído el tiempo, un tiempo duro como un látigo, en una noche ya envejecida y arrugada por tantas ausencias y quemada con pólvora, bajé del tren para pisar Madrid por vez primera. Y entre la multitud que rodeaba y llenaba la estación, multitud increíblemente remota y desconocida, sólo un rostro era para mí, sólo una cara pálida y morena, sólo una máscara de España venía para encontrarme. Le divisé de pronto, entre el humo, entre toda la soledad que llegaba hacia mí, divisé un hombre en los andenes ya casi desiertos, un hombre que levantando unas flores me esperaba, él solo, en la estación de invierno. Pero ese hombre era España, y se llamaba Federico.[49]

Es sabido que la memoria de Neruda era poética, es decir, más expresiva que exacta. Él mismo lo admite en su autobiografía: «Estas memorias o recuerdos son intermitentes y a ratos olvidadizos porque así precisamente es la vida». Y agrega que la memoria de un poeta es «una galería de fantasmas»[50].

Faltan un par de fantasmas en esos recuerdos de su retorno a Madrid (evocado en marzo de 1939, apenas cinco años después). En la vieja Estación del Mediodía lo esperaban también Rafael Rodríguez Rapún (secretario y amante de Lorca) y Luis Sáenz de la Calzada. Además, esa no era su primera visita y, desde luego, su regreso no ocurrió en invierno sino en plena primavera. Aunque quizás fuera una noche fría, la calurosa bienvenida que recibió en la estación marcaba una enorme diferencia con su partida de Madrid, con el rabo entre las piernas, siete años antes. Ahora llegaba triunfante. Y esto siempre lo recordó bien:

> Pocos poetas han sido tratados como yo en España. Encontré una brillante fraternidad de talentos y un conocimiento pleno de mi obra. Y yo, que había sido durante muchos años martirizado por la incomprensión de las gentes, por los insultos y la indiferencia maliciosa —drama de todo poeta auténtico en nuestros países— me sentí feliz.[51]

---

49 Neruda, OC, IV, 422. Discurso en Montevideo de 24 de marzo de 1939.

50 Neruda, OC, V, 397.

51 Cardona, 274.

Hotel del Mediodía en la actualidad.

Cervecería Baviera. *Nuevo Mundo. 19 junio 1931*. Hemeroteca Municipal de Madrid.

Aquel comité de bienvenida acompañó a Neruda a un alojamiento, muy cerca de la estación: el **Hotel del Mediodía, Ronda de Atocha, 8**.

Al día siguiente, Lorca pasó a buscarlo por ahí para llevarlo a la casa de su amigo, Carlos Morla Lynch, donde los esperaban a comer. Inevitablemente, quizás, los poetas distraídos y entusiasmados con su reencuentro se retrasaron. Morla salió a buscarlos por la ciudad. Por fin los encontró en un lugar de moda, la **Cervecería Baviera, Alcalá, 37**.

Alfonso XII, 48. ©C. Franz.

Desde esa cervecería Morla condujo a los invitados a su domicilio ubicado en la **calle de Alfonso XII, 48**, sexta planta. Para ser precisos, tras la caída de la monarquía en 1931 esa calle había sido rebautizada con el nombre del primer presidente de la Segunda República Española, Niceto Alcalá Zamora (tributo un tanto indecoroso estando el homenajeado en ejercicio de la presidencia). En abril de 1936, en medio de la creciente radicalización política, ese republicano conservador fue destituido por el Congreso y encima perdió su calle. Esta pasó a llamarse Reforma Agraria, hasta 1941, cuando recuperó el nombre de Alfonso XII. Durante la Segunda República se hicieron muchos otros cambios como ese en la toponimia callejera de Madrid que reflejan las convulsiones de aquel período.

Volvamos al almuerzo en la casa de Carlos Morla. Mientras los comensales contemplaban el panorama del Parque de El Retiro desde ese sexto piso, Morla tuvo ocasión de examinar por primera vez personalmente a Neruda, el amigo epistolar con el que se había carteado durante casi cinco años:

> Me esfuerzo por penetrar su fisonomía, su carácter humano: es pálido —una palidez cenicienta—, ojos largos y estrechos, como almendras de cristal negro, que ríen en todo tiempo, pero sin alegría, pasivamente. [...] Lo que en él me cautiva es su voz: una voz lenta, monótona, nostálgica, como cansada, pero sugestiva y llena de encanto.[52]

Luis Rosales también trazó un «retrato hablado» de Neruda en esos días, un retrato magistral:

> Blanco, pero no pálido; avizor, pero no suspicaz; redondeado, pero no grueso, se movía como un gato parsimonioso y ágil. [...] Tenía unos ojos muy castaños, metálicos, burlones, y los párpados gruesos y demasiado grandes que, como en las tortugas, le formaban unas extrañas arrugas y un pliegue recto en el centro del ojo que parecía que nunca iba a cerrarse, que no podía cerrarse, como un dintel escudriñador. Sí, lo recuerdo bien, era un técnico visual. Originaba las cosas mirándolas y su mirada creaba un orden nuevo y poético en torno suyo, como si descubriera los remotos orígenes de cualquier realidad.[53]

No sabemos hasta qué hora se prolongó aquel almuerzo de bienvenida en la casa de Morla que había empezado tarde, incluso para los estándares de Madrid. Pero podemos colegir que ese primer día de Neruda en la Villa que ya no era Corte duró hasta bien adentrada la noche. Al mediodía siguiente —2 de junio— el poeta se presentó otra vez en casa de Morla:

> ... está aún más pálido que ayer. Se siente mal. Las libaciones de anoche; estas «monitas» de España..., que me son familiares. Se echa en mi cama. Le cubro los pies con una manta de piel de vicuña, y me marcho dejándole con Gabriela Mistral y Luis de la Serna que acaban de llegar.[54]

---

52 Morla, I, 392.
53 Rosales, 58.
54 Morla, I, 392.

Morla sale para asistir a un almuerzo en casa de María de Maeztu, con Fernando de los Ríos y otras personalidades. Cuando regresa de esta comida se encuentra con un cuadro inolvidable: «Neruda sigue durmiendo profundamente en mi lecho, en tanto que Gabriela Mistral, arrellanada en un sillón lee sus poemas»[55].

El buen ojo narrativo de Morla capturó una escena extravagante que se volvería más insólita con el paso de los años. La futura —y muy sobria— Premio Nobel de 1945 velaba el sueño del Premio Nobel de 1971 que dormía la mona. ¿Qué pensaría y sentiría Mistral mientras leía los poemas de *Residencia en la tierra*, esa flamante obra maestra de su exalumno en el remoto Liceo de Temuco?

Podemos suponer que Neruda finalmente se recuperó de su resaca porque esa noche la fiesta en casa de Morla ¡duró hasta las cuatro de la madrugada![56]. Vale la pena citar *in extenso* el relato de «esa noche inolvidable» que el dueño de casa consignó en su diario:

> Han acudido todos los contertulios para conocer a Pablo Neruda. [...] Federico nos favorece con una danza oriental que improvisa envuelto en la alfombra de mi despacho, y luego canta peteneras acompañadas de la guitarra. Bebé [la mujer de Morla, Manuela Vicuña, era apodada, Bebé], en seguida, interpreta mis composiciones musicales sobre temas de Federico, Alberti, Cernuda, Manolito Altolaguirre, Gerardo Diego, Villalón, Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez, que son discutidas y comentadas dentro de un espíritu de benevolencia.
>
> Muy tarde ya, cuando el clima de efervescencia, apaciguado, da paso a un período de quietud propicia, se anuncia la lectura de obras de Neruda. Y Pablo toma asiento en el centro del salón, bajo la luz de la consabida lamparilla, rodeado por todos los asistentes. Se hace el silencio; un silencio de expectativa, profundo y emotivo. Su voz lenta —que tiene suavidades de terciopelo—, de una dulzura envolvente, se eleva como los efluvios de un incensario.

55 Morla, I, 393.

56 Schidlowsky, 229, dice que esa fiesta o «soirée» ocurrió el día anterior; en realidad, tuvo lugar a la noche siguiente.

La tristeza infinita de las oficinas públicas, con sus archivos, sus papeles, sus escritorios... y las bocas violetas de los timbres». Figura de una precisión admirable.

Nos lee el «Tango del viudo» —tan desgarrador dentro de su crudo realismo— y el incomparable poema del «buque de carga» que avanza pausadamente, con su olor a aceite y sus maderas que crujen.

Son cuadros de un objetivo violento, de los cuales se desprende, sin embargo, una poesía de verdad profunda dentro de un colorido moderno de carácter naturalista.

Talento de una personalidad inconfundible y única. Nos hallamos subyugados por una fuerza que tiene proporciones geniales.

Tras de un intervalo prolongado, Federico, gentilmente, sin emulaciones y lleno de una fraternidad adorable, nos lee algunos de sus poemas del «cante jondo», y aquello es como un arco iris después de la tormenta:

Cuando yo me muera,
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.

Día grande y noche inolvidable.[57]

Es probable que esa misma noche, en la casa de los Morla, ocurriera otro hecho capital en la vida de Neruda. Seguramente en esa tertulia conoció a Delia del Carril que unos meses después sería su amante y al cabo de unos años su segunda mujer[58].

Del Carril había llegado a Madrid desde París a fines de enero de ese mismo año, 1934. Aquí se reencontró con los Morla a quienes había frecuentado en Francia junto a su gran amiga Victoria Ocampo. Su presencia fue habitual en las tertulias diarias que se celebraban en el piso de

57 Morla, I, 394.

58 Hay otra versión de ese primer encuentro. Alberti afirmó que Delia y Pablo se conocieron en su casa. Esto tendría que haber ocurrido precisamente la noche anterior. Es posible, desde su llegada a Madrid Delia se volvió inseparable de sus camaradas, Rafael Alberti y María Teresa de León, a los que había conocido en París.

Delia del Carril, Madrid, 1935. ©Archivo Fundación Neruda.

calle Alfonso XII. Delia pertenecía a una familia de estancieros argentinos muy ricos. Había tenido una educación aristocrática y una juventud frívola: pasó de alumna de las monjas, a mujer fatal, experimentó con la morfina, contrajo un matrimonio impulsivo con un *play boy* famoso y millonario como ella ¡y se fueron de luna de miel a Alaska! En su juventud, hizo todo lo que una heredera rica y rebelde debía hacer para epatar a su madre y a los burgueses, sin dejar de ser católica practicante. Luego, a sus cuarenta y cinco años, Del Carril cambió de iglesia. En París, en 1930 o 1931, influida por su maestro y tal vez amante, el pintor Fernand Leger, Delia ingresó al Partido Comunista francés. El biógrafo de Delia del Carril, Fernando Sáez, asegura: «Esa determinación la libraba de muchas preguntas sobre ella misma»[59].

En 1934, recién llegada a Madrid y por mediación de Rafael Alberti, Delia del Carril se unió al Partido Comunista español. En el agitado am-

59 Sáez, 80.

biente político peninsular, preñado de revoluciones y reacciones, Delia predicaba su fe reciente con fervor y promovía múltiples iniciativas en favor de amigos y camaradas en problemas. Su frase favorita era: «hay que ayudar, oye»[60]. Debido a ese continuo activismo, el pintor Isaías Cabezón la apodó la Hormiga.

Delia también recibió un alias ideológico: «Por su fervor político, su claridad, dinamismo y gran entusiasmo [era] llamada cariñosamente el ojo de Mólotov o, más abreviadamente, el ojo de Molo»[61]. La ortodoxia comunista de del Carril puede medirse por ese alias. Viacheslav Mólotov fue mano derecha de Stalin durante muchos años, vicepresidente de la URSS, y firmante del tratado de no agresión nazi-soviético conocido como pacto Ribbentrop-Mólotov. Seguramente, después de este pacto los amigos de Delia dejaron de apodarla así.

Esa noche del 2 junio de 1934, cuando se conocieron, Pablo Neruda tenía 29 años y Delia del Carril, 49. A primera vista, no solo la edad los separaba, parecían muy distintos. Sin embargo, quizás sus diferencias eran complementarias. El biógrafo de Delia sugiere que cada uno de ellos aportaba al otro «el complemento simétrico a sus vacíos. Dos engranajes que sincronizan a la perfección empujados por una admiración mutua por motivos muy distintos, tan distintos como ellos»[62].

Delia llenaba, con creces, esa figura materna que Neruda buscó en varias mujeres. Entre ellos había una comunidad de intereses culturales y políticos que el poeta no tenía con su mujer, Maruca. Muchos años después, en uno de los poemas del *Memorial de Isla Negra*, Neruda recordaría a Delia como la encarnación de la «razón» que lo apartó de sus preocupaciones personales para llevarlo al compromiso político: «Delia, la luna luminosa/ de tu razón apartó los dolores»[63].

Neruda regresó a Barcelona más convencido que nunca de que su destino estaba en Madrid. Su ansiedad debe haber sido tan evidente que el Cónsul General, Tulio Maquieira, le sugirió a su escurridizo subordinado que se asentara allá. Neruda recordará con cariño a ese jefe comprensivo:

---

60 Sáez, 91.

61 Alberti, *La arboleda perdida 2*, 224.

62 Sáez, 89.

63 Neruda, OC, II, 1271.

> Descubrió rápidamente don Tulio Maqueira [sic] que yo restaba y multiplicaba con grandes tropiezos, y que no sabía dividir (nunca he podido aprenderlo). Entonces me dijo: Pablo, usted debe vivir en Madrid. Allá está la poesía. Aquí en Barcelona están esas terribles multiplicaciones y divisiones que no lo quieren a usted. Yo me basto para eso.[64]

Apenas veinte días después, exactamente el 23 de junio de 1934[65], Neruda dejó la Ciudad Condal y se instaló en la capital de España. El día 28 se encontró con Morla Lynch en el **Café del Capitol, Gran Vía esquina de Jacometrezo**. El Edificio Capitol (o Carrión), recién inaugurado en 1933, era otro emblema arquitectónico de la modernidad madrileña, como la Casa de las Flores. El complejo incluía bar, café, restaurante, salón de fiestas, hotel y un cine.

> Salida matutina. Me voy al Capitol donde me gusta charlar con Ángel, el lustrabotas y con los camareros. Más tarde me encuentro con Neruda y Alberti. Nos sentamos a comer cigalas... Alberti está con su camisa azul y su corbata roja, comunista.[66]

El primer encuentro personal de Neruda con Rafael Alberti había ocurrido durante ese mes de junio. El poeta chileno visitó al gaditano y a su mujer, María Teresa León, en su casa de la calle **Marqués de Urquijo, 47**, casi esquina con el Paseo del Pintor Rosales. En su autobiografía Neruda recordó haber subido hasta «un ático sobre una arboleda, la arboleda perdida...»[67].

Por su parte, Alberti evocó ese primer encuentro así: «un buen día del mes de junio, sube corriendo las escaleras de mi casa y me dice: "Soy Pablo Neruda. Acabo de llegar..."»[68].

---

64 Neruda, OC, V, 523.

65 Olivares, 125. Carta de Neruda a R. Molinari de 20 de junio de 1934.

66 Morla, 396.

67 Neruda, OC, V, 525.

68 Aguirre, Margarita. *Las vidas de Pablo Neruda*, p 160; citado por Gálvez, 54.

Edificio Capitol, 1933.

Placa en Marqués de Urquijo, 47.

María Teresa León, la mujer de Alberti, dio más detalles:

> En aquella casa, entre las plantas que habían convertido la terraza en un jardín, las puertas no se cerraban nunca. A esa puerta llamó Pablo Neruda. Entra. Se detuvo con los dedos en los labios: Chist. Por favor se lo pido. Abajo está mi mujer. Que no se le note el asombro cuando la vean. ¡Es tan alta! Javanesa, sí, pero sus padres holandeses. Vuelvo con ella.
>
> [...] Sí, era alta la mujer de Pablo, era tan alta, terminando su cuerpo con una bonita cabeza clara que, advertidos y todo, no pudimos dejar de asombrarnos. Se sentó ante nosotros dejando las dos columnas magníficas de sus piernas, enfrentándonos.[69]

Por esos días, Neruda recogió a una perra callejera a la que llamó Niebla y se la regaló a Alberti. Según su nuevo dueño, tras el estallido de la Guerra Civil la perra se perdió otra vez y acabó «fusilada» por los franquistas en Castellón de la Plana[70]. En Colombo Neruda también había adoptado un perro que dejó atrás. Luego tuvo una mangosta que se perdió en Yakarta.

---

69 León, María Teresa, 1970, p 80-81, citado por Schidlowsky, 229.

70 Ver Alberti, *La arboleda perdida 2*, 223.

Más tarde, a mediados de 1934, cuando el barco que lo llevaba a España recaló en Río, compró un mono que murió muy pronto. Al poeta le gustaban los animales, pero estos no tenían suerte con él[71].

Los Alberti guiaron a los Neruda hasta un complejo de edificios nuevos, cercano a su casa de Marqués de Urquijo, donde se alquilaban pisos. Era un condominio moderno que ocupaba toda una manzana con diez accesos por cuatro calles. Sus arquitectos la bautizaron como Casa de las Flores.

Sergio Macías, en su libro *El Madrid de Pablo Neruda*, destaca la calidad icónica de ese conjunto habitacional:

> La Casa de las Flores constituyó un símbolo de la vanguardia arquitectónica de los años treinta. Fue diseñada por el arquitecto Secundino Zuazo Ugalde y realizada también por los alemanes Miguel Fleischer y Hermann Jansen. Se perpetuó como la máxima expresión de un esfuerzo de ordenamiento urbanístico.[72]

Dato curioso: la sencillez racionalista de ese edificio engañó a un biógrafo de Neruda. Volodia Teitelboim creyó, erróneamente, que ese complejo habitacional fue completamente destruido durante la Guerra Civil y que en «el lugar donde se levantaba la Casa de las Flores, hoy se yergue un convencional edificio de apartamentos»[73].

En julio de 1934 Neruda alquiló ahí un departamento con acceso por **Gaztambide, 19**. Afirma Macías:

> Era un piso desocupado en el bajo B, que consta de tres dormitorios, un hall relativamente amplio, un cuarto de baño, pero que no da a la fachada exterior, sino al interior. En uno de los costados, hay ventanas que colindan con un amplio jardín.[74]

Parecía un departamento conveniente para una pareja que esperaba un hijo. Sin embargo, casi de inmediato, el poeta descubrió otro piso mejor:

---

71 Más detalles sobre los perros de Neruda en Teitelboim, 177.

72 Macías, *El Madrid...*, 55.

73 Teitelboim, 165.

74 Macías, *El Madrid...*, 58.

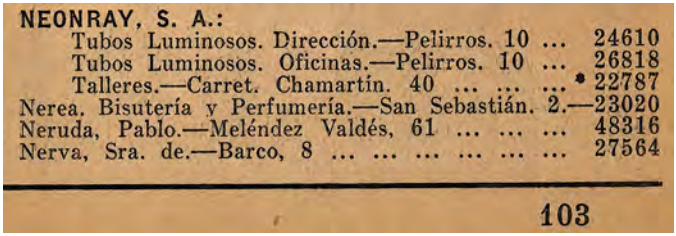
Gaztambide, 19. Consulado de Chile entre 1935 y 1936. ©C. Franz.

un ático con mucho espacio para recibir y «seis metros de balcón, con vistas a las sierras y a la nieve del Guadarrama»[75].

En verdad, parece que las matemáticas se le daban mal al poeta: el balcón de ese departamento mide más de doce metros de largo. Pero su ojo estético era infalible: las vistas desde esa terraza hacia el noroeste —Fuencarral, El Pardo y la sierra— son espectaculares. Sin titubear, Neruda se mudó nuevamente. Su nueva y definitiva dirección en Madrid, será **Meléndez Valdés, 61, quinta planta, centro**. (Hasta donde sé, este estudio es el primero en señalar el departamento exacto que ocuparon Neruda y su familia en ese edificio[76]).

75 Neruda, carta a Eandi, enero de 1935. OC, V, 972.

76 En efecto, ni Teitelboim, ni Schidlowsky, ni Olivares, ni Macías, consignan la dirección precisa de Neruda. Solo Gálvez apunta que residió en la calle Meléndez Valdés.



NEONRAY, S. A.:
Tubos Luminosos. Dirección.—Pelirros. 10 ... 24610
Tubos Luminosos. Oficinas.—Pelirros. 10 ... 26818
Talleres.—Carret. Chamartín. 40 22787
Nerea. Bisutería y Perfumería.—San Sebastián. 2.—23020
Neruda, Pablo.—Meléndez Valdés, 61 48316
Nerva, Sra. de.—Barco, 8 27564

103

Neruda en la Guía Telefónica de Madrid de 1935. ©C. Franz.

Meléndez Valdés, 61. En la última planta, la quinta, vivió Neruda. ©C. Franz.

Existe alguna confusión respecto a ese domicilio. Sergio Macías afirma que Neruda se mudó a «la quinta planta en la esquina de Hilarión Eslava con Rodríguez San Pedro»[77]. Esto es un error patente, además, porque desde ahí serían imposibles las perspectivas que describen Neruda y sus visitantes. Por ejemplo, Carlos Morla lo visitó el 15 de septiembre de 1934 y detalló las vistas:

> En su salita clara y alegre, que tiene una vista de maravilla sobre la sierra, bebemos agua de cebada. [...] Se discute la nueva Antología de poetas españoles, y se leen en voz alta varias obras de autores distintos. Me hallo cerca de la ventana, y el paisaje que se extiende ante mi vista contribuye al encantamiento del momento que vivo. Campo ilimitado de montes ondulados bajo un cielo en que vagan grandes nubes de formas caprichosas [...]. Estos campos de los alrededores de Madrid, con sus grandes lomas rosadas y de un verde gris, evocan paisajes bíblicos.[78]

El periodista y escritor Luis E. Délano recordó que esa «salita clara y alegre» después se amplió. Neruda...

> ... hizo derribar un tabique que unía dos piezas y las convirtió en un gran estudio o salón. Allí empezaron a acumularse sus libros, las primeras ediciones, que coleccionaba con muchos sacrificios, registrando librerías de viejo y pagando a plazos; sus pálidas máscaras de la India, con las cuales solía asustar a sus amigos, cuchillos flamígeros y otros recuerdos de Oriente. Esa habitación llegó pronto a ser un sitio de tertulias literarias y fiestas de amigos que marcaron época en Madrid.[79]

Es indudable que Neruda residió en Meléndez Valdés, 61, quinta planta, centro. Sin embargo, un misterio rodea a ese domicilio. La primera dirección, la de Gaztambide, 19, continúa apareciendo en el carnet con-

77 Macías *Vida, amigos...*, 44.
78 Morla, I, 421.
79 Délano, 61.

Carnet del cónsul, Ricardo Reyes (Pablo Neruda). ©Archivo Fundación Neruda.

sular de Neruda emitido en enero de 1936. De igual modo, esa dirección será mencionada por algunos visitantes hasta mediados de ese año.

Esa «dirección doble» puede explicarse así. De acuerdo a los planos del edificio, los apartamentos de Meléndez Valdés, 61, tienen cuatro habitaciones. Pero Neruda demolió un tabique, por lo que solo quedaron dos dormitorios y un salón amplio. La distribución de cuartos resultante no es apta para la coexistencia de una oficina y un hogar habitado por una madre con su niña enferma y donde circulaban dos empleadas. Además, algunas descripciones del despacho en el que trabajaban el cónsul Neruda y su canciller o secretario —Luis Enrique Délano, desde mediados de 1935— sugieren un espacio distinto. Por ejemplo, Délano dice: «Cuando cerrábamos la oficina, solíamos ir a las librerías de viejo...». Mal podían «cerrar la oficina» donde vivía la familia Neruda.

Neruda nunca se deshizo del primer departamento que alquiló en Gaztambide, 19, en el mismo condominio. Ya había suscrito un contrato que le sería oneroso rescindir y esperaba que pronto podría dedicar ese apartamento a oficina para el consulado que ambicionaba y que le asignaron un año después. Mientras tanto, podía encerrarse ahí donde tendría silencio para escribir a sus anchas. Para ir a su despacho le bastaba con descender los cinco pisos desde su hogar en la calle Meléndez Valdés y doblar la esquina; o bien, recorrer el largo jardín interior que comunica, por dentro, los distintos bloques de la Casa de las Flores e ingresar desde

ahí al edificio que da a la calle Gaztambide. Sin duda, era un arreglo caro (tendría que pagar dos alquileres), pero ya sabemos que Neruda no se fijaba en gastos, aunque se quejara de sus ingresos.

El diario de Carlos Morla confirma la hipótesis anterior. Dos años después, el 28 de agosto de 1936, ya estallada la Guerra Civil, Morla escribe:

> ... paso a casa de Pablo Neruda, *calle de Gaztambide* [énfasis mío], con ganas de cambiar impresiones con ellos. Maruca está sentada cosiendo y también están allí Enrique Délano y Fausto Soto. Fausto es el más sereno dentro de su comunismo; Enrique Délano, menos, Pablo Neruda, inabordable... Hace calor y hay mucho sol en su habitación, llena de máscaras y de figuras raras.[80]

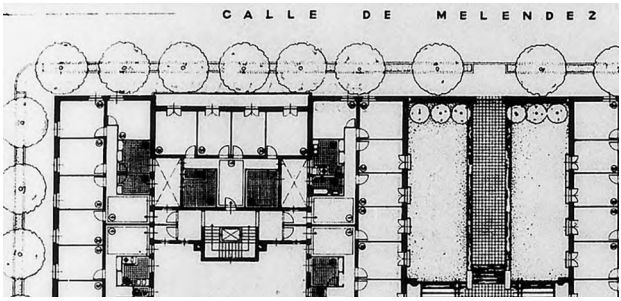
Esa dirección en Gaztambide, que da Morla, no coincide con su mención a las «máscaras y figuras raras»; estas colgaban en el salón de Meléndez Valdés. Pero no es difícil explicarlo: nada más natural que Morla buscara a Neruda primero en su consulado de la calle Gaztambide y, tras no hallarlo ahí, fuera hasta la calle de Meléndez Valdés, 61. Ahí encontró finalmente al cónsul con su familia y algunos funcionarios todos preocupados por la guerra.

Dos años antes, en julio y agosto de 1934, esa guerra y otros dolores no habían llegado todavía. Neruda realizaba aburridos informes de comercio exterior y, sobre todo, intentaba convencer a Gabriela Mistral de intercambiar consulados: él asumiría en Madrid y ella se trasladaría a Barcelona. Así describió esos días: «Yo escribo largos poemas por completo fúnebres. Los interrumpo para mandar a Barcelona informes sobre maderas o frutas o para visitar la casa en que, rodeada de poetisas de Jamaica, vive Gabriela Mistral»[81].

Gabriela Mistral vivía, por entonces, en **Avenida Menéndez Pelayo, 11**, frente al Parque de El Retiro. También es factible que para esas gestiones diplomáticas Neruda visitara a Mistral en su consulado que —según la Guía Telefónica de 1935— estaba a la vuelta de la esquina, en **Doctor Castelo, 4**. Parece que a comienzos de 1935 Gabriela Mistral y su oficina

80 Morla, II, 58.

81 Quezada, 93. Carta de 12 de agosto de Neruda a Morla que estaba en Ibiza.



Plano de Meléndez Valdés 61 (1930).

de consulesa se trasladaron a Ciudad Lineal, pero no he encontrado la dirección exacta.

Los poemas de Neruda serían fúnebres y sus informes aburridos, sin embargo, durante ese ardiente verano de 1934, celebró fiestas muy animadas. Alrededor del 8 o 10 de agosto hubo un fiestón memorable. Luis E. Délano lo recordó así:

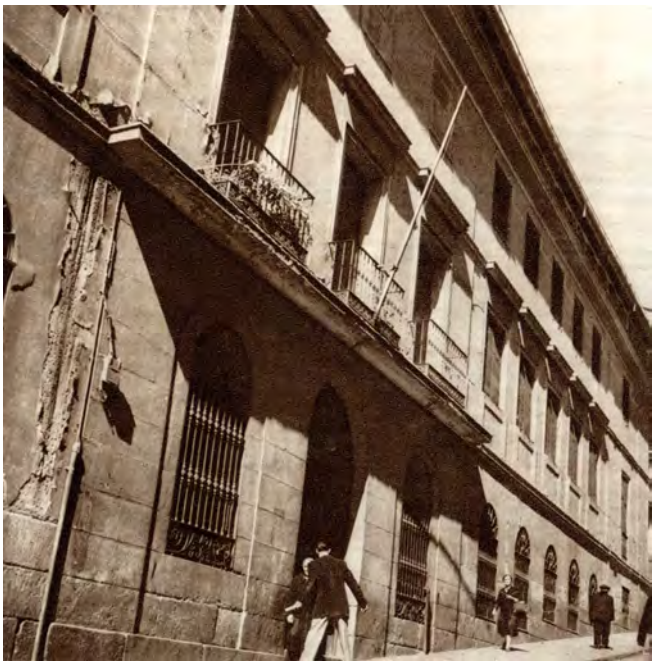
> ¡Qué noche! Se había juntado allí una enorme cantidad de amigos. García Lorca, Manolo Altolaguirre y su mujer Concha Méndez, Emilio Prados, Arturo Serrano Plaja, Miguel Prieto, Eduardo Ugarte, Aurelio Romeo, Antonio Aparicio [...] Lorca cantó, Pablo se disfrazó de fantasma y la fiesta se prolongó hasta tarde.[82]

Pablo Neruda disfrazado de fantasma en su propia fiesta. La imagen es inquietante y sugerente. En medio del jolgorio él no era feliz. Hernán Loyola notó que en su relato «Délano no menciona a Maruca, que con toda probabilidad se había retirado a su habitación debido a su avanzado embarazo —aparte que, como sabemos, no amaba las bulliciosas fiestas de Pablo con sus amigos»[83].

El 12 de agosto, en una carta a Morla, que se encontraba en Ibiza, veraneando, Neruda vuelve a mencionar fantasmas:

82 Délano, 62.

83 Loyola, *El joven Neruda*, posición 6012.



Antigua maternidad en la calle Mesón de Paredes, 66.

> Delia se ha convertido por completo al espiritismo [...]. Se trata sobre todo de temibles espectros de la *Commune*, que llevan en las manos sus cabezas degolladas. Ella fomenta estas apariciones malignas, que muchas veces vienen acompañadas de golpes secos en los muros.[84]

Parece que por esos días Neruda estaba obsesionado con los fantasmas. Quizás presentía una desgracia. Y acertó. Apenas seis días después, un tórrido 18 de agosto de 1934, nació la única descendiente que tendría en su vida: Malva Marina. El parto ocurrió en la vieja maternidad de la calle **Mesón de Paredes, 66**, más inhóspita que hospitalaria. El alumbramiento fue normal, pero la niña nació con una deficiencia congénita grave e

84 Quezada, 93. Ídem supra.

incurable en esa época: hidrocefalia. El golpe fue devastador para sus padres y para su matrimonio.

Pocas personas acompañaron a la parturienta durante esos días duros. Además de su marido, su principal compañía fue Delia del Carril. Escribe Hernán Loyola:

> Cabe suponer que durante los períodos precedente y sucesivo al parto Delia haya venido con frecuencia al apartamento para ayudar a Pablo y también, por qué no, para ayudar a Maruca y ofrecerle su solidaridad femenina en el trance.[85]

Esa suposición de Loyola la confirma Morla que, el 10 de septiembre, anota en su diario otra visita a los Neruda: «Delia ha venido a cenar y luego hemos ido donde Pablo Neruda cuya mujer, altísima, ha tenido una niñita que ha luchado entre la vida y la muerte, auxiliada por Delia. Es como un jilguerito con ojos muy grandes...»[86].

Un mes después, el 19 de septiembre, Neruda le escribió a su amiga bonaerense, Sara Tornú, en tono de broma:

> Mi hija, o lo que yo así denomino, es un ser perfectamente ridículo, una especie de punto y coma, una vampiresa de tres quilos. Todo bien (ahora), oh Rubia queridísima, (pero) todo iba muy mal. La chica se moría, no lloraba, no dormía [...]. Tú puedes imaginarte cuánto he sufrido. La chica, me decían los médicos, se muere, y aquella cosa pequeñita sufría horriblemente de una hemorragia que le había salido en el cerebro al nacer. Pero alégrate Rubia Sara porque todo va bien; la chica comenzó a mamar y los médicos me frecuentan menos, y se sonríe y avanza gramos cada día [...]. He recibido tus cartas, directamente dirigidas al corazón mío, pero con tanta historia e hija, ¿qué podía hacer? Nada, esperar esta mañana y escribirte en una casa que he alquilado, una casa muy moderna, toda de ladrillos, y desde mi ventana se ve la sierra de Castilla, seca, ocre y oro...[87]

---

85 Loyola, *El joven Neruda: 1904-1935*, posición 6033.

86 Morla, I, 420.

87 Neruda, OC, V, 1029.

Neruda intentaba poner al mal tiempo buena cara; bromeaba sin alegría verdadera. Miraba para otro lado, hacia las vistas maravillosas desde su casa. Pero su poesía registró ese golpe tan duro:

> ...entonces, cómo?, cuándo?,
> a quién pedir por unos ojos del color de un mes frío,
> y por un corazón del tamaño de un trigo que vacila?
> [...] venid a mí con un día sin dolor,
> con un minuto en que pueda reconocer mis venas.
> Estoy cansado de una gota,
> estoy herido en solamente un pétalo,
> y por un agujero de alfiler sube un río de sangre sin consuelo,
> y me ahogo en las aguas del rocío que se pudre en la sombra,
> y por una sonrisa que no crece, por una boca dulce,
> por unos dedos que el rosal quisiera
> escribo este poema que sólo es un lamento,
> solamente un lamento.[88]

«Por unos dedos que el rosal quisiera...». Neruda sufre y se desahoga con ese poema. Luego intentará no ver la tragedia (como en ocasiones futuras a lo largo de su vida personal y política). Organiza más saraos.

> Anoche, en una gran fiesta nacional, 18 de septiembre, peruanos, cubanos, la argentina Delia del Carril, mexicanos, vinieron a mi casa, en donde bebieron de manera frenética. No hay escritores, aunque ya es invierno; todos andan de veraneo. Federico, en Granada, desde donde ha mandado unos lindos versos a mi hija.[89]

De tanto usarlas como metáforas, Neruda confundía las estaciones del año real. En las líneas anteriores dice que ya es invierno, pero aún no llegaba el otoño[90]. Quizás el dolor lo mareaba tanto como el vino. Morla también describe esa fiesta del 18 de septiembre de 1934.

---

88 Neruda, OC, I, 316. «Enfermedades en mi casa».

89 Neruda, OC, V, 1029.

90 Una confusión similar le ocurrió al describir su segunda llegada a Madrid. Ver página 20, supra.

Malva Marina Neruda Hagenaar, con cinco años de edad en 1939.
©Fred Julsing, por familia Julsing, Gauda.

> Muy tarde vamos donde Neruda que tiene una velada imposible, llena de gente rara. Hay entre ellos un cubano pintor, hijo de chino [Wilfredo Lam]. Están todos ebrios y se han disfrazado con máscaras. A mí me ponen otra y una camisola azul. Bebé se enfada y quiere irse...[91]

¿Por qué se enfadó Bebé (la mujer de Morla)? Sin duda, porque en una habitación contigua a ese pandemonio, sufrían aquella «sonrisa que no crece» y su madre. Ese mismo día la niña enferma cumplió un mes de vida. Neruda intentaba pensar en otras cosas, en sus amigos que «bebieron frenéticamente» y en Delia del Carril, que es la única persona a quien menciona por su nombre entre esa concurrencia.

91 Morla I, 422.

Delia había auxiliado a Maruca desde antes del nacimiento de su hija. Es fácil imaginar a la argentina «adoptando» a esa joven extranjera embarazada, despistada y tímida. No en balde, Delia solía repetir: «hay que ayudar, oye». Loyola advirtió que «no hay noticias de que Maruca encontrara en Madrid a una amiga»[92]. Seguramente, para ella lo más cercano a una amistad fueron esos cuidados de Delia. Esta demostraba un fuerte instinto maternal vacante; actuaba —creo yo— como una buena samaritana volcando su necesidad de ayudar en la mujer del poeta famoso y en su hijita gravemente enferma. Para auxiliarlos mejor la argentina, que no hacía nada a medias, se mudó temporalmente a la casa de los Neruda.

En una carta a Eandi, fechada en enero de 1935 (pero comenzada varios meses antes, probablemente en septiembre), Neruda escribe: «Vive con nosotros una argentina, Delia del Carril (hermana de Adelina) muy simpática y profundamente buena. Está en este momento almorzando con Victoria Ocampo que está de paso en Madrid»[93]. Esas líneas deben haber sido escritas a fines de noviembre de 1934, porque en esas fechas llegó Ocampo[94].

En otra carta a Carlos Morla, fechada el 21 de agosto de 1935, Neruda le cuenta: «Delia está viviendo provisionalmente muy cerca de aquí con los argentinos amigos que conociste. Cuestión de pabellón. Se han anexado a Delia, pero volverá a casa cuando ellos se vayan»[95]. No queda claro si Delia volvería a la Casa de las Flores o a la suya propia en la calle de Goya.

Esa convivencia con los Neruda ha sido negada por algunos investigadores. Fernando Sáez, el biógrafo de Delia, es rotundo: «Esto no es así, ella no vive ni vivió nunca con ellos, es seguramente, una forma de introducirla en su vida», escribe Sáez, refiriéndose a la frase de Neruda en su carta a Eandi. Y agrega una sugerencia de arribismo: «Quizás estas alusiones estaban destinadas a impresionar a Eandi...»[96].

---

92 Loyola, *El joven Neruda*, posición 6033.

93 Neruda, OC, V, 972.

94 Sáez, 96.

95 Quezada, 106.

96 Sáez, 99.

Sáez no cita la fuente de su incredulidad en esa convivencia y, por tanto, es difícil contrastarla. Es probable que la propia Delia del Carril, en entrevistas ofrecidas muchos años después, en su ancianidad (murió a los 104 años), negara haber vivido ahí.

Con todo, los testimonios de que ella sí habitó la Casa de las Flores no vienen solo de la boca o de la pluma de Neruda. El 19 de junio de 1935, es decir, diez meses después del nacimiento de Malva Marina, Carlos Morla anota en su diario:

> Almorzamos en casa con Delia del Carril. Lleva una vida bohemia que se critica y su «afinidad» con Pablo Neruda es muy comentada. Vive con él, su mujer y la niña enferma. Un drama que terminará mal.[97]

Por su parte, otro biógrafo de Neruda, Volodia Teitelboim, va más lejos:

> En el hecho [Delia] se fue a vivir a casa de Neruda. Aunque Pablo pusiera cara de susto, se le metía en la cama creando situaciones imposibles ante la presencia trémula y desconfiada de una esposa que veía invadir tan descaradamente sus dominios.[98]

El más reputado experto en Neruda, Hernán Loyola, descarta esas «situaciones imposibles», pero acepta que hubo una convivencia de los adúlteros ante la mirada ingenua de Maruca:

> Contra lo que suponen Eutimio Martín [biógrafo de Miguel Hernández] y otros, creo muy probable que Pablo y Delia vivan su relación con cautela y discreción dentro del apartamento, donde Delia alquila una pieza y por lo tanto aporta una cuota a la economía de los Neruda. No me extrañaría que Maruca vea a Delia como veía a María Luisa Bombal en el apartamento del 20° piso del bonaerense Edificio Safico. María Luisa y Delia, dos mujeres

97 Morla I, 485.

98 Teitelboim, 175. Lamentablemente, en este pasaje —y en muchos otros—, Teitelboim no cita sus fuentes.

> que comparten con Pablo inquietudes e intereses intelectuales (y políticos, en el caso de Delia) del todo ajenos a su esposa, *quien quizás incluso agradece ser complementada en ese terreno* [énfasis mío]. Y probablemente sin temores o celos por vía de los veinte años que Delia le lleva a Pablo: aún bella y encantadora, pero hasta podría ser su madre. Por último, y para decirlo de una vez, bien se puede presumir que Neruda pone mucha atención en cuidar las formas en su relación directa y hogareña con Maruca, porque así hará también años después con la misma Delia y más tarde aún con Matilde, durante similares desvíos extraconyugales.[99]

No creo que Maruca agradeciera la presencia de Delia del Carril en la Casa de las Flores por la compañía intelectual que le daba a su marido. Más bien, le agradecería a Delia su compañía y ayuda física y sicológica. La argentina, enérgica y segura de sí misma, actuaba como una figura protectora para esa madre primeriza traumatizada por la enfermedad de su hija. Maruca suponía que Delia era su amiga. Esa amiga que, en realidad, nunca encontró en Madrid.

Los datos disponibles sugieren que la convivencia de ese trío fue frecuente pero discontinua. Delia *vivía y no vivía* con los Neruda. Me explico: es innegable que la argentina conservó su departamento en la calle de Goya al menos hasta la Navidad del año 1935 (que todo el grupo celebró ahí). Allá mantenía su nutrido guardarropa y su indispensable empleada. Sin embargo, desde el nacimiento de Malva Marina, pasó mucho tiempo en la casa de los Neruda donde pernoctaría a menudo para auxiliar a Maruca con la niña enferma. Para eso no se podía confiar en las empleadas de Neruda que eran dos chicas muy jóvenes: Pepa y María tenían dieciséis y dieciocho años, respectivamente[100].

Para esas estadías Delia pudo ocupar el cuarto sobrante en el piso de Meléndez Valdés, 61. Pero no lo hacía todo el tiempo. Sin duda, en esa habitación se alojó la madre de Maruca —Antonia Helena Vogelzang— cuando los visitó durante unas semanas a fines de enero y parte de febrero de 1935[101]. Tras la partida de la señora Vogelzang y seguramente con

---

99 Loyola, *El joven Neruda*, posición 8107.

100 Neruda, OC, IV, 395-6.

101 Ver Schidlowsky, 254 y 255.

motivo de nuevas crisis en la salud de Malva, la buena samaritana argentina volvió a pasar muchas noches en esa habitación velando el sueño de Malva y el de sus padres.

Ese despliegue de abnegación tuvo que conmover fibras muy hondas en Neruda. A eso se refería cuando escribió que Delia era «profundamente buena». Muchos años después, el poeta reforzó ese juicio en su poema a Delia: «la suavidad de la que acompañó/ la dura habitación de mis dolores»[102].

Tiendo a creer, como sugiere Fernando Sáez[103], que la relación entre Delia y Pablo evolucionó gradualmente. Lo mismo conjeturó Loyola: «... parece muy probable que esa particular situación de emergencia (incluidas las fiestas y encuentros a que Pablo no renunciaba) haya favorecido el gradual traslado de Delia a vivir con los Neruda en la Casa de las Flores»[104]. Sin embargo, creo que no fue un «traslado» permanente, sino uno esporádico y recurrente, que en ocasiones se prolongó quizás durante semanas. Por eso, en agosto y septiembre, cuando Malva estuvo entre la vida y la muerte y todavía en noviembre del 34 o en agosto del 35, Neruda pudo afirmar: «vive con nosotros, Delia». Y por eso en junio del año siguiente Morla pudo colegir algo similar.

Otro dato apoya y justifica unas estancias esporádicas de Delia en la Casa de las Flores. Loyola afirma que «Delia alquila una pieza y por lo tanto aporta una cuota a la economía de los Neruda»[105]. Que Delia pagara para arrendar la habitación donde servía de buena samaritana parece demasiada generosidad, incluso para una millonaria excéntrica como ella. Aventuro una conjetura que podría justificar mejor ese posible arriendo. Delia podría haber subalquilado una pieza, pero no en Meléndez Valdés, sino en el departamento de calle Gaztambide, 19, que se encontraba semivacío. El Consulado se instaló allí recién a mediados de 1935 y aún entonces sobraron habitaciones. Disponer de un cuarto en Gaztambide, 19, facilitaría mucho sus estancias ocasionales cerca de los Neruda. No hay que olvidar que, para volver a su casa en la calle Goya,

---

102 Neruda, «Delia», en *Memorial de Isla Negra*, OC, II, 1271.

103 Sáez, 92 y 93.

104 Loyola, *El joven Neruda*, posición 6036.

105 Loyola, *El joven Neruda*, posición 8109. Desconozco la fuente de esta afirmación de Loyola.

tenía que atravesar medio Madrid. Es posible que también quisiera ocupar ese cuarto como taller de pintura, su sueño de siempre. Con ese arreglo, además de ayudar económicamente a Neruda, siempre sobregirado en sus gastos, Delia añadió otro interés legítimo para su asidua presencia en la Casa de las Flores.

(Admito que la conjetura anterior me la sopla la imaginación del novelista. Pero no fantaseo mucho más que varios eruditos nerudianos...).

Sea como sea, la generosidad de Delia —«profundamente buena»— produjo un daño no por involuntario menos doloroso. Maruca quedó tan en deuda con ella —y estaba tan traumatizada por su dolor— que fue incapaz de ver el proceso gradual que convirtió a la que creía su única amiga en Madrid, en la amante de su marido. Esta ceguera sicológica es más plausible que una indiferencia consciente. Y mucho más probable que el interés fenicio en hacer la vista gorda para mantener su matrimonio con Neruda porque este era un diplomático y poeta famoso (como han sugerido algunos estudiosos). Más bien, sospecho que su gratitud hacia Maruca y su ingenuidad le velaron la traición de Delia y Pablo durante casi dos años, hasta fines del 36 cuando Neruda la instaló en Mónaco —junto con su hija— y jamás volvió a su lado[106].

Maruca no veía esa traición inminente. Pero otros sí. El 14 de abril de 1935 Morla anotó en su diario: «Ayer salimos moralmente asfixiados de casa de Pablo Neruda. Encontramos a su mujer, Maruca, sola, junto a la cuna donde yacía la niña enferma. Cuadro doloroso, trágico y de pesadilla. [...] Pablo y Delia en el cine...»[107].

Se ha criticado esa reacción de Morla («pesadilla», «tragedia») achacándola a una inquina contra Neruda. Es verdad, en algunos pasajes de sus diarios se transparenta cierta animosidad hacia el poeta que convive con la admiración por su poesía. Esta desafección pudo deberse a varias razones. Quizás Morla se sintió utilizado. Durante años el poeta lo asedió por correspondencia, casi parecía que lo cortejaba (en una misiva de agosto de 1934 llegó a llamarlo «Carlos Corazón»[108]). Pero, una vez que obtuvo su nombramiento en Madrid, el cortejante se alejó. Morla también pudo disgustarse porque Neruda le sustraía parte de la atención de

106 Algo similar opina Schidlowsky. Ver op. cit., 313.
107 Morla, I, 471.
108 Quezada, 93.

Lorca. Por su lado, Neruda había sentido unos celos similares. Recién llegado a Madrid, escribió: «La gente literaria muy desunida. Federico no frecuenta sino la casa de Morla»[109].

Sin embargo, sospecho que la razón más poderosa para el disgusto de Morla fue, a la larga, la forma en que Neruda trató a su hija enferma. Carlos Morla y su mujer, Manuela Vicuña, perdieron dos hijas. Una de ellas había muerto de diez años, en París, poco antes de que se trasladaran a Madrid. Morla jamás superó ese trauma.

A medida que la enfermedad de Malva se demostró incurable Neruda dejó de mencionarla. Nunca volvió a hablar de su hija. Décadas después una amiga cercana del poeta declaró: «se separó del dolor y no la mencionó más»[110]. Neruda recluyó a la niña en uno de esos «silencios elocuentes» que Jorge Edwards observó más de una vez en el poeta. En este caso, era fácil confundir su silencio con indiferencia, aunque seguramente su origen era la melancolía y cierta cobardía emocional. Quizás Neruda, que sabía cantar magistralmente el dolor metafísico y colectivo, era incapaz de compartir sus dolores propios. Íntimamente devastado, el poeta se alejó cada vez más de su hija y de su mujer para volcarse en su vida poética y política (esta última, con Delia).

En octubre de 1934 la política española ofrecía graves atracciones. Entre el 5 y el 19 Neruda asistió al primero de los dos golpes de Estado que vería en España. Un año antes una alianza de centroderecha había ganado las elecciones generales. Ahora un cambio de gabinete produjo el ingreso de tres ministros de ultraderecha. De inmediato, el PSOE y otras organizaciones de izquierda activaron una «huelga revolucionaria» contra el nuevo gobierno. Se produjeron asaltos armados a edificios públicos y cuarteles en muchas ciudades. En Cataluña, la Generalitat aprovechó la insurrección para proclamar el estado catalán dentro de una «España federal» pactada solo con los partidos de izquierda. En Asturias decenas de miles de mineros bien armados depusieron violentamente a las autoridades locales, establecieron soviets y proclamaron una República Socialista Asturiana. El gobierno respondió a la sublevación con la ley marcial. El ejército sofocó el golpe de estado con brutalidad. Especialmente, en Asturias hubo cientos de

109 Neruda, OC, V, 1029. Carta a Sara Tornú, de 19 de septiembre de 1934, ya citada.
110 Loyola, *Los pecados...*, 183.

Facultad de Filosofía y Letras, poco antes de la Guerra Civil.

muertos en los combates y tras el triunfo militar otros tantos ajusticiamientos sumarios.

En Madrid, columnas de estudiantes y obreros asaltaron a tiros los edificios de gobierno y el de la Telefónica. Hubo batallas campales. El diario de Carlos Morla Lynch atestigua la violencia de la insurrección. El 6 de octubre escribe: «... fuertes tiroteos en Madrid. Gabriela Mistral, por teléfono, nos dice que [...] su barrio es teatro de una verdadera batalla»[111].

Esa revolución y su derrota se infiltraron en el sustrato de los poemas que Neruda escribía por entonces. Leyó tres de ellos en el recital que dio el 6 de diciembre de 1934 en la **Facultad de Filología de la Universidad Complutense** (entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central), **Plaza de Menéndez Pelayo s/n, Moncloa**.

En la universidad Pablo Neruda fue presentado por García Lorca con un texto consagratorio para el chileno:

> Y digo que os dispongáis para oír a un auténtico poeta de los que tienen sus sentidos amaestrados en un mundo que no es el nuestro y que poca gente percibe. Un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía, más cerca del dolor que de la inteligencia, más cerca

111 Morla, 426.

> de la sangre que de la tinta. Un poeta lleno de voces misteriosas que afortunadamente él mismo no sabe descifrar...[112]

En efecto, los «Tres Poemas Materiales» que Neruda recitó en la universidad son obras maestras del misterio poético, trasmutaciones alquímicas, materia destilada en metafísica. En «Estatuto del vino», por ejemplo, Neruda funde el goce sibarítico que experimentó en la bohemia madrileña con la experiencia colectiva. El vino, tradicional símbolo de la sangre, lo une con el pueblo que ha visto batirse en las calles de Madrid: «...los hombres del vino / vestidos de morados cinturones / y sombreros de abejas derrotadas»[113].

> Hernán Loyola sintetizó las fuentes biográficas de esos poemas:
>
> ... (1) el encuentro con Delia en junio, justo al llegar a Madrid, encuentro que abre a Neruda puertas simultáneas al amor, a la amistad compartida y a una nueva óptica política; (2) el nacimiento de Malva Marina en agosto, experiencia extrema de dolor, impotencia y derrota que lo obliga a buscar refugio y resolución en un plano de trascendencia y raíces personales; (3) la revolución asturiana en octubre [...]. Estas son las experiencias fundamentales cuya condensación unívoca los «Tres cantos materiales» buscan, en conjunto, expresar.[114]

El discurso de Lorca y la calidad de esos poemas fueron trascendentales, pero el acto mismo fue sencillo, se realizó en un aula cualquiera. Recordó Luis E. Délano:

> Un día estábamos en la Universidad cuando vimos llegar a Neruda y García Lorca. «¿Qué vendrán a hacer?», me pregunté. Me había olvidado de que Pablo iba a dar un recital a los estudiantes. Lorca lo presentó con palabras llenas de admiración y los muchachos escucharon con respeto a ambos poetas. Pablo recitando era entonces más monótono, más parejo, menos enfático y su declamación tenía algo de sermón, algo monacal.[115]

---

112 Olivares, 172.
113 Neruda, OC, I, 327.
114 Loyola, *El joven Neruda...*, posición 6638.
115 Délano, 69.

Es cierto que, para recitar, Neruda acentuaba su tono nasal, cadencioso, hipnótico como el de un monje salmodiando un rito gregoriano. Pero sus noches eran las de un bohemio, como siempre. Entre los lugares que frecuentaba estuvo **La ballena alegre**, un espacio de moda, situado en los sótanos del **Café Lion, calle de Alcalá, 59**. Allí se encontraba con Lorca y su círculo:

> ... una noche, poco antes del estreno de Yerma, el periodista Alfredo Muñiz [ve a Lorca]. Como siempre, rodeado de amigos y admiradores: Pablo Neruda (que ha llegado a Madrid el verano anterior y en cuya casa de Argüelles el granadino ha compuesto la mayor parte del «Llanto por Ignacio Sánchez Mejía»).[116]

El año 1934, *annus mirabilis y horribilis* para Neruda, terminó con un gran acontecimiento para su amigo, Federico García Lorca. El 29 de diciembre se estrenó *Yerma* en el **Teatro Español, en la Plaza Santa Ana**. Asistió «medio Madrid». Entre otros, Ramón del Valle Inclán y Jacinto Benavente (que fueron al preestreno el día anterior) y Miguel de Unamuno que asistió al preestreno y al estreno. Por supuesto, Delia del Carril y Pablo Neruda estuvieron entre el público. Ignoramos si Maruca quiso o pudo ir.

Posiblemente, en ese mismo estreno o unos días antes, Neruda conoció a Eva Frejáville, mujer de Alejo Carpentier. En seguida vivieron un breve affaire, que continuó o se frustró en París en el verano de 1935. Ella prefirió quedarse con Carpentier. Eva es la protagonista secreta del extraordinario poema de amor resentido, amor-odio, «Las furias y las penas»: «Cuando en las reuniones/ El azar, la ceniza, las bebidas,/ el aire interrumpido,/ Pero ahí están tus ojos oliendo a cacería»[117].

Las celebraciones del estreno de Yerma duraron varios días. El 31 de diciembre Neruda ofreció una fiesta de año nuevo en la Casa de las Flores.

---

116 Gibson, 732. En la Casa de las Flores, el sitio más tranquilo para que Lorca escribiera ese poema debió ser el departamento de Gaztambide, 19.

117 Neruda, OC, I, 360.

La ballena alegre.

Teatro Español. ©C. Franz.

2. Año 1935: Triunfos poéticos

El nuevo año empezó con buenas noticias que habrán aliviado, en parte, los sinsabores domésticos de Neruda. En enero fue nombrado Agregado o «adicto» a la embajada en Madrid. Se trataba de un cargo nominal, pero que oficializaba su permanencia en la ciudad donde tanto anheló vivir. Incidentalmente, estos sucesivos nombramientos gestionados para satisfacer sus deseos (tres cargos en un año corrido: Buenos Aires, Barcelona y Madrid) revelan las influencias del poeta en el gobierno chileno. Además, de los buenos oficios de Carlos Morla Lynch.

Su cargo de Agregado en Madrid casi no conllevaba obligaciones, pero lo obligaría a visitar, de vez en cuando, las oficinas de la Embajada situadas, por entonces, en **Marqués del Riscal, 11**[118].

Asimismo, el nuevo año trajo más muestras de que el prestigio de Neruda se consolidaba en España. La revista y editorial de José Bergamín, Cruz y Raya, publicó un libro-almanaque titulado *Aviso de escarmentados del año que acaba y escarmiento de avisados para el que empieza de 1935*. En él aparecieron su poema «Barcarola» y su traducción del texto «Pasto de llamas», de Walt Whitman. Ese tipo de libro-almanaque (literario, en este caso) era un producto editorial muy vendido en esos años. En el almanaque antedicho colaboraron, entre otros, Unamuno, Gómez de la Serna y Sánchez Mazas (España no se había partido del todo, aún).

La revista *Cruz y Raya* (que intentaba, como su director, conciliar cristianismo y marxismo) y sus sellos editoriales, fueron los principales difusores de la obra de Neruda en la península. A fines de 1934, la revista había publicado dos traducciones de Neruda: las «Visiones de las hijas de Albión» y «El viajero mental», de William Blake. Durante 1935 aparecería «Sonetos de la muerte de Quevedo», con prólogo de Neruda y una selección de «Poesías de Villamediana» también presentada por el poeta chileno. Finalmente, en septiembre, Ediciones del Árbol, de Cruz y Raya, publicaría —en España, por fin— *Residencia en la tierra*.

Con motivo de todas esas publicaciones, editadas por el infatigable José Bergamín, es de suponer que Neruda visitó la Secretaría de

118 Guía telefónica de Madrid, 1935.

Café Lion, alrededor de 1930.

Redacción de Cruz y Raya ubicada no lejos de su casa, en **calle del General Mitre, 5**[119], frente al actual Mercado de los Mostenses.

Además, es probable que Bergamín lo invitara alguna vez a su tertulia en el **Café Lion, calle de Alcalá, 59** (donde hoy funciona un falso pub irlandés que infama a James Joyce). En su tertulia Bergamín reunía a escritores, poetas, filósofos y artistas de la órbita republicana católica. Allí Neruda pudo conocer mejor otras sensibilidades políticas, como Eugenio Imaz, Xavier Zubiri, el pintor Benjamín Palencia, Luis Felipe Vivanco e incluso algunos que terminaron en el bando franquista, como José María Cossío y Luis Rosales.

Esa convivencia pacífica en el café entre gentes de diferentes ideas se volvía cada vez más escasa y difícil. Después del estreno de *Yerma*, la prensa conservadora había criticado con dureza y malicia la presunta inmoralidad de la obra. Algunos medios se burlaron solapadamente de la homosexualidad de Federico García Lorca y sus amigos. Por ejemplo, una revista fascista publicó un artículo titulado «La cofradía del apio»: «En el último estreno del Español, y entre los espectadores de buena fe

119 Guía telefónica de Madrid, 1935.

Restaurante Lhardy. ©C. Franz.

que acudieron por equivocación a dicho teatro, se había dado cita una cofradía extraña, de la que el autor de *Yerma* es hermano mayor»[120].

Vaya a saber uno por qué ese cronista anónimo y artero llamaba cofradía «del apio» a los amigos *gay* de Lorca. Pero Pablo Neruda decidió salir en defensa de su colega. Además, aquel ataque lo alcanzaba de manera oblicua: uno de los *Tres cantos materiales* que había leído el 6 de diciembre en la Universidad se titula «Apogeo del apio».

A comienzos de 1935, el poeta chileno organizó un «Banquete en desagravio del apio», que se celebró en el **Restaurante Lhardy, Carrera de San Jerónimo, 8**.

120 Gibson, 736; cita de un recorte sin identificar que se conserva en el archivo de la casa natal de García Lorca, en Fuente Vaqueros.

Casa de Vicente Aleixandre en la actualidad.

Un testigo relató que en cada mesa hubo «floreros bien repletos de la inocente y vituperada planta hortense»[121]. Se pronunciaron discursos en tono académico-paródico exigiendo una rehabilitación del apio y se sirvieron platos adornados o preparados con esa planta. Es posible que fuera en ese banquete cuando Neruda «se vistió de mozo, se puso bigotes y barbita, delantal blanco, e irrumpió con los platos tambaleantes»[122].

También a inicios de ese año Neruda hizo amistad con un poeta que lo ayudaría a conocer y comprender mejor la tradición poética del Siglo de Oro. En una carta a Héctor Eandi, fechada «Enero, 1935», le contó: «Ayer he ido por primera vez a ver a uno de los más nuevos: Vicente Aleixandre (Premio Nacional de Literatura [1933]), qué cariño, qué ternura hacia mí. Sobre la mesa todos mis libros (encargados por él a Chile) y muchas botellas, sabiendo mis gustos de antemano»[123].

Neruda convirtió esas visitas en una rutina. Una vez a la semana caminaba las quince calles que separan la Casa de las Flores de la **calle Wellingtonia, 3**; hoy rebautizada como **Vicente Aleixandre**.

121 Schidlowsky, 296.
122 Teitelboim, 175.
123 Neruda, OC, V, 972.

> En un barrio todo lleno de flores, entre Cuatro Caminos y la naciente Ciudad Universitaria, en la calle Wellingtonia, vive Vicente. Es grande, rubio y rosado. Está enfermo desde hace años. Nunca sale de casa. Vive casi inmóvil. [...] Yo le llevo la vida de Madrid, los viejos poetas que descubro en las interminables librerías de Atocha, mis viajes por los mercados de donde extraigo inmensas ramas de apio o trozos de queso manchego untados de aceite levantino. Se apasiona con mis largas caminatas...[124]

Con su agudeza habitual, Hernán Loyola subraya que Neruda recibió más de lo que llevó a la calle Wellingtonia:

> La casa de Aleixandre fue para Neruda su libre universidad madrileña, la sede donde cursó —¡y con qué docto cuanto apasionado maestro y colega!— sus estudios superiores de poesía española de los Siglos de Oro. Fue un alumno aprovechado. A mediados de 1935 (julio) rinde su primera prueba: Poesías de Villamediana presentadas por Pablo Neruda en el número 28 de Cruz y Raya.[125]

Vicente Aleixandre dejó un testimonio único sobre la verdadera condición de Malva Marina que su padre todavía se negaba a aceptar. Años más tarde relató su primera visita al apartamento de los Neruda, en Meléndez Valdés, 61. Esto ocurrió seguramente en la primavera de 1935:

> Subimos unos escalones. Pasa Vicente. Un salón, y Pablo desapareció. Enfrente, una amplia balconada, y en el fondo, un gran pedazo de enorme cielo. Salí a la terraza corrida y estrecha, como un camino hacia su final. En él, Pablo, allá se inclinaba sobre lo que parecía una cuna. Yo le veía lejos mientras oía su voz. Malva Marina, ¿me oyes? ¡Ven Vicente, ven! Mira qué maravilla. Mi niña. Lo más bonito del mundo. Brotaban las palabras mientras yo me iba acercando. Él me llamaba con la mano y miraba con felicidad hacia el fondo de aquella cuna. Todo él sonrisa dichosa,

124 Neruda, PNHN, 35

125 Loyola, *El joven Neruda*, pos 8345.

> ciega dulzura de su voz gruesa, embebimiento del ser en más ser. Llegué. Él se irguió radiante, mientras me espiaba. ¡Mira, mira! Yo me acerqué del todo y entonces el hondón de los encajes ofreció lo que contenía. Una enorme cabeza, una implacable cabeza que hubiese devorado las facciones y fuese solo eso: cabeza feroz, crecida sin piedad, sin interrupción, hasta perder su destino. Una criatura (¿lo era?) a la que no se podía mirar sin dolor. Un montón de materia en desorden. Blanco yo, levanté la vista, murmuré unos sonidos para quien los esperaba y conseguí una máscara de sonrisa. Pablo era luz, irradiaba irrealidad, sueño, y su ensoñación tenía la firmeza de la piedra, el orgullo de su alegría, el agradecimiento hacia un fruto celeste. Comprendí, pero no explico.[126]

A fines de enero de 1935 —quizás después del estreno de Peribáñez— Neruda contrajo un fuerte resfriado que lo postró en cama durante parte de febrero. Una vez recuperado salió otra vez a explorar las calles de Madrid. Ahora contaba con una nueva amistad femenina para acompañarlo y guiarlo:

> ¡Aquel Madrid! Nos íbamos con Maruja Mallo, la pintora gallega, por los barrios bajos buscando las casas donde venden esparto y esteras, buscando las calles de los toneleros, de los cordeleros, de todas las materias secas de España, materias que trenzan y agarrotan su corazón.[127]

Luis E. Délano recordó que en el salón de Meléndez Valdés, 61, «había una gran estera»[128]. Es probable que el poeta la comprara, precisamente, en la **calle de Esparteros** donde aún quedaban esos comercios de valencianos en los años 30.

---

126 Aleixandre, citado por Loyola, *El joven Neruda*, posición 7656.

127 Neruda, OC, V, 525.

128 Délano, Metamorfosis de Pablo Neruda, citado por Gálvez, 57.

Cava Baja, fines de los años 20. Posadas y buses.

Otro lugar favorito de Neruda en el barrio de Austrias fue «la **calle de la Cava Baja**, una calle de toneleros y cordeleros estrecha y fresca, toda dorada por la madera y el cordel»[129]. La mirada del poeta escogía lo que deseaba ver y recordar. En la calle de la Cava Baja había cordeleros y otros artesanos. Pero, sobre todo, esa vía destacaba por las posadas para viajeros y los vehículos para el transporte interurbano que la atestaban.

Mientras tanto, las fiestas, tertulias y comilonas en la casa de Neruda no daban tregua. Teitelboim, seguramente recogiendo testimonios verbales de Neruda, relata:

> Mucha gente llegaba con comida bajo el brazo, porque a veces era un verdadero regimiento el que entraba. Se divertían bajo los ojos del hombre barbudo que desde un cartel en el muro hacia propaganda a los emplastos del doctor Winter. Alguno se quedaba dor-

129 Neruda, PNHN, 35.

mido. Despertaba con sed. Hubo casos de quien estuvo en la casa de Neruda tres días y tres noches, conversando, divirtiéndose, durmiendo, volviendo a conversar.[130]

Seguro que Maruca, deprimida y muy atareada con la niña enferma, no daba abasto para tanta recepción. Tampoco podía esperarse que Delia echara una mano. En su casa, ella descargaba todas las tareas domésticas en una empleada (Josefa) que había traído de París. (La impericia culinaria de Delia era tal que, cuando intentó preparar una sopa en la Casa de las Flores, tiró unos fósforos dentro de la olla[131]). Para cocinar las comidas y asear los departamentos que ocupaba en la Casa de las Flores Neruda había contratado a dos empleadas: Pepa y María[132].

Sin embargo, la compra de provisiones solía realizarla él, personalmente. En el hedonismo nerudiano el placer de comer ocupa un rango igual al del vino y solo inferior al goce sexual. Ese placer culinario empezaba por la vista de los alimentos frescos que encontraba en los «mercados de mi barrio de Argüelles», a dos manzanas de la Casa de las Flores:

Todo eran grandes voces, sal de mercaderías,
aglomeraciones de pan palpitante,
mercados de mi barrio de Argüelles con su estatua
como un tintero pálido entre las merluzas:
el aceite llegaba a las cucharas,
un profundo latido
de pies y manos llenaba las calles,
metros, litros, esencia
aguda de la vida,
pescados hacinados
contextura de techos con sol frío en el cual
la flecha se fatiga,
delirante marfil fino de las patatas,
tomates repetidos hasta el mar.[133]

130 Teitelboim, 195.
131 Carta a Adelina del Carril, agosto 28, 1935, citada en Schidlowsky, 273.
132 Neruda, OC, IV, 395-6.
133 Neruda, «Explico algunas cosas», OC, I, 370.

Estatua de Argüelles en Alberto Aguilera esquina de Princesa. Años 30.

Luis Rosales confirmó esa delectación nerudiana en los víveres:

> Al mirar se enganchaba en las cosas como si las tuviera que devolver a alguien y su mirada fuese un legado. Así le he visto recorrer el Mercado de Argüelles, donde escogía, litúrgicamente, la guindilla y el apio, la fruta y ají...[134]

Los mercados de Argüelles se extendían más allá del actual Mercado Municipal, ubicado en **calle de Altamirano, 7**, repartidos en innumerables tenderetes callejeros. Un núcleo estuvo en el cruce de **Alberto Aguilera con Princesa**, a los pies de la estatua de Argüelles «como un tintero pálido entre las merluzas». Otra fila de puestos bajaba hasta la calle Ferraz. Carlos Morla vio a los feriantes en la calle Princesa: «Me voy pensativo por la Avenida Blasco Ibáñez entre los mercados de legumbres tan pintorescos y apetitosos»[135].

134 Rosales, Luis, 58.

135 Morla, I, 431. Con el advenimiento de la II República, la calle de la Princesa fue rebautizada con el nombre del popular escritor y político valenciano, Vicente Blasco Ibáñez.

Los puestos callejeros del mercado «estaban hechos a base de tablones, que al mediodía se guardaban en los portales». El Mercado mismo tenía 136 puestos. «Muchos vendían un único producto: plátanos, melones, cangrejos de río, manojos de perejil o verduras de los huertos que había en la ribera del Manzanares»[136].

La zona de Argüelles fue afectada por los primeros bombardeos durante el otoño de 1936. Antes de partir, en noviembre de ese año, Neruda pudo ver esa destrucción:

> ... y una mañana las hogueras
> salían de la tierra
> devorando seres,
> y desde entonces fuego,
> pólvora desde entonces,
> y desde entonces sangre.[137]

Neruda exploraba Madrid mucho más allá de su barrio. Recorría la ciudad en buses, tranvías, y también en el Metro. La estación más cercana a la Casa de las Flores era el **Metro San Bernardo**, en la línea 2. El poeta evocó ese tren subterráneo en su «Canto a las madres de los milicianos muertos» que fue su primer poema de compromiso político: «sus pasos en el Metro/ sonaban a mi lado cada día»[138].

Pero a Neruda le gustaban más los buses de dos pisos:

> De la Castellana o de la Cervecería de Correos, viajábamos hasta mi casa, la Casa de las Flores, en el barrio de Arguelles. Desde el segundo piso de uno de los grandes autobuses que mi compatriota, el gran Cotapos, llamaba «bombardones», descendíamos en grupos bulliciosos a comer, beber y cantar.[139]

Uno de esos «bombardones» puede observarse delante del edificio Capitol en la foto de página 45.

---

136 https://www.mercadoarguelles.es/historia/
137 Neruda, OC, I, 370. «Explico algunas cosas».
138 Neruda, OC, I, 373.
139 Neruda, OC, V, 525.

Terraza de la Cervecería de Correos en los años 60. ©Archivo Fundación Neruda.

Para Neruda, la vida de bohemia, con su alegre consumo de alcohol, no era una simple diversión o un vicio. La embriaguez era consustancial a la concepción neorromántica de la poesía que él aún sostenía en ese tiempo. En «Estatuto del vino» había escrito: «... el vino abre las puertas con asombro». Según Hernán Loyola, en Neruda «el vino supone afirmación de la vida y de la solidaridad entre los hombres, aparece asociado a la intensidad de las pasiones, al amor y a la amistad, se contrapone a la rutina y a la muerte vacía, sin destino»[140].

Cafés, restoranes, bares y tabernas eran lugares de «comunidad» que Neruda visitaba acompañado o en los que buscaba compañía. Luis E. Délano recordó que «Neruda nunca comía solo, ya fuera en su casa o fuera de ella. Muchas veces que entramos en un restorán semivacío nos incitaba a que nos marchásemos en busca de otro con parroquianos, con luz, con rumor de conversaciones, con vida, en fin»[141].

140 Loyola, *El joven Neruda*, posición 6679.

141 Délano, Metamorfosis de Pablo Neruda, citado en Gálvez, 57.

Del Carril y Neruda con otros amigos. ©Archivo Fundación Neruda.

Uno de sus bares preferidos fue la **Cervecería de Correos, calle de Alcalá, 55**[142]. En esa cantina el poeta se «declaró» a Delia del Carril de una manera muy chilena: simplemente se arrimó a la gran dama argentina y la abrazó. En Chile eso se llamaba «atracar el bote». Delia recordó ese gesto de pública intimidad y su trascendencia: «Puso su brazo alrededor de mi hombro y así nos quedamos»[143].

Neruda evocará otros momentos de jolgorio en esa tasca: «Federico y yo estábamos sentados en la Cervecería de Correos, junto a la Cibeles madrileña, cuando el durmiente de París [Acario Cotapos] irrumpió en la reunión. Aunque rozagante y mapamúndico de apariencia, llegó desencajado. Le había sucedido una vez más lo inenarrable...»[144].

142 La Guía Telefónica de 1935 sitúa la Cervecería de Correos en Alcalá, 63. Sin embargo, es claro que el «sotanillo», descrito entre otros por José Caballero (en Olivares, 237), corresponde al 55 donde hoy funciona una tasca llamada Bareto. Es posible que la numeración de la calle de Alcalá haya cambiado.

143 Sáez, 89.

144 Neruda, OC, V, 704.

Neruda prefería y atraía esas amistades extravagantes, como la del ocurrente Cotapos. Tal vez, la locura ajena aliviaba su innata melancolía. Edmundo Olivares expresa muy bien ese rasgo:

> Rara vez le faltaron a Neruda esos amigos, camaradas de vino y madrugada, compañeros de fábula y discusión, inventores de alegría o salvavidas del tedio; en medio de los cuales el poeta no era necesariamente el más brillante conversador, el más ocurrente improvisador o el más infatigable bebedor, aunque sí el más entusiasta celebrador de la extravagante genialidad de sus compañeros.[145]

Federico García Lorca y Neruda se citaban, también, en otro sitio de moda: el **Café Chiki-Kutz**, ubicado en **Paseo de Recoletos, 31**. Esta cafetería y su terraza eran frecuentados por los artistas de La Barraca, la compañía de teatro itinerante de Lorca. Recuerda Luis Sáenz de la Calzada:

> En Chiki Kutz nos reuníamos todos; eran horas dulces como la miel del Himeto; allí Alberti, allí Cernuda, allí Aleixandre, allí Martínez Nadal, allí Pablo Neruda, allí Rapún, allí Ugarte, allí Cotapos, allí Pepe Caballero, allí Salinas, allí Edgar Neville, allí Conchita Carro, allí Carlos Arniches, pero, sobre todo, allí tú, Federico, con toda tu risa huracanada...[146]

El pintor José Caballero dibujó a Neruda y García Lorca —vestido con el mono que era el uniforme de los integrantes del teatro La Barraca— sentados en una terraza de Recoletos en 1935. Es muy posible que esa terraza fuera la del Chiki-Kutz.

---

145 Olivares, 78.

146 Sáenz de la Calzada, 176-177, citado por Loyola, *El joven Neruda*, posición 5943.

Lorca y Neruda en una terraza de Recoletos dibujados por José Caballero.

La cripta de Pombo en los años 30.

También sabemos que Neruda visitó el **Café Pombo, calle de Carretas, 4**:

> A Ramón Gómez de la Serna lo conocí en su cripta de Pombo, y luego lo vi en su casa. Nunca puedo olvidar la voz estentórea de Ramón, dirigiendo, desde su sitio en el café, la conversación y la risa, los pensamientos y el humo. Ramón Gómez de la Serna es para mí uno de los más grandes escritores de nuestra lengua, y su genio tiene de la abigarrada grandeza de Quevedo y Picasso.[147]

Luis E. Délano recordó esa famosa «cripta» con más detalle:

> Alumbrada por lámparas de gas, pues Ramón no permitía que se instalara allí luz eléctrica, la habitación era penumbrosa, pero alcanzaba a verse parte de un enorme cuadro de Gutiérrez Solana

147 Neruda, OC, V, 526.

> en el que se distinguía a Ramón, a Bergamín y otros parroquianos de Pombo. Nos acomodamos como pudimos, Pablo, Cotapos, Delia del Carril, Isaías y yo.[148]

La casa de Gómez de la Serna quedaba en la **calle de Villanueva, 38**. Allí, sin duda, Neruda conoció y envidió el estudio de Ramón, abigarrado de objetos curiosos y «poéticos», como llegarían a estarlo sus propias casas.

En sus memorias Neruda recordó a otro escritor de una generación anterior: «A don Antonio Machado lo vi varias veces sentado en su café con su traje negro de notario, muy callado y discreto, dulce y severo como árbol viejo de España»[149]. Es muy probable que ese avistamiento ocurriera en el **Café de las Salesas, calle del Conde de Xiquena, 17**. Machado celebraba ahí una tertulia —que llamaba «la salesiana»— con dos de sus hermanos y otros regulares como Ricardo Baroja. Este es el lugar donde fue tomada la famosa foto de Machado en diciembre de 1933[150].

Es sabido que Machado cambiaba de café su tertulia, de vez en cuando, para eludir a entrometidos molestos. Neruda también podría haber divisado a su colega mayor en uno de sus sitios alternativos: el **Café Comercial**, en la **Glorieta de Bilbao**. Allí Machado tenía reservado un asiento y jugaba, a diario, al ajedrez.

Muchos restaurantes madrileños se precian de que en ellos, alguna vez, comió Hemingway. A tanto ha llegado esa proliferación de merenderos «hemingwayanos» que otros establecimientos se mofan colgando un letrero que dice: «*Hemingway never ate here*». Haría falta hacer algo similar con la proliferación de mesones que afirman que Neruda fue parte de su clientela. Sin embargo, hay tradiciones orales que relacionan al poeta chileno de manera más o menos segura con algunos cafés, tabernas y restoranes madrileños.

Neruda frecuentaba una pastelería cercana a su casa, muy de moda en esos años por su pan y sus pasteles: el **Café Viena Capellanes, en Luisa Fernanda esquina de Mendizábal**.

---

148 Délano, 74.

149 Neruda, OC, V, 526.

150 Gibson, 568 —basado en Domenech, *Antonio Machado, Prosas dispersas*, Páginas de Espuma, 2001, pag. 757—, dice que el Café de las Salesas estuvo en Bárbara de Braganza, 8. Queda cerca, pero no es la dirección que da la Guía Telefónica de 1935.

Antonio Machado en el Café de las Salesas, 1933.

La cadena de establecimientos Viena Capellanes perteneció a los hermanos Pío y Ricardo Baroja, lo que aumentaría su atractivo para Neruda. Los Baroja vivieron muchos años ahí, en Mendizábal, 34. El actual propietario del café asegura que allí se celebraban «tertulias literarias a las que acudían Baroja y Pablo Neruda. Como [Ricardo Baroja] no tenía tiempo para ir al Gijón o al Lion d'Or, decidió montar el café debajo de su casa»[151].

El recuerdo de esas tertulias dejó material suficiente para una novela: *Salmos del café Viena*, de Francisco Lucas Sansón, que contiene descripciones precisas y vívidas del barrio y anécdotas de los contertulios reales obtenidas, probablemente, por tradición familiar. Y, por si fuera poco, la protagonista-narradora también nos confiesa sus fantasías sexuales con Neruda.

Con menos detalles y fantasía, pero con buenos argumentos, los propietarios de la **Taberna Carmencita, calle Libertad 16**, aseguran hasta hoy, que ahí solía comer Neruda[152].

En sus memorias Luis E. Délano evoca la **Taberna Pascual**, ubicada en la **Calle de la Luna, 14 (actual 16)**: «Otro de los placeres madrileños era el descubrir tabernas [...] donde se cantaba y se bebía buen vino, como la de Pascual, en la calle de la Luna. Allí uno se estaba horas, noches enteras, oyendo cantar a los españoles»[153].

García Lorca también frecuentaba ese sitio:

> Federico era un hombre de desaparecidas y silencios. Solía esconderse incluso de sus amigos. Se hacía humo. Se perdía como tragado por la tierra luego asomaba con cara de niño culpable. Después de una de estas esfumadas reapareció en la taberna de la calle de la Luna, sacó un pañuelo blanco de su bolsillo, lo extendió en el suelo y se hincó ante Pablo, pidiéndole perdón con toda la gracia y la picardía de la gitanería mundial.[154]

---

151 https://www.elmundo.es/loc/famosos/2021/05/14/609d205d21efa006038b4571.html

152 Debo este dato al diplomático chileno Fernando Ayala.

153 Délano, 80. Y Niall Binns, en comunicación personal al autor, proporcionó esa dirección precisa.

154 Teitelboim, 196.

También en la Taberna Pascual, en noviembre de 1935, los poetas despidieron a Raúl González Tuñón que regresaba a Buenos Aires. Entre otros, habló Pablo Neruda[155].

En sus años postreros Neruda echó de menos Madrid y precisamente esa tasca:

> Tantas cosas que ya no veo,
> que no me ven. Y por qué?
> Aquellos barrios con barricas
> y cuerdas y quesos flotantes
> en los suburbios del aceite.
> Dejé la calle de la Luna
> y la taberna de Pascual.[156]

La taberna y restaurante, **Casa Manolo, calle de la Princesa, 83**, exhibe una prueba documental de la presencia de Neruda entre sus antiguos parroquianos. En uno de sus muros puede leerse una dedicatoria autógrafa de Luis Rosales, fechada el 25 de diciembre de 1976: «Al restaurante Manolo, en donde tantas veces vine con Pablo Neruda y Federico García Lora, le debo muchas alegrías».

En alguna ocasión el actual dueño del restaurante —José Ramón Rodríguez— afirmó que «Rosales se equivocó al referirse al bar como Casa Manolo, ya que durante los años en que Neruda vivió en Madrid en ese local funcionaba otro establecimiento». Afirmación extraña porque dicho restaurante fue fundado en 1934, es decir precisamente a tiempo para atender a Neruda. Según Sergio Macías, se trataría de otro lugar: «un restaurante en la calle de Jovellanos que, por casualidad, también se llama Casa Manolo»[157].

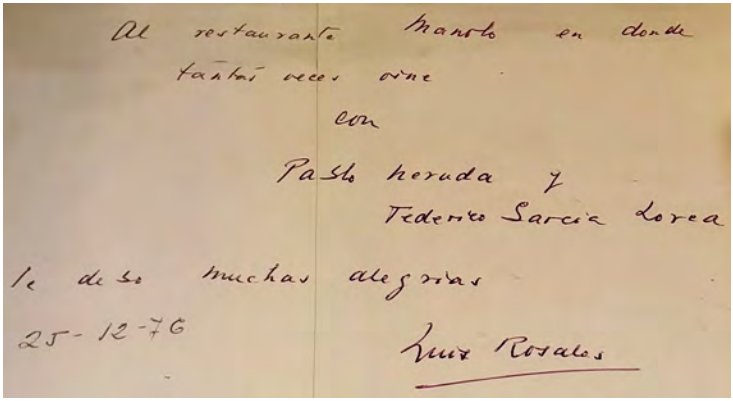
Es dudoso que Rosales se haya equivocado tanto. En su libro *La poesía de Neruda* (1978) recordó sus caminatas nocturnas con el chileno e insistió en que paraban en ese restaurante muy cercano a la Casa de las Flores, virtualmente, a la vuelta de la esquina:

---

155 Olivares, 262.

156 Neruda, *Geografía...*, 49.

157 Macías, Sergio. Entrevista en *El País*, 30-10-2014.



Dedicatoria de Luis Rosales a Casa Manolo. ©C. Franz.

Casa Manolo, en la actualidad. ©C. Franz.

Anuncios aparecidos en *El Heraldo de Madrid*. El 10 y 13 de agosto 1934. Hemeroteca Municipal de Madrid.

> ... la calle de la Princesa, de anochecida, ya al retornar de la Cervecería de Correos, con los alcornoques recién regados y la estación obligada en Casa Manolo, donde parece imposible que no hayan puesto todavía una lápida conmemorativa; las cosas son así y luego la llegada a la Casa de las Flores, la risa de boca en boca, las jarras de cristal tintineante —cada una de ellas conteniendo dos litros de vino tinto, las máscaras de Ceilán en las paredes con su infantilidad de dioses oceánicos; la cuna de Malva Marina y el arrebato de dolor que le causaban [a Neruda] su carita y su cuerpo lleno pústulas.[158]

Por cierto, nada impide que esos poetas bohemios en sus andanzas visitaran las dos casas Manolo, la de Jovellanos y la de Princesa.

Las noches de tabernas y juergas de Neruda incluyeron, también, algún cabaré. El biógrafo de Delia del Carril, afirma que a cierta hora «los caballeros decían buenas noches y acudían al Satán»[159]. Seguramente ella, que era «estricta», no los acompañaba.

El **Cabaret Satán, Atocha, 60**, inaugurado en agosto de 1934, era un lugar de moda que se anunciaba en los periódicos prometiendo la celebración de «Fiestas infernales» y la elección de una «madame Satán».

El pintor cubano Mario Carreño, que luego se exilió en Chile, era uno de los propietarios del Cabaret Satán. Carreño diseñó el escenario y la sala que simulaban un infierno. Su biógrafa recreó los recuerdos del pintor sobre ese lugar:

158 Rosales, Luis, 58.

159 Sáez, 93.

El Rastro en los años 30.

> En la escenografía que creamos, la orquesta tocaba como al interior de una hoguera y, para la inauguración, al artista que habla le dio por subirse a unas columnas, por cierto, muy elevadas. Me tuvieron que venir a bajar los bomberos, igual que a los gatos en las películas norteamericanas. Tanta mujer hermosa y alcohol a uno lo hace realizar cosas increíbles, sí, increíbles.[160]

Neruda no solo recorría Madrid para beber, comer y parrandear. También lo hacía para satisfacer un deseo tan obsesivo que alcanzaba visos de manía: el coleccionismo. Escribe Délano:

> Solíamos ir a las librerías de viejo, o al **Rastro**, a mirar todo ese mundo de cosas de segunda mano, porcelanas, muebles, armaduras, llaves herrumbrosas, tizonas de Toledo, cuadros. Pablo

160 Ortiz de Rozas, Marilú, 41.

> coleccionaba relojes de bola, de cristal, que aparecían muy rara vez en los puestos, a doce o quince pesetas.[161]

Entre los muchos objetos que coleccionó Neruda, el principal fueron los libros antiguos. Sabemos que, recién llegado a Madrid, se hizo cliente de la librería de anticuario de Eugenio García Rico, **calle del Desengaño, 13**[162].

> Recuerdo la sorpresa del librero García Rico, en Madrid, en 1934, cuando le propuse comprarle una antigua edición de Góngora, que sólo costaba 100 pesetas, en mensualidades de 20. Era muy poca plata, pero yo no la tenía. La pagué puntualmente a lo largo de aquel semestre. Era la edición de Foppens. Este editor flamenco del siglo XVII imprimió en incomparables y magníficos caracteres las obras de los maestros españoles del Siglo Dorado.[163]

El coleccionismo de libros es una pasión y, por tanto, puede causar dolores: «Un bibliófilo pobre —comentó Neruda— tiene infinitas ocasiones de sufrir. Los libros no se le escapan de las manos, sino que se le pasan por el aire, a vuelo de pájaro, a vuelo de precios. Sin embargo, entre muchas exploraciones salta la perla»[164].

Los bibliófilos de hoy, desgraciadamente, ya no encontramos «perlas» que no estén despiadadamente tasadas en los infinitos catálogos de internet.

Las fiestas en la Casa de las Flores seguían con la misma o mayor intensidad. Según el biógrafo de Lorca, Ian Gibson, que entrevistó a varios participantes, esas bacanales duraban a veces cuatro o cinco días:

> García Lorca cantaba y tocaba la guitarra; la pintora Maruja Mallo se confesaba; Acario Cotapos representaba «La procesión de los

---

161 Délano, 79.

162 La Guía Telefónica señala esa dirección, pero el colofón de un catálogo de Eugenio Rico lo ubica en Desengaño, 29. Quizás tuvo sucursales en ambos sitios.

163 Neruda, OC, V, 699. Se trata de las *Obras de don Luis de Góngora*, impresas por Francisco Foppens en Bruselas, en 1659. ¿Estuvo ese libro entre los que Neruda decidió abandonar en su piso de la Casa de las Flores cuando lo encontró semidestruido en 1937?

164 Ídem.

Monumento a Emilia Pardo Bazán. ©C. Franz.

> baldados de Cracovia». [...] A veces el grupo se dedica a «inaugurar monumentos», actos festivos que permiten a los participantes demostrar sus capacidades oratorias. Especialmente sonado es el celebrado ante el erigido, no lejos de la casa de Pablo, en homenaje a la novelista Emilia Pardo Bazán.[165]

Esa «inauguración» del **monumento a Emilia Pardo Bazán, situado en la calle de la Princesa**, junto al Palacio de Liria (en el actual Jardín de las feministas), debió ser tan festiva como burlona. La hicieron unos republicanos antimonárquicos para una escritora que fue condesa (aunque ennoblecida, en parte, por sus méritos literarios) y cuyo monumento había sido erigido por una duquesa de Alba, en los años veinte.

165 Gibson, 747.

Mientras tanto, en Chile otros se burlaban de Neruda de un modo nada festivo. Vicente Huidobro difundió una acusación de plagio y Pablo de Rokha lanzó diatribas furiosas contra su homónimo. Es indudable que el éxito de Neruda en el extranjero molestaba a esos poetas mayores. El Chile literario es un pueblo muy chico y el infierno de sus envidias es grande. Neruda respondió a esos ataques con dos armas contundentes. Escribió e hizo circular en copias mecanografiadas un poema de autoafirmación y denigración de sus adversarios titulado «Aquí estoy». Es un libelo rabioso e injurioso, pero inspirado. Por otra parte, el poeta se autoorganizó un desagravio que sería una prueba innegable de su triunfo en España.

En el mes de abril de 1935 la editorial Plutarco —ligada a Bergamín— publicó los *Tres cantos materiales* que Neruda había leído en la universidad el día 6 de diciembre. Pero el libro —más bien un opúsculo o *plaquette*— no lleva ese título. En cambio, se denomina *Homenaje a Pablo Neruda* porque incluye una declaración suscrita por dieciséis poetas de primera fila en la nueva poesía española que alaban al chileno:

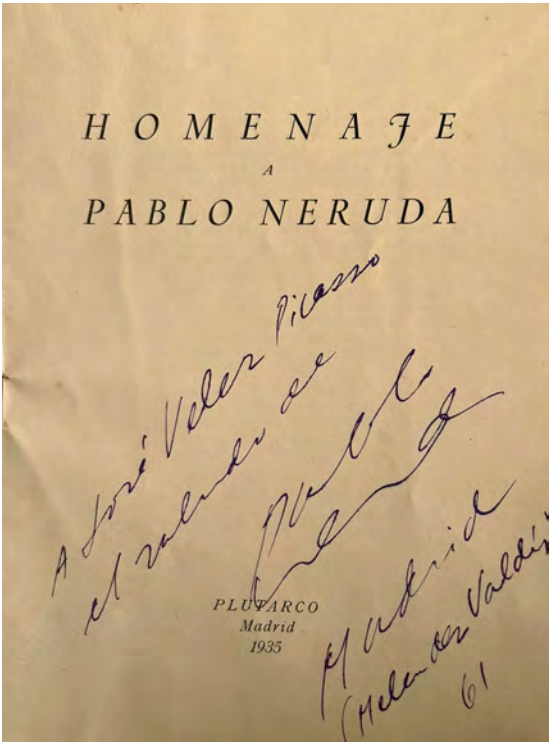
> Al reiterarle en esta ocasión una cordial bienvenida, este grupo de poetas españoles se complace en manifestar una vez más y públicamente su admiración por una obra que sin disputa constituye una de las más auténticas realidades de la poesía de lengua española.

Firmaron esa declaración, entre otros, Alberti, Aleixandre, Cernuda, Diego, Lorca, Guillén, Salinas, Hernández y Rosales.

Un tiempo después Neruda le escribió a Carlos Morla: «Di a Bebé que la recuerdo y que no olvido que fue idea de ella el homenaje»[166]. Ya que es impensable que Manuela «Bebé» Vicuña, la mujer de Morla, hiciera algo más que sugerir esa idea, lo probable es que el propio Neruda promoviera aquel espaldarazo colectivo. Fue un golpe maestro a sus enemigos chilenos. Carlos Morla comentó privadamente ese autobombo con acidez: «Yo no podría luchar así por un "homenaje" para mí»[167].

---

166 Carta de Neruda a Morla del 21 de agosto de 1935, en Quezada, 105.
167 Morla, I, 478.



Homenaje. Con dedicatoria estampada en Meléndez Valdés, 61. ©Colección Patricio Pérez Aguilar.

En el mes de mayo, Neruda asistió a un concierto en el **Teatro Calderón**, **calle de Atocha, 18**. La Orquesta Sinfónica de España, bajo la dirección de Enrique Fernández Arbós interpretó una selección de la obra *Voces de gesta* del compositor chileno Acario Cotapos, residente en Madrid y muy amigo de todo el grupo. Considerando que Neruda oficiaba todavía como «Agregado» a cargo de los asuntos culturales en la Embajada de Chile es muy posible que haya tomado la palabra.

«En Madrid, a las ocho de la tarde, o das una conferencia o te la dan», dicen que dijo Eugenio D'Ors. También es cierto que, en Madrid, casi cada día, «o tienes una comida o tienes una cena».

El 4 de mayo de 1935 los amigos de Vicente Aleixandre le ofrecieron un almuerzo con motivo de la publicación de su libro *La destrucción o el*

Teatro Calderón. ©C. Franz.

amor. Neruda organizó ese banquete que se celebró en el **Restaurante Buenos Aires, calle de Almansa, 72**. Quizás eligió este restaurante por su relativa proximidad al domicilio de Aleixandre, cuyas enfermedades le dificultaban alejarse mucho de su casa. Carlos Morla dio algunos detalles:

> Hoy se celebra un almuerzo en una fonda simpática de Cuatro Caminos. Se lo ofrecen los poetas a Vicente Aleixandre. Indignación contra Federico García Lorca que, como siempre, no llega nunca [llegó, pero con mucho retraso]. Preside Pablo Neruda con su mujer; Maruca y Delia del Carril. Los participantes son, entre otros, Díez-Canedo, Gerardo Diego, González Tuñón y Pedro Salinas. Me

Almuerzo para Vicente Aleixandre. Mayo de 1935.

> siento en cualquier parte al lado de mi hijo, Carlitos. Neruda no me ha sentado en la mesa de honor y cuando me acompaña a casa, me lo dice...[168]

O sea, Neruda había sentado a Morla en «la mesa del pellejo», que así se llama a ese sitio subalterno en Chile.

El 12 de junio hubo otra cena. Los poetas firmantes del *Homenaje*, aparecido en abril, y el homenajeado, se convocaron para celebrar ese libro. Se conoce una invitación que, sin embargo, no señala el lugar donde se reunirían. Hasta donde sé, ninguno de los especialistas en Neruda ha descubierto dónde se celebró esa cena. Podría ser que ese ágape «misterioso» fuera ofrecido por el propio Neruda en la Casa de las Flores como una manera de agradecer el apoyo de sus colegas. Habría sido natural y de buena crianza.

---

168 Morla, I, 476.

Poco después, Neruda viajó a París. Allí, entre el 21 y el 25 de junio de 1935 se celebró el I Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. El proyecto de esta convención se había incubado en el I Congreso de Escritores Soviéticos celebrado en agosto de 1934 en Moscú, al que fueron invitados numerosos autores extranjeros, entre ellos, Alberti. La materialización del proyecto se vio favorecida por la política de Frentes Populares que adoptó la COMINTERN —la Internacional Comunista—, una de cuyas primeras actividades promocionales de envergadura fue, precisamente, ese Congreso internacional de escritores celebrado en París[169]. En esa convención, Neruda se codeó con 280 escritores entre los que se contaban autores consagrados mundialmente como André Gide, André Malraux, Aldous Huxley, E. M. Forster, Heinrich Mann y Robert Musil. Fue su primera incursión en el parnaso internacional al que llegaría a pertenecer. Es probable que allí decidiera su adherencia al comunismo, aunque su militancia formal solo llegaría diez años después cuando dejó la diplomacia chilena. En el congreso de París debió impresionarlo la eficacia de la COMINTERN, capaz de una enorme y variopinta convocatoria con un propósito aglutinante: la defensa de la cultura que debía practicarse como antifascismo. Esa causa común se justificaba sobradamente. En la primavera de 1933 los nazis habían quemado miles de libros en más de treinta ciudades universitarias alemanas.

El 15 de septiembre de 1935, Ediciones del Árbol, de la revista *Cruz y Raya*, publicó *Residencia en la tierra (1925-1935)* que contiene las partes 1 y 2 de esa obra capital en la producción nerudiana. El impacto de este libro sería duradero. Sin embargo, por el momento, esa poesía con imágenes surrealistas y elevación metafísica distaba del compromiso político que era uno de los objetivos explícitos del congreso celebrado en París. Muy pronto, algunos escritores empezaron a exigirle a Neruda que se abanderizara públicamente.

Pocos días después se celebró un recital poético en el **Ateneo de Madrid, calle del Prado 21**, organizado por León Felipe. En esta actividad se homenajeó a los mineros caídos en la Revolución Asturiana del año anterior. Entre los asistentes al acto se encontraba Pablo Neruda, pero sentado entre el público.

---

169 Para más detalles sobre la vinculación entre el Congreso de escritores soviéticos del 34, y el Congreso Internacional celebrado en París, en 1935, ver Schneider, 33.

Ateneo de Madrid. ©C. Franz.

El poeta argentino Raúl González Tuñón relató ese recital hablando de sí mismo en plural mayestático:

> En septiembre de aquel memorable año [1935] y pese a la policía y la censura del «Bienio negro», León Felipe organizó un acto en el Ateneo de Madrid y ahí leímos la mayoría de los poemas de la primera parte de nuestro libro —los inspirados por la insurrección minera—, el cual apareció meses después en Buenos Aires. Y allí estaba entre el público, precisamente, el querido Pablo Neruda.
>
> Digamos que Miguel Hernández nos había oído discutir con él, cierta vez. Pablo era decididamente antifascista, claro está, y simpatizó profundamente con los mineros astures y los obreros madrileños durante aquellos días de «Octubre rojo» [de 1934]. Sonreía cuando yo le insté a reflejar en algún poema esos sentimientos. Estaba encerrado en el clima ciertamente cautivante de su *Residencia en la tierra*...[170]

González Tuñón, que era un aguerrido militante comunista, critica oblicuamente a Neruda por su escaso compromiso público con «la causa», en esos días. La reticencia del chileno se debía a su condición de diplomático extranjero, pero también a un escrúpulo estético: aún se resistía a someterse al realismo socialista. En los siguientes meses el poeta haría malabarismos para sostenerse sobre esa vacilación, hasta que el estallido de la Guerra Civil lo empujó al compromiso abierto.

A comienzos de octubre apareció el primer número de la revista *Caballo Verde Para la Poesía*, dirigida por Pablo Neruda e impresa por Concha Méndez y Manuel Altolaguirre. El taller tipográfico de esa pareja se encontraba en su mismo domicilio, **calle de Viriato, 71 (antiguo 73)**. Allí se imprimieron cinco números de esa revista; cuatro de ellos alcanzaron a circular y el último —un número doble— estaba en prensa cuando estalló la Guerra Civil.

Según algunas versiones, tras el estallido de la Guerra Civil y debido a que la Casa de las Flores se encontraba expuesta al fuego enemigo, Neruda y su familia se habrían trasladado temporalmente al departamen-

---

170 González Tuñón, 11. Tuñón recitó en el Ateneo poemas de su libro, *La rosa blindada*.

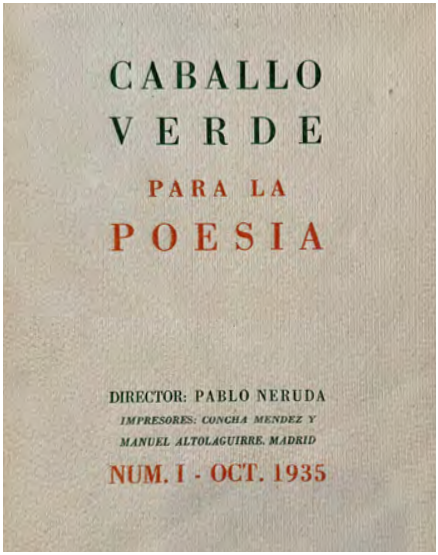
Portal de calle Viriato, 71, escoltado por las placas que recuerdan a Manuel Altolaguirre, Concha Méndez y Luis Cernuda. ©C. Franz.

to de los Altolaguirre, en calle Viriato. Si esto es efectivo, ese edificio se transformó durante esos días en una «colonia poética», ya que ahí también vivía Luis Cernuda.

Neruda recordó:

> Manuel Altolaguirre era un impresor glorioso cuyas propias manos enriquecían las cajas con estupendos caracteres bodónicos. Manolito hacía honor a la poesía, con la suya y con sus manos de arcángel trabajador. [...] De mi *Caballo Verde* salieron a la calle cinco números primorosos, de indudable belleza. Me gustaba ver a Manolito, siempre lleno de risa y de sonrisa, levantar los tipos, colocarlos en las cajas y luego accionar con el pie la pequeña prensa tarjetera. A veces se llevaba los ejemplares de la edición en el coche-cuna de su hija Paloma. Los transeúntes lo piropeaban:
>
> —¡Qué papá tan admirable! ¡Atravesar el endiablado tráfico con esa criatura![171]

171 Neruda, OC, V, 528.



Caballo Verde para la poesía. ©Colección Patricio Pérez Aguilar.

No parece muy admirable un papá que arriesgue de ese modo a su criatura, pero Neruda no exageró la belleza y refinamiento de esa impresión artesanal.

El famoso prólogo al primer número de *Caballo Verde* propone «una poesía sin pureza», que nazca de la materialidad tangible en las cosas. Esa propuesta nerudiana vale como un arte poética (que a algunos escritores nos inspira hasta hoy). Pero también, con algún esfuerzo, la demanda de poesía sin pureza puede leerse como una tentativa de sintonizar la estética vigente de Neruda con el compromiso político que se le exigía.

Tuñón no era el único amigo militante y radicalizado al que impacientaba el silencio político de Neruda. Rafael Alberti había protestado que su nueva revista debería llamarse *Caballo Rojo*. Neruda mantuvo el color verde. Pero esta diferencia fue más que una broma. Alberti le demostró su disgusto y lo presionó. Volodia Teitelboim relató esa tensión entre los amigos:

> Un ojo de su conciencia social, llamado Rafael Alberti, lo miraba por el rabillo crítico [...]. Este distanciamiento de Alberti no podía escapar a la perspicacia nerudiana. Un día lo citó en un bar

que estaba cerca de la casa de las Flores [¿Casa Manolo? ¿El Café España?] y le dijo:

—Querido *confrére*, qué te sucede, te veo muy serio conmigo.

—No me sucede nada. Sólo que yo creo que tú estás un poco fuera de juego... Nosotros queremos hacer otra cosa.

—Pero tú sabes que yo soy un diplomático, que no entiendo nada de política, que no me interesa mucho. Yo entiendo y veo que España está como está. Yo estoy con ustedes, pero creo que todavía la revista puede hacerse.

—Bueno, continúa haciéndola...[172]

En ese «permiso» extendido por Alberti suena un retintín de arrogancia, la de un comisario político.

Neruda no cedió, todavía, a esas presiones. Aunque Caballo Verde publicó algunos poemas «comprometidos», los prólogos escritos por su director inciden más bien en la poética que en la política. El primero de ellos es, sobre todo, un nítido desafío a la estética defendida por Juan Ramón Jiménez quien postulaba una poesía pura.

Ese ataque teórico a Jiménez fue acompañado de bromas prácticas. Alberti recordó esas burlas:

> Entre todas las bromas y divertimentos, el peor era el de llamar por teléfono a Juan Ramón Jiménez haciendo burlas de su Platero y ridiculizando la repetida multitud de malvas, violetas, rosados y amarillos con que rellena acuarelando su poesía.[173]

Es de imaginar la furia de Jiménez cuando levantaba el auricular y escuchaba un rebuzno. A mediados de los años 50 Neruda le contó a Jorge Edwards que esas llamadas se hicieron desde su propio teléfono y que el burlador fue el mismo Alberti. Durante «las fiestas que se armaban en la Casa de las Flores, Rafael Alberti tomaba el teléfono y le recitaba a Juan Ramón versos satíricos que lo volvían loco de rabia, versos en los que lo trataban de pedante, de onanista y de otras gracias»[174].

---

172 Teitelboim, 194.

173 Alberti, *La arboleda perdida*, 2, 224.

174 Edwards, 60.

Por su parte, Jiménez aseveró que el propio Neruda le recitó esos vejámenes porque se había negado a suscribir la declaración de los poetas españoles publicada en el libro *Homenaje*[175]. «Lo he oído por teléfono cantar contra mí en coro de necios o de beodos... Neruda me cantaba, con los varios suyos de entonces, coplas soeces...»[176].

En la Guía Telefónica de 1935 consta el teléfono de Neruda —48346—; asimismo, aparece el número de Juan Ramón Jiménez —30874—, y su dirección en **calle de Padilla, 24 (actual número 38)**. Es seguro que Neruda jamás fue admitido en esa casa, pero es muy posible que su salmodiosa voz «monacal» y su risa se colaran por el teléfono y resonaran en las orejas del ultrajado Jiménez. Se pueden fechar aproximadamente esas llamadas a partir de diciembre del 35 porque, para entonces, Alberti ya había regresado a España.

La rueda de las escuelas y generaciones literarias da vueltas más locas que la rueda de la fortuna. Treinta años antes Juan Ramón Jiménez había sido el discípulo preferido del gran precursor de Neruda en Madrid, Rubén Darío.

A fines de octubre Neruda había consolidado aún más su estatus diplomático en Madrid. Por fin, fue nombrado Cónsul en propiedad; incluso se le permitía seguir reteniendo parte de las rentas que percibía del consulado en Barcelona. Más aún, el gobierno aceptaba que el nuevo Cónsul trabajase en su propia casa: «desde el primero de noviembre próximo [la oficina consular] será trasladada al domicilio particular del señor Reyes, calle Gaztambide N. 19»[177]. Sin embargo, ya sabemos que el domicilio particular del señor Reyes estaba en Meléndez Valdés, 61.

Los ingresos de Neruda provenían de las tasas consulares aplicadas, principalmente, al intercambio comercial con Chile que pasaba por el Puerto de Barcelona, incluyendo el todavía lucrativo Nitrato de Chile. Eran unas 2.100 pesetas mensuales, más 850 que recibía por su cargo en Madrid (menos 350 que Neruda pagaba de su bolsillo para que un asistente hiciera por él su aburrida labor en Barcelona)[178]. En total eran unos ingresos bastante buenos, considerando que el salario medio en Madrid

175 Schidlowsky, 280.

176 Panero, 82.

177 Documento oficial citado en Schidlowsky, 286.

178 Más detalles en Schidlowsky, 292.

oscilaba entre cien y trescientas pesetas mensuales[179]. Pero sus egresos eran grandes: dos alquileres, una niña enferma, dos criadas, sus colecciones, sus fiestas, etc.

El año 1935 terminó de una manera inolvidable. Luis E. Délano lo narró con gracia:

> La noche de Navidad de 1935 decidimos comernos un pavo en casa de Delia del Carril [en la calle de Goya] y se le encargó a Isaías [Cabezón] la tarea de comprarlo. Alguien le recomendó que diera de beber al ave un vasito de vino añejo, para que la carne resultara más jugosa.
>
> Isaías tomó en serio el consejo y aun exageró las cosas, porque cuando llegó, después de las diez de la noche, nos confesó que le había dado al pavo vino, cerveza y vermouth, en diferentes tabernas. Ave y hombre habían bebido casi a la par. Hubo que matar el pavo y llevarlo a asarse en el horno de una panadería, pero era un animal muy viejo y tardó mucho en estar a punto. La cena comenzó alrededor de las dos de la madrugada. En cuanto a la noche de Año Nuevo, o año viejo, con el cuello del abrigo levantado en un frío que pelaba, la pasamos en la Puerta del Sol, comiendo las doce uvas entre miles y miles de alegres madrileños.[180]

Esos amigos no podían saberlo todavía, pero en el año nuevo siguiente las doce de la noche serían celebradas con bombas en lugar de uvas. En la medianoche del 31 de diciembre de 1936 los sublevados lanzarían doce obuses seguidos en dirección a la Puerta del Sol.

---

179 Montoliú, 24.
180 Délano, 88.

3. Año 1936: Radicalización y estallido

Durante 1936 la radicalización de la política española, que no había cesado de aumentar desde la revolución fallida de octubre de 1934, se acentuó. La polarización fue visible en los pactos electorales que aglutinaron a izquierdas y derechas. El 15 de enero las fuerzas de centroizquierda (republicanos, radicales, etc.) y de izquierda (socialistas, anarquistas y comunistas) acordaron presentarse unidos a las elecciones generales que se celebrarían el 16 de febrero. Era el nacimiento de lo que pronto se llamaría Frente Popular. Más que una ideología coherente lo que unía a este bloque era la ocasión de vencer al enemigo común. Las derechas se presentaron de manera dispersa, solo una parte integró una alianza electoral variopinta —a veces llamada Frente Contrarrevolucionario— que aglutinaba a una multitud de facciones, pero no a todas. Por ejemplo, Falange Española fue a las elecciones en solitario.

El grupo de artistas e intelectuales cercano a Neruda esperaba esas elecciones con una mezcla de esperanza y temor. Ansiaban la derrota del gobierno que había reprimido duramente la Revolución de 1934 y en el que tenían una influencia creciente los ultraconservadores y profascistas. Por otra parte, la izquierda temía ahora que esos sectores no aceptaran pacíficamente los resultados de las elecciones si estas les fueran adversas, tal como ellos habían hecho después de perder las elecciones de 1933. Los extremos engullían al centro político acelerando el ciclo de desacatos y revanchas. Los totalitaristas, partidarios de la dictadura del proletariado o de la dictadura fascista, amenazaban la reciente y frágil república democrática.

El domingo 9 de febrero de 1936, diez días antes de las elecciones, se celebró un banquete en el **Café Nacional, calle de Toledo, 19**. Este viejo café —inaugurado en 1885— era uno de los más elegantes de Madrid. En su techo lucían medallones alegóricos que representaban distintas regiones de España y sus escudos regionales. Sus salones para recepciones podían albergar hasta 400 comensales.

El objetivo principal de ese acto fue manifestar el apoyo de los intelectuales y artistas al pacto electoral de la centroizquierda. La influencia creciente del Partido Comunista se vio en el protagonismo central que tuvieron Rafael Alberti y su mujer María Teresa León. Neruda lo recordó

Puerta del Sol en 1935.

así: «En el último regreso de Alberti de Rusia y México, en el gran homenaje que en su honor tuvo lugar en Madrid, Federico le ofreció, en nombre de todos, aquella reunión con palabras magníficas»[181].

En realidad, Lorca leyó un manifiesto político-electoral titulado «Los intelectuales con el bloque popular», firmado por más de 300 artistas, escritores, e intelectuales.

El resultado de las elecciones generales llenó de alegría a esos firmantes. El Frente Popular obtuvo el 48,69 % de los votos y —gracias a la división de las derechas— más de un 60 % de los escaños de diputados. Sin embargo, esta mayoría absoluta en el Congreso escondía disensiones profundas entre moderados y radicalizados tanto dentro del Frente Popular como al interior de sus partidos principales.

181 Neruda, PNHN, 33.

Escribe Ian Gibson:

> El PSOE está ya trágicamente dividido entre los seguidores del moderado Indalecio Prieto y los del prácticamente revolucionario Francisco Largo Caballero. A pesar de haber apoyado el programa electoral del Frente Popular, el partido se ha negado a participar en el nuevo Gobierno, al igual que los anarquistas, y despilfarra sus energías en una guerra civil dentro de sus propias filas.[182]

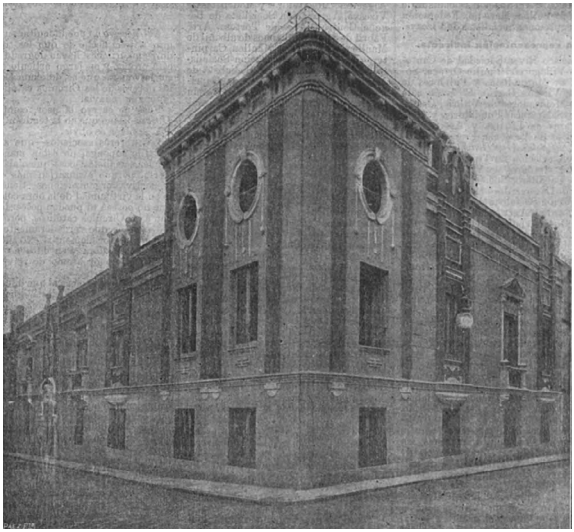
Por su lado, el llamado Frente Contrarrevolucionario obtuvo un 46,48 % de los votos. En buenas cuentas, España salía de las elecciones polarizada y fraccionada, a la vez. Los enfrentamientos a tiros entre los grupos radicalizados se hicieron más frecuentes, igual que los atentados y asesinatos por motivos políticos. El gobierno del Frente Popular soportó desde su inicio un fuego amigo: huelgas promovidas por los sindicatos socialistas y anarquistas.

Pero la vida y la literatura continuaban. Las actividades sociales, literarias y políticas se alternaban y mezclaban a una velocidad vertiginosa. El 28 de marzo de 1936 en la **Casa del Pueblo, calle Piamonte, 2**, se realizó un acto de solidaridad con Luis Carlos Prestes, dirigente comunista brasileño apodado «el caballero de la esperanza», que había sido encarcelado por el régimen de Getulio Vargas. Rafael Alberti y Federico García Lorca recitaron poemas[183]. Sabemos que Neruda estuvo presente[184], pero debió hacerlo con discreción dada su investidura diplomática y también porque ese era un recinto partidista comprometido en actividades revolucionarias. Dos años antes se había descubierto ahí uno de los arsenales reunidos por el PSOE y la UGT para el levantamiento que protagonizaron en el mes de octubre de 1935.

En marzo de 1936 la embajada de Chile se mudó a la **calle del Prado 26**. Desde entonces y hasta su partida de Madrid en noviembre de ese año, Neruda debió visitar con cierta frecuencia esa nueva sede, que Carlos Morla describió así:

---

182 Gibson, 792.
183 Gálvez, 94.
184 Schidlowsky, 296.



Casa del Pueblo, calle de Piamonte, 2, en 1908.

Portal de calle del Prado, 26. ©C. Franz.

> Mis Embajadores [Aurelio Núñez Morgado y su mujer] han arrendado la magnífica y aplastante casa de la Marquesa de Campo Real. Es como un palacio. Está llena de tesoros. Se dice que hay dos millones de duros en objetos de arte. Hay Grecos, Murillos, Goyas, Sorollas, etc. Cada silla es una pieza de museo. Dada la situación, estos marqueses temen ser objeto de asaltos y alquilan sus viviendas a las Embajadas para preservarlas. Los Embajadores se han convertido en conservadores de museos.[185]

Tras el estallido de la Guerra Civil, esa casa y otras alquiladas para el efecto se llenarían de refugiados: políticos, nobles, curas, militares y simples civiles, perseguidos por sus ideas de derecha, por sus actividades contra el gobierno, o simplemente por su oficio, su fe o su extracción social. La Embajada de Chile amparó a más de dos mil personas durante la Guerra Civil. En total, el cuerpo diplomático acreditado en Madrid refugió a unos ocho mil asilados. Después de la caída de la ciudad en manos de los sublevados, el 28 de marzo de 1939, la embajada chilena dio asilo a diecisiete republicanos connotados que no alcanzaron a escapar de la ciudad a tiempo. Dar refugio a tanta gente durante casi tres años fue una tarea humanitaria diplomática de gran complejidad. Pusieron obstáculos tanto el gobierno local como el chileno. En Chile, la opinión pública se dividió tanto que algunos tratadistas han hablado de que allá estuvo «otro frente de combate» durante la guerra civil[186].

En abril de 1936 apareció el esperado libro de Luis Cernuda *La realidad y el deseo*. El día 19 de ese mes sus contemporáneos lo celebraron con una cena en el **Restaurante Los Galayos**, **calle de Botoneras, 5, Plaza Mayor**. Asistieron, entre otros, Santiago Ontañón, Maruja Mallo, La Argentinita, Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, Pedro Salinas, Rafael Alberti, María Teresa León, José Bergamín, Manuel Altolaguirre y Concha Méndez.

En una fotografía de aquella comida se reconoce a Maruca, de pie, a la izquierda (la mujer más alta) y a Neruda, en el centro, de pie junto al quicio de la puerta. Por su lado, Delia está sentada en la esquina opuesta a Maruca en el extremo derecho de la mesa. Esta distancia triangu-

185 Morla, I, 519. Entrada en su diario de 23 de marzo de 1936.
186 Ver Barchino y Cano, 20.

«Ultima cena de la generación del 27». Restaurante Los Galayos.

lar casi parece coreografiada para disimular el trío adulterino que todos en ese grupo ya conocían. Todos, menos la infeliz Maruca, seguramente. Algunos han rotulado a esa velada como «la última cena de la Generación del 27». Lo cierto es que, posteriormente, hubo otras últimas cenas. Y en ellas también participó Neruda.

El país estaba al borde de un estallido. Los socialistas más extremos, como Largo Caballero, presionaban por cambios revolucionarios acelerados. Dentro y fuera de España mucha gente percibía la inminencia de un reventón.

Entre el 1 y el 5 de mayo estuvieron en Madrid André Malraux, Henri-René Lenormand y Jean Cassou para manifestar su apoyo al nuevo gobierno en nombre del Frente Popular francés. El 2 de mayo participaron en un acto de masas en la Plaza de la Independencia (Puerta de Alcalá). El 3 de mayo Malraux pronunció un discurso en el anfiteatro del Ateneo titulado «Respuesta a 64 intelectuales fascistas». El 5 de mayo Neruda concurrió al banquete de despedida que se les ofreció en el Restaurante de la Estación del Norte, antes y actualmente llamada **Estación del Príncipe Pío**.

Estación del Norte, ya iniciada la Guerra Civil.

Otra «última cena». Hostería Cervantes, calle del Marqués de Cubas.

Otra última cena se ofreció el 13 de mayo de 1936 en la **Hostería Cervantes, calle del marqués de Cubas**[187]. Esta fue un banquete en homenaje al pintor aragonés Hernando Viñes y su mujer Lulu Jourdain, íntimos amigos de Luis Buñuel en cuya casa de Madrid estaban alojados. La foto muestra una concurrencia aún más nutrida que en la última cena anterior. Neruda aparece de pie a la derecha, esta vez junto a Maruca.

El 14 de mayo de 1936 el diario *El Sol* publicó un artículo de Neruda que ensalzaba la obra escultórica de Alberto Sánchez Pérez. Las esculturas de Sánchez se habían expuesto en el **Centro de la Construcción** o CEIPC (Centro de Exposición e Información Permanente de la Construcción), ubicado en **Carrera de San Jerónimo, 32**. Sin embargo, la exposición fue

187 Gibson, 794, dice: «El ágape tiene lugar [...] en la Hostería Cervantes, popular establecimiento de la calle del marqués de Cubas, a dos pasos del Círculo de Bellas Artes». Pero no he logrado dar con la dirección exacta ni alguna otra referencia a esa hostería.

un fracaso y Sánchez decidió retirarla antes de su fecha de término. El propio Neruda lo ayudó a desmontarla[188].

Unos días después, el 30 de mayo, Neruda intervino en un recital al aire libre en el **paseo de Recoletos** junto con García Lorca, Aleixandre, Alberti, Altolaguirre, Cernuda, y Serrano Plaja[189].

Durante el mes de junio la situación política empeoró aún más. Los tiroteos en las calles eran cosa cotidiana. Por ejemplo, a fines de ese mes José Caballero visitó a García Lorca en su piso de la calle de Alcalá 102, y este le mostró «el impacto de una bala que se ha incrustado en el dintel de una puerta. «Poco ha faltado para que me encontraras muerto», le asegura»[190].

El día 8 de julio García Lorca cenó en casa de los Morla. También asistió su amigo y mentor Fernando de los Ríos, político socialista reformista. Conversaron sobre la situación política cada vez más peligrosa. Carlos Morla anotó en su diario:

> Federico hoy ha hablado poco; se halla como desmaterializado, ausente, en otra esfera. No está como otras veces, brillante, ocurrente, luminoso, pletórico de confianza en la vida y rebosante de optimismo.
>
> Por fin murmura su profesión de fe habitual: «él es del partido de los pobres». Pero esta noche —como pensando en voz alta— agrega una frase más: «él es del partido de los pobres..., pero de los pobres buenos».[191]

Sí, Lorca estaba cada vez más angustiado por la radicalización política. Tres días después, en la noche del 11 de julio, cenó en la Casa de las Flores con Neruda, del Carril y otros invitados. Esa tarde un grupo de falangistas había tomado Radio Valencia, por cuyos micrófonos habían anunciado una inminente Revolución Fascista. Gibson relata esa cena:

---

188 Olivares, 302. En su artículo Neruda fustiga, de pasada y sin nombrarlo, a Juan Ramón Jiménez que había caricaturizado al chileno en las páginas del mismo diario. Lo llama «barbudo confitero poético».

189 Schidlowsky, 296.

190 Gibson, 814.

191 Morla, I, 538.

> ... presente un diputado socialista, Fulgencio Díez Pastor. Lorca, adivinando que sabe más de lo que dice, le acribilla a preguntas. ¿Qué ocurrirá? ¿Va a haber un golpe militar? ¿Qué debe hacer él? Finalmente estalla: «¡Me voy a Granada!».[192]

Esa fue la última vez que Neruda vio a García Lorca.

Al día siguiente, el 12 de julio, fue asesinado el teniente José del Castillo (casualmente o fatídicamente, compañero de colegio de Lorca en Granada). Castillo era un militar profesional, asignado a la Guardia de Asalto en Madrid, a la vez que, paralelamente, instruía en técnicas de combate y manejo de armamentos a la Milicia Socialista. Esa misma noche, otros guardias de asalto y militantes socialistas se vengaron asesinando al líder más conocido de la derecha promonárquica, José Calvo Sotelo. En la madrugada del día 13 lo sacaron de su casa y le dispararon en la nuca. Aquel tiro gatilló la sublevación militar que vendría cinco días después.

El mismo día 13, en la noche, los Morla recibieron a numerosos amigos. El diario del diplomático recoge la tensión extrema que se vivía:

> Cena muy concurrida en casa, dentro de una atmósfera difícil de definir. Hay en ella, sin duda, depresión y vergüenza, pesadumbre de la que nadie pude sustraerse, sean cuales sean las tendencias presentes.
>
> Han venido, [entre otros] Pablo Neruda, Manolito Altolaguirre, Rafael Martínez, Luis Cernuda —que reaparece después de un prolongado eclipse—, Concha Méndez, Concha Albornoz y Delia del Carril, que pretende culpar del crimen a los que califica de «fascistas» que lo habían cometido —dice— con el fin de atribuírselo en seguida al campo adversario». [...] En la calle se oyen galopes de caballos. Sin duda que son patrullas que pasan. Sensación de que el mundo se viene abajo en España.[193]

192 Gibson, 841.

193 Morla, I, 539.

Así fue. Los días 17 y 18 de julio se sublevaron muchas guarniciones militares en el protectorado español de África y en la península. El golpe militar contra el gobierno del Frente Popular triunfó en algunas regiones, pero fracasó en otras. España quedó dividida en dos sectores geográficos controlados por fuerzas enemigas entre sí. Había empezado la Guerra Civil.

4. Estalla la Guerra Civil

Muchos años después Neruda recordaría que, para él, la guerra empezó un día después de la sublevación militar. «Todo empezó para mí la noche del 19 de julio de 1936. Un chileno simpático y aventurero, llamado Bobby Deglané, era empresario de *catch-as-can* en el gran circo Price de Madrid»[194].

Por aquel entonces y hasta comienzos de los años 60 el Teatro Circo Price funcionaba en **Plaza del Rey, 7**, en Chueca[195].

Continúa Neruda: «Le manifesté mis reservas sobre la seriedad de ese "deporte", y él me convenció de que fuera al circo, junto con García Lorca, a verificar la autenticidad del espectáculo. Convencí a Federico y quedamos en encontrarnos allí a una hora convenida»[196].

Quizás Neruda y Lorca convinieron esa cita durante la cena en la Casa de las Flores, el 11 de julio. Pero el día 13 en la noche el segundo partió precipitadamente a Granada. Por ese motivo y considerando que había un golpe de estado en marcha la ausencia de Lorca en el circo era más bien previsible. Neruda sí que asistió. Quizás intentaba distraerse, aún se resistía a aceptar que la vida madrileña alegre y bohemia estaba por terminar. Sin embargo, esa misma noche, cuando los amigos regresaban del *catch-as-can*, la revolución desatada como respuesta al golpe de estado les salió al paso. El gobierno había entregado más de cinco mil fusiles a los sindicatos fieles al Frente Popular. Neruda: «Cuando en la noche del 19 cruzábamos Madrid con el gran músico chileno Acario Cotapos, vimos las primeras escopetas, las primeras pistolas en manos

194 Neruda, OC, V, 529.
195 Durante la II República la Plaza del Rey pasó a llamarse Plaza García Hernández.
196 Neruda, Ídem supra.

Circo Price en la Plaza del Rey. 1959.

del pueblo»[197]. Luis E. Délano contó esa primera visión de la guerra con más detalle:

> ... en la noche, cuando íbamos Pablo, Cotapos y yo en un taxi, nos detuvieron frente a una organización proletaria algunos obreros armados de fusiles y pistolas. Nos identificamos y seguimos. Al día siguiente, en donde uno se hallara debía mostrar sus documentos a jóvenes y muchachas de los partidos políticos.[198]

En Madrid, el foco principal de la sublevación estuvo muy cerca del domicilio de Neruda, a unas diez calles de la Casa de las Flores. Las tropas se habían alzado en el Cuartel de la Montaña, situado en la **Montaña del Príncipe Pío, donde actualmente está el Templo de Debod**.

197 Neruda, OC, IV, 395-6.
198 Délano, 97.

Cuartel de la Montaña (1875).

Dos años después, en un discurso pronunciado en Santiago de Chile, Neruda evocó esa primera batalla de la Guerra Civil librada en el casco urbano de Madrid:

> ... mi casa situada a corta distancia del Cuartel de la Montaña se sacudía entera a cada explosión, también se sacudía de orgullo el corazón del mundo. [...] Os contaré la historia de mis dos criadas, Pepa y María. El 21 de julio no hubo comida ni limpieza en mi casa porque las dos, una de dieciséis y otra de dieciocho años habían tomado parte formando en las desordenadas filas de las primeras horas en el asalto y caída del Cuartel de la Montaña. Llegaron a mi casa al día siguiente y aquellos dos ángeles iletrados de Andalucía, aquellas dos criaturas ruborosas y dulces, tenían heridas las manos de disparar, habían entrado de las primeras al cuartel [...]. Las calles olían a pólvora, los milicianos habían sacado fusiles y cascos y uniformes de la vieja fortaleza. [...] ¡Camiones llenos de sonrisas manchadas de humo, estrépito de vivas a la República, de vivas a

> España, color de banderas nacionales, ráfaga de luz y fuego, 21 de julio sagrado en la historia del pueblo que es la historia del mundo![199]

Neruda equivocó las fechas: el asalto y caída del Cuartel de la Montaña ocurrieron el día 20 y no el 21. Además, en su arenga no explicitó que esos «vivas» lanzados por los milicianos triunfantes fueron precedidos por muchos «mueras». Una parte de los sublevados quería rendirse, pero otros resistieron. El cuartel, rodeado por 8.000 hombres, fue bombardeado por tierra y aire. Tras su victoria, los triunfadores lincharon a unos 200 sublevados[200].

En el cuartel conquistado los milicianos capturaron un importante arsenal que se sumó al armamento entregado por el gobierno. En cosa de días Madrid pasó a ser una ciudad en armas. La autoridad coercitiva del gobierno se diluía en manos de las diferentes milicias socialistas, anarquistas, comunistas y de otras facciones. Instituciones públicas y casas privadas fueron confiscados y cambiaron sus funciones.

La Alianza de Intelectuales Antifascistas se instaló en el incautado **Palacio de Zabálburu, Marqués del Duero, 7** (también llamado Palacio de Heredia-Spínola por la alianza familiar con ese linaje). Muchas personalidades nacionales y extranjeras visitaron ese caserón de estilo ecléctico, una especie de neogótico racionalista. Otros se mudaron a vivir ahí. Por ejemplo, Rafael Alberti y su mujer, María Teresa León, cuya casa en Argüelles había sido bombardeada.

Delia del Carril y Neruda visitaron la nueva sede de esa Alianza. La mujer de Carlos Morla Lynch los acompañó. Morla consignó esa visita en su diario:

> Allí están los Alberti, en departamentos espléndidos. Cotapos —que en el fondo es un humorista— le ha mostrado a Bebé [apodo de la mujer de Morla], sin falso pudor, su habitación. Es la habitación de la marquesa. Duerme en una cama llena de cortinajes y pieles de armiño.[201]

---

199 Neruda, OC, IV, 395-6.

200Véase Hugh Thomas, 1976, pp. 254 y ss.

201 Morla, II, 74. Entrada del diario de 19-9-36.

Marqués de Urquijo esquina de Pintor Rosales, en 1937.

Rafael Alberti recordó ese lugar de otro modo:

> Nuestra Alianza era un jubileo de pintores, actores, periodistas, poetas, escritores, políticos, tanto españoles como extranjeros. No debo olvidar, en ningún momento, la presencia de César Vallejo, Vicente Huidobro y la de Neruda, que aún era cónsul de Chile en Madrid, o Ernest Hemingway.[202]

Alberti y sus camaradas vivían la guerra con entusiasmo revolucionario y esperanza en el triunfo de su causa. Pero otros escritores e intelectuales, especialmente de generaciones mayores, experimentaban emociones diferentes.

Ramón Gómez de la Serna decidió abandonar Madrid, dejando atrás su casa —donde había recibido a Neruda— y su amada Cripta de Pombo. Narró ese trance con su habitual tono semiburlesco:

> Agosto (de 1936) apretaba y oí la conminación de cerrar las ventanas durante la noche —cuando yo trabajaba—, decidiendo en vista de eso marcharme a América. [...] Como fundador con Azorín del P.E.N. Club en Madrid, mi estratagema fue pedir un pasapor-

202 Alberti, 2, 63.

Café Granja El Henar, años 30.

te para asistir al Congreso de los P.E.N. Club, que se celebraba en Buenos Aires.

Lo conseguí y la víspera de marcharme, al pasar frente a la terraza de la **Granja El Henar [calle Alcalá, 40]**, al lado del Círculo de Bellas Artes —donde había de estar la Checa—, con una imprudencia trágica grité a la tertulia de los poetas:

—De aquí hay que marcharse... Yo me voy mañana.

—¡Y nosotros que íbamos a nombrarle nuestro Máximo Gorki! —exclamó Delia del Carril, la mujer de Neruda.

—Renuncio... Usted también debería de estar allí...

—Sí —me contestó irónica—. Cuando esto se pone más interesante.

[...] Me fui con la convicción de que si me hubiese quedado hubiera sido el que habría encontrado menos de comer que nadie.[203]

203 Gómez de la Serna, *Automoribundia*, 611.

Esas palabras de Delia del Carril eran doblemente irónicas. Su alusión a Gorki implicaba que la revolución española en marcha necesitaría una literatura como la de ese gran padrino del realismo socialista. Nada más distante del estilo y espíritu de Gómez de la Serna. Este intuía que, de implantarse la dictadura del proletariado que Delia propugnaba, él no tendría sitio en la nueva España.

A pesar de esas diferencias, Gómez de la Serna exaltó la poesía de Neruda en sus memorias y después este le correspondió en las suyas con alabanzas similares (y sin mencionar el franquismo en el que había incurrido Gómez de la Serna).

Durante esos días los peligros en Madrid eran mucho más que estéticos. Menudeaban los «paqueos» y los «paseos». Los primeros eran disparos a mansalva efectuados por francotiradores de la «quinta columna», falangistas en su mayoría. Los segundos eran asesinatos cometidos por milicias republicanas contra personas a las que —a su arbitrio— consideraban como enemigos. La rabia provocada por los paqueos y por las noticias de masacres cometidas por el bando nacional aceleraba el ciclo infernal de las venganzas. Antony Beevor narra uno de esos episodios:

> Durante la noche del 22 al 23 de agosto, en Madrid, al poco de una incursión aérea y tras la llegada de noticias sobre la matanza de 1.200 republicanos en la plaza de toros de Badajoz, tuvo lugar una cruel venganza. Al hacerse público que un grupo de falangistas y presos comunes se había amotinado en la [Cárcel] Modelo provocando un incendio, un tropel de milicianos enfurecidos se dirigió a la cárcel, «sacó» a unos treinta presos de los 2.000 que había y los asesinó allí mismo. Entre los muertos estaban los falangistas Julio Ruiz de Alda y Fernando Primo de Rivera; José Mª. Albiñana, fundador del Partido Nacionalista; los ex ministros Ramón Álvarez Valdés, Manuel Rico Avello y José Martínez de Velasco, y el anciano Melquíades Álvarez. Quizá nunca estuvo tan tentado Azaña como aquel día de dimitir de la presidencia de la República.[204]

204 Beevor, 139.

Cárcel Modelo, al comienzo de la Guerra Civil.

Otros historiadores reducen el número de los asesinados. Pedro Montoliú afirma que fueron 21[205], a los que habría que sumar cinco presos que murieron baleados desde afuera de la cárcel.

Azaña no dimitió, pero lloró la muerte de Melquiades Álvarez, un republicano de centro derecha. Indalecio Prieto fue más enfático: «con esta brutalidad hemos perdido la guerra», afirmó.

La **Cárcel Modelo** de Madrid —edificio inspirado en el panóptico de Bentham—, se levantaba en el solar que hoy ocupa el **Ejército del Aire y el Espacio, en la calle de la Princesa, Plaza de la Moncloa**. El presidio distaba unos ciento cincuenta metros del domicilio de Neruda. Los mapas de Madrid confirman que, desde los balcones de Meléndez Valdés, 61, podía verse esa cárcel ya que entonces no existían los edificios intermedios.

Resulta asombroso y revelador de la naturaleza humana, constatar que tanto el dueño de casa como sus visitantes (Morla, Aleixandre, Délano, Rosales, etc.) recordaron las privilegiadas vistas del campo y de la sierra, pero jamás mencionaron la tétrica mole de la prisión que asomaba en el flanco izquierdo de ese paisaje.

---

205 Montoliú, 104.

Por ejemplo, en septiembre de 1936 la millonaria, reportera y activista Nancy Cunard, que visitaba el Madrid en guerra, se asomó a ese balcón en compañía de sus anfitriones para mirar «los límites de la ciudad, a los que ya se acercan los sitiadores»[206]. Tampoco ella vio esa cárcel aún atestada de prisioneros políticos.

Desde sus balcones Neruda podría haber visto la muchedumbre —«la Plaza de la Moncloa se vio pronto ocupada por miles de personas»[207]—, que exigía el ajusticiamiento de los presos políticos. Durante la noche del 22 de agosto pudo haber escuchado los estampidos de los fusilamientos sumarios. Pero no mencionó nada de eso posteriormente. Sin embargo, es seguro que el poeta se enteró. El Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid —cuyo decano era, precisamente, el embajador de Chile, Aurelio Núñez Morgado— protestó por esa matanza ante el gobierno de la República amenazando retirarse de España si no cesaban los asesinatos en la cárcel.

Neruda tomó otra postura. En su poemario de guerra *España en el corazón*, justificó, en general, la furia vengativa del pueblo:

> Cuando en los tenebrosos cuarteles, cuando en las sacristías
> de la traición entró tu espada ardiendo,
> no hubo sino silencio de amanecer, no hubo
> sino tu paso de banderas,
> y una honorable gota de sangre en tu sonrisa.[208]

Años después, en sus memorias, el poeta maduro adjudicó «esa gota de sangre en la sonrisa» a los anarquistas:

> Por lo general se situaban a las puertas principales de los edificios, en grupos que fumaban y escupían, haciendo ostentación de su armamento. Su principal preocupación era cobrar las rentas a los aterrorizados inquilinos. O bien hacerlos renunciar «voluntariamente» a sus alhajas, anillos y relojes. Volvía León Felipe de una de sus conferencias anarquizantes [Felipe era simpatizante de la FAI,

206 Olivares, 344.
207 Montoliú, 102.
208 Neruda, OC, I, 369. Madrid, 1936.

Neruda, Cunard, del Carril y Délano. Balcón de la Casa de las Flores, septiembre de 1936.
©Lola Falcón. Archivo Fundación Neruda.

> Federación Anarquista Ibérica], ya entrada la noche, cuando nos encontramos en el café de la esquina de mi casa[209].

Probablemente, ese café de la esquina era el **Café-Bar las Flores, Hilarión Eslava s/n, esquina Rodríguez san Pedro**. Aunque Neruda también podría referirse a los **Cafés Princesa, de calle Alberto Aguilera, 64**, o al popular **café España**, en la esquina de Princesa con Serrano Jover, ambos muy cercanos a la Casa de las Flores[210].

Continuemos con el relato de Neruda:

> El poeta llevaba una capa española que iba muy bien con su barba nazarena. Al salir rozó, con los elegantes pliegos de su atuendo romántico a uno de sus quisquillosos correligionarios. No sé si la apostura de antiguo hidalgo de León Felipe molestó a aquel «héroe» de la retaguardia, pero lo cierto es que fuimos detenidos a los

209 Neruda, OC, V, 544.

210 Las direcciones de esos tres cafés aparecen en la Guía Telefónica de 1935.

pocos pasos por un grupo de anarquistas, encabezados por el ofendido del café. Querían examinar nuestros papeles y, tras darles un vistazo, se llevaron al poeta leonés entre dos hombres armados. *Mientras lo conducían hacia el fusiladero próximo a mi casa, cuyos estampidos nocturnos muchas veces no me dejaban dormir* [énfasis mío], vi pasar a dos milicianos armados que volvían del frente. Les expliqué quién era León Felipe, cuál era el agravio en que había incurrido y gracias a ellos pude obtener la liberación del amigo.

Esta atmósfera de turbación ideológica y de destrucción gratuita me dio mucho que pensar. Sencillamente había que elegir un camino. Eso fue lo que yo hice en aquellos días y nunca he tenido que arrepentirme de mi decisión tomada entre las tinieblas y la esperanza de aquella época trágica.[211]

Ese camino que tomó Neruda fue su adhesión —por entonces todavía extraoficial— al Partido Comunista, que consideraba el más disciplinado y eficaz. Por ejemplo, alabó la rectitud de los milicianos de ese partido que pudo observar, también cerca de su casa, en el **Palacio de Liria, calle de la Princesa 20-22**.

Apenas declaradas las hostilidades el Palacio de Liria había sido incautado por el Partido Comunista. Neruda lo visitó poco antes de dejar Madrid, a comienzos de noviembre de 1936. Las grandes obras de arte de la Casa de Alba habían sido trasladadas antes para protegerlas, así que debió conformarse con curiosear en los armarios donde encontró:

... la más grande colección de zapatos que nunca he visto. Este último duque nunca aumentó su pinacoteca, pero su zapatería era sorprendente e incalculable [...] los milicianos, fusil al brazo, no permitían que ni siquiera una mosca tocara aquellos zapatos. «La cultura», decían. «La historia», decían. Yo pensaba en los pobres muchachos de alpargatas deteniendo al fascismo en las cumbres terribles de Somosierra, enterrados en la nieve y el barro.

Ya me retiraba con sombrío desencanto cuando tuve mi recompensa. Los milicianos me invitaron a almorzar. [...] Después de algunos cuchicheos, vueltas y revueltas, recibos que se firmaban,

211 Neruda, OC, V, 545 y ss.

Palacio de Liria, recién incautado.

> sacaron una polvorienta botella. Era un «lachrima christi» [sic] de cien años, del cual apenas me dejaron beber unos cuantos sorbos.
>
> Una semana después, los bombarderos alemanes dejaron caer cuatro bombas incendiarias sobre el palacio de Liria. Desde la terraza de mi casa [podría referirse a la terraza techada de la Casa de las Flores, que se usaba como tendedero común] vi volar los dos pájaros agoreros. Un resplandor colorado me hizo comprender en seguida que estaba presenciando los últimos minutos del palacio.[212]

Una de las pruebas más patentes del genio de Neruda es su inspiración poética imperturbable. Ya fuera en la vorágine social de la vida de bohemia, o acuciado por graves dolores familiares y cuitas amorosas, o cerca

212 Neruda, OC, V, 671 y ss.

de un frente de guerra, Neruda siempre podía escribir un poema. La suerte de aquellos combatientes sin zapatos fue el tema de su «Canto a las madres de los milicianos muertos», publicado a fines de septiembre en la revista de Alberti, *El Mono Azul*, que se preparaba en la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Ese poema crucial —«Mi primera poesía proletaria», lo llamó Neruda— representaba el compromiso entre poética y política que venían exigiéndole Alberti, González Tuñón, Delia y otros:

> No han muerto! Están en medio
> de la pólvora,
> de pie, como mechas ardiendo.
> Sus sombras puras se han unido
> en la pradera de color de cobre
> como una cortina de viento blindado,
> como una barrera de color de furia,
> como el mismo invisible pecho del cielo.[213]

Miles de esos milicianos caían arrasados por los rápidos avances del ejército sublevado que se acercaba más y más. Los aviones Junker y Heinkel alemanes y los Fiat italianos combatían con los Chatos y los Moscas soviéticos en el cielo de Madrid. A mediados de septiembre los víveres escaseaban y las tabernas y restaurantes, que tanto gustaban a Neruda, tenían poco que ofrecer. El 19 de ese mes Morla anotó en su diario:

> Pablo Neruda me ha invitado a almorzar con Alfonso Aldave, ex secretario de la Sección de Seguridad. Viene Delia del Carril, naturalmente. Recorremos varios sitios como «el Rosón», «Casa Eladio», pero en ninguna parte hay comida. Todo se va acabando. Las pastelerías están desiertas. Ya no funcionan los teléfonos públicos y los particulares lo hacen de mala manera. Por fin, almorzamos en el **café del Norte [calle de la Montera, 54]**.[214]

213 Neruda, OC, I, 371.
214 Morla, II, 74.

Café Bar del Norte en 1919.

Para fines de ese mes el optimismo inicial de los republicanos, revolucionarios o no, había declinado. La Guerra Civil se alargaba y parecía que la ciudad podría caer. Neruda convenció a su mujer de que se marchara a Barcelona con la niña. El biógrafo de Neruda, Schidlowsky, supone que lo hizo «bajo el pretexto de que la situación en Madrid es muy inestable»[215]. Por su parte, Sáez, el biógrafo de Delia del Carril, asume que las razones fueron otras: «... por un acto que tenía que ver con su nuevo amor, Neruda convenció a Maruca de que se fuera con su hija a Barcelona, allí la recibiría el cónsul general, Tulio Maquieira»[216].

Probablemente, ambas especies de motivos convergieron en la decisión de Neruda. Y Maruca y Malva partieron a fines de septiembre. El día 23 Morla las vio por última vez:

> Voy donde Pablo Neruda, al Consulado. Encuentro allí un ambiente de consternación completa. En ese recinto, comunista a ultranza, reina el más absoluto desconcierto. La mujer de Neruda se va a Barcelona con su nena enferma, huyendo de la «entrada de los facciosos en la capital».[217]

215 Schidlowsky, 299.
216 Sáez, 106.
217 Morla, II, 76.

Nótese que Morla dice que los vio en el Consulado. Es posible que la familia se reuniera en el departamento de la calle Gaztambide, 19, porque la quinta planta de la calle Meléndez Valdés, 61, estaba demasiado expuesta y comenzaba a ser peligrosa.

Durante octubre ese peligro aumentó exponencialmente. Escribe Beevor:

> El 23 de octubre, aviones Junker 52 bombardearon Getafe y, por primera vez, la ciudad de Madrid. Las bombas que cayeron en Preciados, en Fuencarral o en la calle de la Luna hicieron una sarracina.[218]

Una de esas bombas cayó justo a la medianoche en el barrio de Argüelles bastante cerca de la Casa de las Flores. Quizás por eso Neruda, en sus memorias, la evocó con precisión: «Recuerdo la primera bomba, aquella que cayó en la calle Roso de Luna»[219].

A comienzos de noviembre, los sublevados cercaban Madrid —excepto por la carretera de Valencia— y preparaban un asalto final. La situación parecía tan desesperada que en la noche del día 6 el Gobierno de la República, con todos sus ministros, abandonó la capital y se trasladó a Valencia. El poder en la ciudad fue transferido a una Junta de Defensa liderada por el general Miaja y a un Consejo de Orden Público que aplicó medidas draconianas.

> El 5to. Regimiento comunista tomó el control de la inmensa mayoría de los operativos de seguridad y el día 6 de noviembre Santiago Carrillo [recién incorporado al PCE] fue nombrado Consejero de Orden Público. Se desencadenó entonces una avalancha de detenciones y ejecuciones sumarias que nada tuvieron que envidiar a las de julio y agosto.[220]

---

218 Beevor, 297. También cita a Luis E. Délano: «De una cola de mujeres que intentaban comprar alimentos sólo quedan trozos de carne quemada, hacinamiento de cadáveres».

219 Neruda, OC, IV, 395-6. Mario Rosso de Luna fue el nombre que recibió la calle del Buen Suceso durante la II República.

220 Beevor, 303.

Calle de la Princesa, bombardeada. 1937.

Los días 7, 8 y 9 de noviembre, funcionarios y milicianos enviados por ese Consejo de Orden Público sacaron de la Cárcel Modelo a unos mil presos políticos y los masacraron en Paracuellos de Jarama y en Torrejón de Ardoz. En los días y semanas siguientes hubo «sacas» similares en varias otras cárceles madrileñas: «En total, entre el 5 de noviembre y el 5 de diciembre, la brutal acción supuso la muerte de unos 2400 presos»[221].

El asalto final a Madrid estaba planeado para el día 8 de noviembre. El ataque principal vendría desde la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria hacia Moncloa y la calle de la Princesa. O sea, en dirección exacta de Argüelles y la Casa de las Flores. Por un golpe de suerte, el día anterior la Junta de Defensa obtuvo esos planes secretos del enemigo y

221 Montoliú, 229.

pudo organizar una resistencia exitosa. Madrid honró el lema republicano «no pasarán» y aguantó todavía dos años más.

Neruda no se quedó para ver esa resistencia. «El poeta abandonó la capital por temor a los bombardeos y porque la Casa de las Flores estaba cada vez más al alcance de la artillería rebelde»[222]. Escribe Schidlowsky:

> … el 8 de noviembre de 1936 Neruda, Delia del Carril, Délano y su mujer [Lola Falcón], huyen de Madrid. Salen rápidamente, sin permiso oficial [de su embajada o del Consulado General], en dirección a Valencia a la que llegan después de ocho horas de viaje. Esta huida le acarreará problemas a Neruda con el Ministerio en Santiago.[223]

En efecto, Neruda había abandonado su puesto de manera tan precipitada que dejó atrás los sellos fiscales que debía custodiar. Para recuperarlos, unos días después el poeta envió de regreso a su secretario. Su mujer, Lola, se quejó retrospectivemente: «En medio de esos horrores, Luis Enrique debió viajar a Madrid para rescatar el timbre y los documentos del Consulado, arriesgando la vida y dejándome a mí con el alma en un hilo»[224].

Otros se quedaron en Madrid. El día 7 de noviembre Carlos Morla había anotado en su diario:

> El gobierno, sin preaviso, se ha ido a Valencia dejando al cuerpo diplomático a su suerte […]. Nos quedaremos en Madrid con todos nuestros refugiados y que sea lo que Dios quiera… Las izquierdas piden asilo atolondradamente, Santiago Ontañón, Ricardo Baeza […]. Pablo Neruda, aterrado, no pensando más que en sí mismo se va mañana temprano, por la carretera de Valencia.[225]

---

222 Loyola, *Los pecados…*, 158.

223 Schidlowsky, 309. Además, el biógrafo de Neruda transcribe la reprimenda telegráfica que le dirigió su jefe, el habitualmente gentil cónsul Maquieira: «Tratándose estampillas consulares de que Ud. es único responsable, debería haber dejado bajo su responsabilidad persona su confianza como encargado consulado».

224 Loyola, ídem supra, 159.

225 Morla, II, 103.

Si efectivamente Neruda tomó esa decisión el día 7, podría ser que él y Delia —«el ojo de Molotov»— ya tuvieran información, a través de sus contactos en el partido, sobre ese ataque inminente que amenazaba directamente al barrio de Argüelles. Ese dato habría acrecentado las prisas que describió Lola Falcón, cuando Neruda apareció sorpresivamente en su domicilio de la calle Rodríguez San Pedro, muy cerca de la Casa de las Flores:

> Entró Pablo a nuestra casa y dijo así: «Nos vamos. Tenemos que irnos ahora. El auto espera en la puerta y no sabemos si tendremos otra oportunidad de conseguirlo. No hay espacio para nada, así es que lleven lo mínimo posible..., lo mínimo».[226]

Así acabó la segunda estadía de Pablo Neruda en Madrid. Había durado dos años, cinco meses y ocho días.

226 Citado por Loyola, ídem, 158.

TERCERA PARTE.
MADRID POR ÚLTIMA VEZ

Esquina de Hilarión Eslava y Rodríguez San Pedro. 1937.

«Me gustaba Madrid y ya no puedo
verlo, no más, ya nunca más...».

Pablo Neruda. *Memorial de Isla Negra.*

Tras pernoctar en Valencia, Pablo Neruda se trasladó a Barcelona donde el día 10 de noviembre de 1936 se reencontró con su mujer y su hija. Desde allí, unos días después los tres viajaron a Marsella adonde había sido trasladado —debido a la guerra— el Consulado General con jurisdicción sobre Barcelona. Suponemos que allí el cónsul Tulio Maquieira recibiría los famosos sellos fiscales recuperados por el valiente Délano.

Esa nueva convivencia con Maruca y Malva duró menos de un mes. El día 8 de diciembre de 1936 Neruda las llevó a Mónaco y las dejó en el pequeño departamento de unos amigos holandeses de Maruca. Esta segunda separación constituyó, de hecho, el rompimiento final de ese matrimonio que había durado seis años. Pero no está nada claro que el poeta le expresara esa voluntad, francamente, a su mujer. Al menos, ella

nunca quiso darse por enterada. Durante años intentó reunirse con su marido. Neruda le envió dinero, de manera más o menos regular, incluso durante la Segunda Guerra Mundial[227].

Sin embargo, el poeta no hizo ningún esfuerzo para sacar a su hija y a su exmujer de Europa antes de esa hecatombe o durante ella, pese a que tuvo oportunidades para hacerlo. A mediados de 1939 Neruda fue nombrado Cónsul especial en Francia con el encargo de organizar la emigración de republicanos españoles a Chile. «Aquel trabajo intenso y dramático, al borde mismo de la Segunda Guerra Mundial, era para mí como la culminación de mi existencia»[228]. Para esa gestión la República ya derrotada fletó un barco, el Winnipeg, que trasladó a 2.200 refugiados seleccionados por Neruda hasta Valparaíso. Pero ni en esa ni en ninguna otra nave el poeta reservó un espacio para su hija enferma o su exmujer. Malva Marina murió en la Holanda ocupada por los nazis en marzo de 1943. María Antonia Hagenaar murió en 1965.

En sus memorias, Neruda relata la gesta del Winnipeg y finaliza con esta frase autocrítica: «Había pensado en todos los mundos, pero no en el hombre»[229]. Parece increíble, pero no se refiere al olvido en el que dejó a su hija enferma.

En enero de 1937 Neruda y del Carril se establecieron en París, conviviendo ya como marido y mujer. El poeta, apoyado por Louis Aragon, consiguió un trabajo en la organización del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura que se realizaría en el mes de julio en Barcelona, Valencia, Madrid y París. Como se recordará, Neruda ya había participado en el I Congreso celebrado en París dos años antes.

La Internacional Comunista y el gobierno de la República Española le dieron mucha importancia a ese II Congreso. Esperaban que intelectuales y periodistas contribuyeran a que Francia y el Reino Unido abandonaran su política de «no intervención» en España. La labor del poeta chileno fue relevante. El Ministerio de Instrucción Pública español —a cargo de un camarada comunista, Jesús Hernández Tomás— le envió un giro por 180.000 francos para financiar la invitación de autores internaciona-

227 Schidlowsky y Loyola (obras citadas) han demostrado suficientemente el apoyo económico de Neruda a su mujer e hija después de la separación.

228 Neruda, OC, V, 557.

229 Neruda, ibidem, 560.

les. Neruda firmó las invitaciones a los escritores e instituciones hispanoamericanos[230]. Desde entonces, a su gran prestigio poético se añadió una poderosa influencia política.

El II Congreso Internacional de Escritores se desarrolló entre el 4 y el 17 de julio de 1937. Muchos invitados españoles se encontraban en la propia Madrid, Valencia y otras ciudades. Entre los extranjeros algunos se habían enrolado en las Brigadas Internacionales y combatían en los diversos frentes. El resto se trasladaron desde París. El poeta Octavio Paz —entonces, un joven de 23 años— describió ese viaje que resultó determinante para su evolución política y que es revelador del nuevo poder de Neruda y de sus consiguientes riesgos:

> Mi primera duda comenzó en el tren que me llevó a Barcelona. Nosotros, los mexicanos y los cubanos (Juan Marinello y Nicolás Guillén), habíamos llegado un día más tarde a París. Allí se unieron al grupo Neruda, Stephen Spender, el escritor ruso [soviético] Iliá Ehrenburg y otros. Al caer la tarde, cuando nos aproximábamos a Portbou, Pablo Neruda nos hizo una seña a Carlos Pellicer y a mí. Lo seguimos al salón-comedor; allí nos esperaba Ehrenburg.

Luego, Octavio Paz relata que, durante esa conversación, el poeta Carlos Pellicer contó que poco antes había cenado con Trotski en México. Y sigue:

> Ehrenburg sonrió levemente y asintió con un movimiento de cabeza, seguido de un gesto indefinible (¿de curiosidad o de extrañeza?). De pronto, con voz ausente, murmuró: «Ah, Trotski...». Y dirigiéndose a Pellicer: «Usted, ¿qué opina?». Hubo una pausa. Neruda cambió conmigo una mirada de angustia mientras Pellicer decía, con aquella voz suya de bajo de ópera: «¿Trotski? Es el agitador político más grande de la historia... después, naturalmente, de San Pablo». Nos reímos de dientes afuera. Ehrenburg se levantó y Neruda me dijo al oído: «El poeta católico hará que nos fusilen...».

230 Schidlowsky, 324-5.

> La chusca escena del tren debería haberme preparado para lo que vería después: ante ciertos temas y ciertas gentes lo más cuerdo es cerrar la boca. Pero no fui prudente...[231]

Aquella frase de Neruda —«El poeta católico hará que nos fusilen...»— era, desde luego, una broma. Pero denota que Neruda ya conocía los rigores de su nueva militancia. Dentro de la Guerra Civil se libraba otra guerra intestina. Los comunistas dominaban el esfuerzo bélico de la República gracias a su control del armamento que proporcionaba la URSS y la inteligencia que proveían los militares y comisarios políticos soviéticos. El enemigo interno de los comunistas eran los socialistas moderados —algunos prestigiosos, pero cada vez más arrinconados— y sobre todo los anarquistas, a los que acusaban de trotskistas (la peor traición para un estalinista). La guerra interna con estos últimos había estallado en Barcelona y en muchas secciones del frente. Andreu Nin, el popular dirigente del POUM (Partido de Unificación Marxista), había desaparecido un par de semanas antes, secuestrado por agentes de la policía política soviéticos y españoles. Después se sabría que fue interrogado, torturado y asesinado. Su cadáver nunca apareció.

Los invitados extranjeros encontraron una España desgarrada por la Guerra Civil y un bando republicano dividido por violencias y desconfianzas internas.

El congreso fue inaugurado oficialmente el domingo 4 de julio, en Valencia, por el Jefe del Gobierno, José Negrín. Manuel Azaña, Presidente de la República, que era un escritor e intelectual reconocido, no fue invitado. La ausencia de ese republicano moderado es indicativa del sectarismo que lastraba a esa reunión de escritores y a la República en guerra. Neruda fue elegido copresidente del congreso en representación de América del Sur. Al día siguiente los delegados viajaron a Madrid en donde permanecieron desde la noche del lunes 5 al viernes 9 de julio[232].

En Madrid, los delegados internacionales fueron alojados en el **Hotel Reina Victoria, Plaza de Santa Ana, 14** (con la llegada de la Segunda

231 Paz, 24-25.

232 Esta etapa en Madrid fue denominada II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (Schneider, 126).

El delegado chino, Se-U, en un balcón del hotel Victoria. ©Walter Reuter.

República ese hotel había perdido su apelativo regio y había pasado a llamarse solo Victoria).

El día martes 6 de julio de 1937 se dio inicio al Congreso con sesiones por la mañana y por la tarde en el Salón Auditorio de la **Residencia de Estudiantes, calle del Pinar 21-23, Chamartín**[233]. Según la Guía Telefónica de 1935, en aquel entonces el ingreso a ese Salón Auditorio se hacía por la **calle Serrano, 107**.

233 Schneider, 126.

Ese primer día de sesiones fue larguísimo, colmado no solo de discursos de los delegados literarios sino también de saludos que traían los partidos, sindicatos y milicianos que combatían en el Madrid asediado. La jornada culminó con una cena en el hotel. Cuando por fin los delegados habían conseguido relajarse y algunos brigadistas o milicianos cantaban la Cucaracha con gran entusiasmo, se produjo un bombardeo. Un delegado belga lo relató así:

> De repente, una explosión singularmente cercana, después otra. [...] En seguida todas las luces se apagan, se bajan los postigos, después se encienden algunas lámparas. Los cantos se han callado. Algunos salen a la calle. Otros suben a la azotea del hotel, desde donde se pueden ver el destello de la salida del obús y la explosión de su llegada. Se inician algunos incendios.[234]

Carlos Morla describió el mismo bombardeo de esa noche que vivió en su domicilio: «Después de la cena empieza inmediatamente el bombardeo... cada vez más violento»[235].

Es revelador notar que Carlos Morla no menciona en su diario el Congreso de escritores, pese a que este aparecía profusamente en los periódicos y de que varios delegados habían sido sus amigos y habituales en su casa. Ahora, ninguno tomó contacto con él. Seguramente, porque la embajada refugiaba, en diferentes sedes, a esos dos mil derechistas que temían por sus vidas.

Uno de los invitados al congreso anotó con detalle ese ataque nocturno: «Otros delegados bajan a los pisos inferiores que se suponen más seguros. En la escalera algunos discuten en francés sobre el viaje de André Gide a Rusia»[236].

Esa discusión en la escalera era producto de una grave fisura ideológica. Gide había inaugurado el I Congreso celebrado en París en 1935. Pero después visitó la Unión Soviética y, a su regreso, publicó dos libros: *Retorno de la URSS* y una adenda, *Retoques a mi Retorno de la URSS*, que contenían críticas al culto de la personalidad de Stalin, a la desigualdad

234 Denis Marion, citado por Schneider, 162.

235 Morla, II, 227, entrada del diario de 6 de julio de 1937.

236 Malcom Cowley, citado por Schneider, 164.

social y al miedo que percibió en Rusia. Estas obras causaron una enorme polémica. Gide fue acusado de traidor y la Alianza de Intelectuales Antifascistas, presionada por Moscú, lo marginó del congreso en España.

Es probable que uno de los que discutía sobre Gide en aquella escalera del hotel fuese Neruda. Elena Garro, la joven mujer de Octavio Paz, lo situó en ese lugar y momento:

> Los intelectuales se sentaron en los escalones de piedra que llevaban al vestíbulo y esperaron a oscuras. El portón estaba cerrado [...]. De pronto un grupo de hombres enfurecidos golpeó el portón y entraron rifle en mano:
>
> —¡Aquí hay un «carca» que hace señales al enemigo desde una ventana iluminada! ¡Van a bombardear el hotel!
>
> —¿En qué piso está ese «quintacolumnista»? —preguntó Pablo Neruda, que ocupaba el primer escalón [de la entrada].
>
> —¡En el tercero! —contestaron los hombres mirándonos con ojos llenos de chispas de ira.
>
> —¡Es mi ventana! —grité y subí corriendo la escalera.
>
> Llegué a mi piso y apagué la luz. El hotel parecía vacío. Los ascensores no funcionaban, una sensación de horror me apretó la garganta. Bajé despacio para recobrar el aliento y porque no hay que correr cuando de verdad se tiene miedo. Los milicianos me echaron una linterna a la cara:
>
> —¡Es una chiquilla! —exclamaron y se marcharon.
>
> —No me hable, hijita, es usted una inconsciente. Pudieron matarnos a todos —me dijo Pablo Neruda.
>
> Los demás rieron del incidente.
>
> [...] Se contaba que se había casado con una giganta holandesa y había tenido una hija que sufría de hidrocefalia y que él no quería verla, por eso había abandonado a la madre y a la hija. [...] Él nunca dijo nada, era como si no existiera esa parte de su vida. Tal vez le daba miedo o timidez. O tal vez por eso siempre andaba un poco pasado de copas...[237]

237 Garro, posición 355 y ss.

Cine Salamanca en 1936.

En ese entonces Elena Garro tenía veinte años y era irrespetuosa e irónica. A juzgar por sus memorias nunca perdió esa irreverencia.

Al día siguiente, 7 de julio, algunos delegados viajaron a los frentes de batalla cercanos para solidarizar con los combatientes. Por la tarde, a las 19 horas, se celebró una sesión abierta a todo público en el **Cine Salamanca**, **calle del Conde de Peñalver, 8, esquina con Hermosilla**[238]. Aquel cine, inaugurado en 1935, cuyo edificio existe hasta hoy, es otro

238 Schneider, 169.

exponente del racionalismo arquitectónico en Madrid, con influencia Bauhaus e interior de estilo art decó.

En esa sala atestada por más de mil personas —tal concentración era posible porque el enemigo evitaba bombardear el barrio de Salamanca— se pronunciaron varias arengas. La más larga la dio el escritor Mijaíl Koltsov, corresponsal de Pravda, agente del NKVD (Seguridad del Estado Soviético) y reputado como «el hombre de Stalin en Madrid». Koltzov, hablando en castellano, zanjó la polémica sobre Gide comunicando la línea política dictada por Moscú:

> Hay gentes que se extrañan un poco de la decisión con que nosotros los escritores soviéticos sostenemos las medidas firmes y despiadadas de nuestro Gobierno con los traidores, los espías y los enemigos del pueblo. [...] Cualquiera que sea el libro que escriba, trate de lo que trate, el lector penetra en él hasta las más escondidas líneas y encuentra la respuesta: «por» o «en contra». La mejor confirmación de esta verdad nos la ofrece el ejemplo de André Gide. Al publicar su libro, lleno de sucias calumnias contra la Unión Soviética, dicho autor intentaba conservar la apariencia de neutralidad y esperaba mantenerse en el círculo de escritores «izquierdistas». ¡En vano![239]

Poco después, durante la Gran Purga de 1938, Koltzov sería víctima de la misma doctrina que defendió en ese congreso de Madrid. Fue sometido a un juicio-farsa en Moscú. Sus textos antes muy celebrados fueron leídos «hasta las más escondidas líneas» y los jueces encontraron que estaba «en contra». En febrero de 1940 fue ejecutado.

La broma de Neruda, sobre la posibilidad de ser fusilado por causa de unas palabras imprudentes o mal interpretadas, era más seria de lo que parecía.

El II Congreso de Escritores Antifascistas continuó el jueves 8 de julio en la Residencia de Estudiantes.

En la primera sesión de ese día, José Bergamín, presidente del Congreso en esta etapa, apoyó el ataque de Koltzov a Gide: «nosotros, los

239 Citado por Schneider, 176 y 178.

Residencia de Estudiantes, Madrid.

escritores españoles, rechazamos todo lo que sea crear enemistad con el pueblo ruso, con los escritores soviéticos»[240]. José Bergamín terminó proponiendo «silencio porque tengo poca voz y para que escuchemos el cañoneo de quienes leerán con gozo el libro de Gide»[241].

Bergamín había consultado esa posición con los delegados españoles e hispanoamericanos, así lo atestiguó el propio Koltzov[242]. Entre ellos, es indudable que estuvo Neruda en su condición de copresidente en representación del último grupo.

En su autobiografía el poeta Stephen Spender recordó que el caso Gide fue un parteaguas en el Congreso de Escritores:

240 Citado por Schneider, 197.
241 Citado por Schidlowsky, 338.
242 Citado por Schneider, 195.

Congreso de Escritores, 1937. César Vallejo (a la izquierda), Nicolás Guillén, Juan Marinello y Pablo Neruda, entre otros.

Había un tema escondido, constantemente discutido en privado y casi siempre arrastrado a la plataforma. Esto es: los estalinistas versus André Gide, puesto que Gide acababa de publicar su famoso *Retour de l'URSS*, en el que había hecho un informe imparcial y crítico de sus impresiones de un recorrido por Rusia durante el cual había sido honrado y halagado huésped del gobierno soviético. Mucho más sensacional que el relato de Gide era la furia con que los comunistas recibieron el libro. Gide, que hacía pocas semanas había sido aclamado en la prensa comunista como el más grande escritor francés vivo que había ido a saludar a la República Obrera, se convirtió de un día para otro en un monstruo fascista, un confeso burgués decadente, y más. El Congreso de escritores se dividió por este asunto.[243]

243 Spender citado por Schneider, 194-195.

Casa de las Flores, por Meléndez Valdés, 61, bombardeada. Nótese el balcón de Neruda, en la última planta, semidesplomado.

Por su parte en la última sesión celebrada en Madrid Neruda leyó un documento, suscrito por todos los latinoamericanos y titulado Apelación desde Madrid a los escritores hispanoamericanos: «España es el futuro de todos los pueblos, pero, más enérgica y concretamente, el futuro de Hispanoamérica»[244].

En su tercera y breve estadía en Madrid, durante ese congreso, Neruda aprendió lecciones que serían vitales para su futuro político. Entre 1934 y 1936, empujado por el entusiasmo revolucionario de sus amigos y convencido por el golpe militar fascista, el poeta comprometió su arte y su vida con el partido comunista. En esta última visita, en julio de 1937, Neruda conoció y asumió los costos y obligaciones que eran una parte irrenunciable de ese compromiso. La causa no solo ofrecía un gran material poético y retórico, también imponía silencios y obsecuencias.

244 Rovira, 125.

El día miércoles 7 de julio, mientras otros delegados viajaban a los frentes de combate, o el jueves 8 en la tarde, después de la última sesión del Congreso, Neruda se dio tiempo para dos citas melancólicas. Junto a Delia del Carril visitó a Vicente Aleixandre, en su casa de la calle Wellingtonia. Aleixandre los recordó sentados en el borde de su lecho de enfermo. «Oigo la voz pausada, la voz acompañadora (que tenía como un ritmo lentísimo del alma) de Pablo»[245].

La segunda visita fue a su antiguo domicilio en la Casa de las Flores. En sus memorias narró ese postrer regreso al hogar madrileño que había dejado nueve meses antes. Lo encontró arruinado por los bombardeos.

> Miguel Hernández, vestido de miliciano y con su fusil, consiguió una vagoneta destinada a acarrear mis libros y los enseres de mi casa que más me interesaban. Subimos al quinto piso y abrimos con cierta emoción la puerta del departamento. La metralla había derribado ventanas y trozos de pared. Los libros se habían derrumbado de las estanterías [...].[246]

La Casa de las Flores resultó muy dañada por los combates. En los meses previos a esa última visita de Neruda sirvió de apostadero para milicianos francotiradores y recibió fuego graneado de los sublevados. Además, albergó una cárcel. Delante del edificio se levantó una barricada, que fue una de las últimas posiciones defensivas en ese frente madrileño.

> Me senté mirando los despojos, las manchas de sangre en la estera... Y a través de las nuevas ventanas, a través de los huecos de la metralla... Miré hacia lejos, más allá de la ciudad universitaria, hacia las planicies, hacia los castillos antiguos... Me pareció vacía España [...] entre los disparos y las canciones de guerra, la loca alegría, la increíble defensa, la muerte o la vida, aquello había terminado para mí... Era el último silencio después de la fiesta... Después de la última fiesta...[247]

---

245 Aleixandre, citado por Schidlowsky, 338.

246 Neruda, OC, V, 541.

247 Ídem, 543.

EPÍLOGO SIN REGRESO

Dejé de ver a tantas gentes, ¿por qué?
Se disolvieron en el tiempo.
Se fueron haciendo invisibles.
[...]
Dejé de ver a Federico.
¿Por qué?
Y Miguel Hernández cayó
como piedra dura en el agua,
en el agua dura.
También Miguel es invisible.

De cuanto amé, qué pocas cosas
me van quedando para ver,
para tocar,
para vivir.

Pablo Neruda, *Geografía infructuosa*, 1972

Neruda jamás volvió a Madrid. Estuvo cerca de hacerlo, pero no sucedió. Había jurado no regresar a España mientras mandara Franco (a quien dedicó versos que podrían figurar en una historia universal de la infamia: «estiércol de siniestras gallinas de sepulcro, pesado esputo»). Sin embargo, en sus últimos años el poeta manifestó deseos de retornar. Habían pasado más de tres décadas, mucha agua había corrido bajo los puentes volados de la Guerra Civil. Neruda estaba enfermo y sabía que le quedaba poca vida.

El 23 de junio de 1970 el barco de Neruda hizo una escala en Barcelona que él aprovechó para visitar la ciudad. Paseó por las ramblas acompañado por García Márquez y José Caballero, bebió whisky en un bar e hizo evocaciones nostálgicas que después publicó un medio español: «Casi todo lo que he hecho después —casi todo lo que he hecho en mi poesía y en mi vida— tiene la gravitación de mi tiempo de España...», declaró.

Y agregó unas palabras conciliadoras que habrán desconcertado y decepcionado a muchos exiliados republicanos: «Al recordar aquella época, a mí se me confunden las cosas en un gran afecto. No hago diferencias ni juzgo a nadie; no tendría cómo hacerlo. Mi amor por España y por esa época sobrepasan los sufrimientos que todos tuvimos»[248].

Esas palabras cuidadosamente medidas, contemporizadoras, «diplomáticas», fueron publicadas en Madrid en diciembre de 1971, cuando Neruda ya había recibido el Nobel. Sin duda, eran un mensaje a la dictadura franquista. Neruda estaba dispuesto a volver sin «hacer olitas», sin llamar al derrocamiento de la tiranía. En octubre de 1972, en una entrevista concedida a *ABC* de Madrid, fue más lejos; sugirió que esperaba una invitación formal. Aseguró: «Cuando me pidan que vuelva por allá estaré por allá. No dirijo yo mis pasos, es España la que tiene la palabra»[249]. Así de grande era su deseo de regresar a España y, especialmente, a Madrid.

No pudo ser. El poeta, ya consumido por un cáncer, renunció a su cargo de embajador en Francia y a fines de 1972 volvió a Chile. Murió el 23 de septiembre de 1973, pocos días después del golpe militar que derrocó al gobierno de la Unidad Popular. Desde su lecho de muerte alcanzó a ver como su país naufragaba en una tragedia similar, en ciertos aspectos, a aquella que marcó su «tiempo en España».

---

248 Neruda, en crónica de Marino Gómez Santos, publicada por *MUNDO HISPANICO*, nº 285, Madrid, diciembre de 1971, pág. 64. Citado por Panero, 57.

249 Neruda, en *ABC*, Madrid, 15 de octubre de 1972. Citado por Panero, 74.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Fundación Neruda, a su Director Ejecutivo, Fernando Sáez y a su Directora de Medios Audiovisuales, Carolina Briones Méndez, por la autorización para ilustrar este texto con algunas fotografías pertenecientes a ese archivo. Quedo en deuda, especialmente, con mi viejo amigo y Director de la Biblioteca de esa Fundación, el escritor Darío Oses, que me orientó en el laberinto de la bibliografía nerudiana.

Asimismo, manifiesto mi reconocimiento a Bernardo Reyes, sobrino de Pablo Neruda, por su gentil autorización para incluir algunas fotografías pertenecientes a su archivo familiar.

De igual forma, agradezco a Frederick Julsing y Antonio Reynaldos por su permiso para reproducir una fotografía de Malva Marina Neruda Hagenaar.

Igualmente, reconozco el aporte del bibliófilo, Patricio Pérez Aguilar, quien me mostró y permitió fotografiar algunas piezas de su magnífica colección de ediciones y manuscritos nerudianos.

También agradezco al poeta, profesor y amigo, Niall Binns, por el dato de la taberna Pascual.

Last but not least, agradezco al escritor Sergio Ramírez por haberme animado a escribir este libro. Su gentil insistencia me embarcó en la ardua pero fascinante tarea de estudiar ese período crucial en la biografía de Neruda, sobre el cual, aunque se ha escrito mucho, aún no se ha dicho y seguramente nunca se dirá, la última palabra.

BIBLIOGRAFÍA

Alberti, Rafael. *La arboleda perdida 1, Libros I y II*. Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires 1959.

— *La arboleda perdida 2, Tercero y Cuarto Libros (1931-1987)*. Alianza Editorial, Madrid, 2008.

Antiguos Cafés de Madrid. Sitio web: www.antiguoscafesdemadrid.com

Barcino, Matías, Cano Reyes, Jesús y Binns, Niall. *Chile y la Guerra Civil española. La voz de los intelectuales.* Editorial Calambur, Madrid, 2013.

Cardona Peña, Alfredo. «Pablo Neruda, Breve historia de sus libros». *Cuadernos Americanos* N°. 6, Vol. LIV, pp. 258-289. México, noviembre-diciembre de 1950.

Cleary, Eda. «Neruda en Batavia». *Le Monde Diplomatique*, edición chilena, 19 de diciembre de 2024. https://www.lemondediplomatique.cl/neruda-en-batavia.html

Concha, Jaime. *En torno a las residencias*, Estudios Públicos, 94, Santiago de Chile, otoño, 2004.

De Torre, Guillermo. «Carta Abierta a Pablo Neruda». *Cuadernos Americanos*, vol. LVII, México, mayo-junio, 1951.

— *Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de abril de 1927.

Edwards Bello, Joaquín. *Andando por Madrid y otras páginas*. Selección, ordenación y prólogo de Alfonso Calderón. Santiago: Ed. Andrés Bello, 1969.

Edwards, Jorge. *Adiós poeta*. Editorial Tusquets, Santiago de Chile, 1990.

Gálvez Barraza, Julio. Neruda y España, RIL Editores, Santiago, 2003.

Garro, Elena. *Memorias de España 1937*. Edición en formato digital. Ed. Salto de página, 2013.

Guía Telefónica de Madrid de 1935. Depósito digital de documentos de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Gibson, Ian. *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*. Edición en formato digital. Penguin Random House, Debolsillo, Barcelona, 2016.

Gómez de la Serna, Ramón. *Automoribundia 1888-1948*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1948.

González Tuñón, Raúl. *La rosa blindada*. Ediciones Horizonte, Buenos Aires, 1962.

Gutiérrez Revuelta, Pedro. «Encuentro de Neruda con la "Metrópoli": tres días en Madrid (julio 1927)». Revista *Araucaria*, Madrid, 1985, pp. 83 y ss.

La Gaceta Literaria, Madrid, 15 de abril de 1927.

López-Guerra, Rebecca Jowers. *Neruda en España: Caballo Verde Para La Poesía*, Tesis de posgrado inédita, MSU, 1980. https://doi.org/doi:10.25335/70vc-dk95

Lucas Sansón, Francisco. *Salmos del café Viena*. Editorial El Garaje, Madrid, 2011.

Loyola, Hernán. *El joven Neruda: 1904-1935*. Edición en formato digital. Penguin Random House, Lumen, Santiago, 2014.

— *Los pecados de Neruda*. Penguin Random House, Lumen, Santiago, 2019.

Macías, Sergio. *El Madrid de Pablo Neruda*, Ed. Tabla Rasa, Madrid, 2004.

— *Vida, amigos y amores de Pablo Neruda*. Globo Editores, Santiago de Chile, 2014

Montoliú, Pedro. *Madrid en la Guerra Civil, 1936-1939*. Ediciones La Librería, Madrid, 2026.

Neruda, Pablo. *Obras Completas*, volúmenes I-V, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999-2002.

— *Para nacer he nacido*, Editorial Seix Barral, México, 1979.

— *Geografía infructuosa*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1972

Olivares Briones, Edmundo. *Neruda: los caminos del mundo. Tras las huellas del poeta itinerante II (1933-1939).* Ediciones Lom, Santiago, 2001.

Ortiz de Rozas, Marilú. *Historia de un sueño fragmentado. Biografía de Mario Carreño.* Aguilar Chilena de Ediciones, Santiago, 2007

Panero, Martín. «Neruda y España». Revista Taller de Letras, UC, 1972, pp. 55 y ss.

PARES, Portal de Archivos Españoles. *Archivo Fotográfico de la Delegación de Propaganda de Madrid durante la Guerra Civil*. https://pares.cultura.gob.es/inicio.html

Paz, Octavio. *Obras completas: Edición del autor. Vol. 9. Itinerario*. Círculo de Lectores, Valencia, 1993, pp. 15-66.

Plano callejero de Madrid, en 1934. Memoria de Madrid, Archivo de Villa. https://www.memoriademadrid.es/view/391439/em-madrid-em-em-plano-em-de-sus-vias publicas?q=must,any_exclude_fulltext,contains,plano%20madrid%201934&offset=0&limit=50

Planos de la Casa de las Flores: https://lacasadelaarquitectura.es/recurso/casa-de-las-flores/102ee2f5-27c8-48d5-92c0-ff46e6eea7bd. Fuente de los planos: Servicio Histórico del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid (COAM).

Quezada Vergara, Abraham. *Pablo Neruda. Epistolario Viajero: 1927-1973*. Editorial RIL, Santiago de Chile, 2004.

Ramírez, Sergio. *Rubén Darío. Mapa de escritores iberoamericanos en Madrid*. Comunidad de Madrid, 2025.

Reyes, Bernardo. *El enigma de Malva Marina. La hija de Pablo Neruda*. RIL editores, Santiago de Chile, 2007.

Rosales, Luis. *La poesía de Neruda*. Editora Nacional, Madrid, 1978.

Rovira, José Carlos. *Pablo Neruda, álbum*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2007.

Sáinz de Medrano, Luis. *Pablo Neruda, cinco ensayos*. Bulzoni editore, Roma, 1996.

Schidlowsky, David. *Pablo Neruda y su tiempo: las furias y las penas. Tomo I*. RIL editores, Santiago de Chile, 2008.

Schneider, Luis Mario. *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937), vol. I: Inteligencia y guerra civil española*, Ed. Laia, Barcelona, 1978.

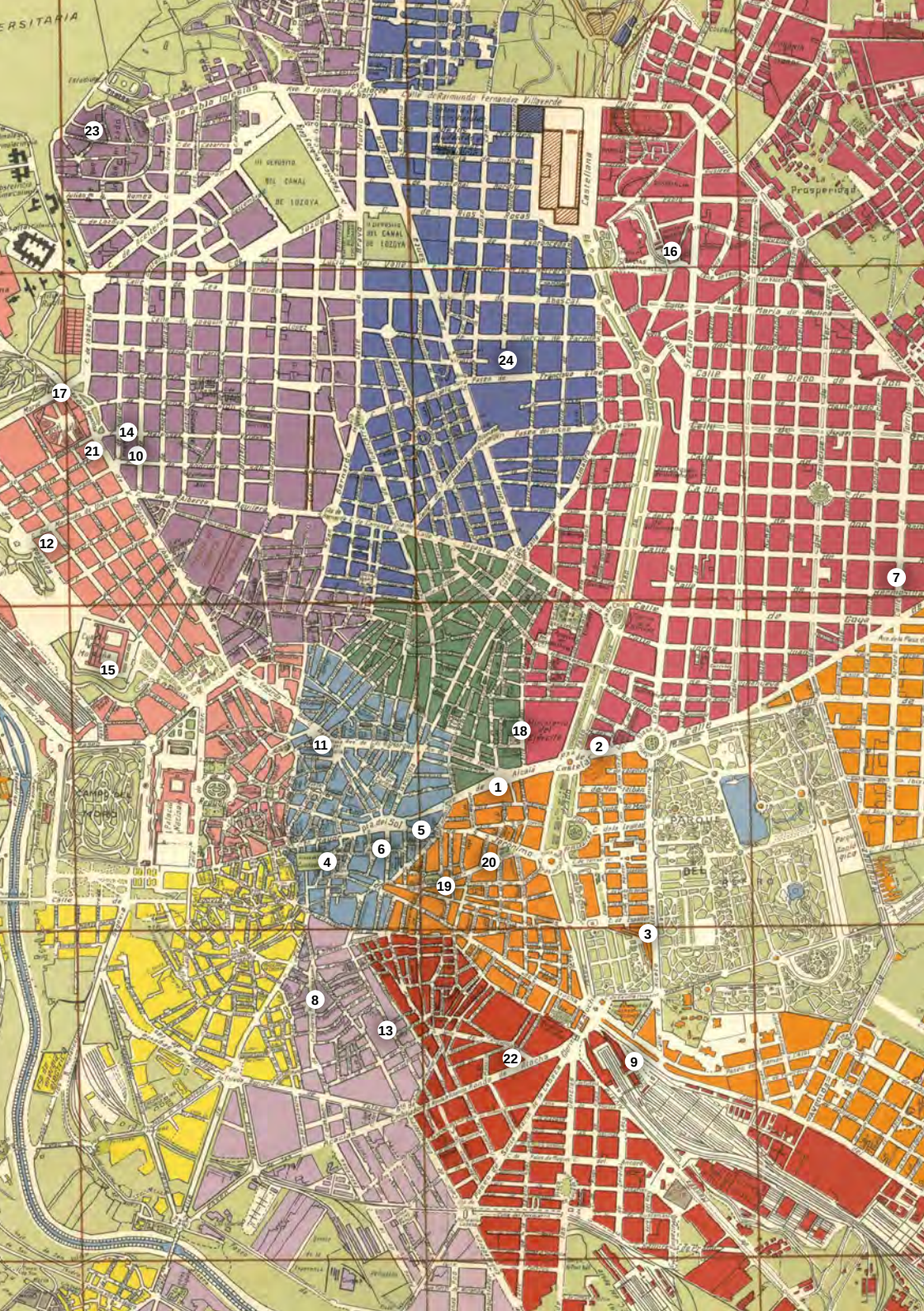
Teitelboim, Volodia. *Neruda. La biografía*. Ediciones Merán, La Roda, Albacete, 2003.

SITIOS DE PABLO NERUDA EN MADRID

En las páginas precedentes se mencionaron más de sesenta lugares madrileños que Pablo Neruda habitó, frecuentó o visitó ocasionalmente. A continuación, el lector encontrará veinticuatro de esos sitios señalados en el Plano callejero de Madrid de 1934.

1. Alcalá, 40. Café Granja El Henar
2. Alcalá, 55. Cervecería de Correos
3. Alfonso XII (calle de Niceto Alcalá Zamora), 48. Domicilio de Carlos Morla Lynch
4. Botoneras, 5, y Plaza Mayor. Restaurante Los Galayos
5. Carrera de San Jerónimo 32 «moderno» (antiguo 28). Hotel Aguilar
6. Carretas, 4. Café Pombo
7. Conde de Peñalver (calle de Torrijos), 8, esquina con Hermosilla. Cine Salamanca
8. El Rastro. Plaza del Cascorro, Ribera de Curtidores, etc
9. Estación de Atocha (antes llamada Estación del Mediodía)
10. Gaztambide, 19 (Casa de las Flores). Consulado de Chile entre octubre de 1935 y noviembre de 1936
11. Gran Vía, esquina de Jacometrezo. Edificio Capitol
12. Marqués de Urquijo, 47. Casa de Rafael Alberti y Ma. Teresa León
13. Mesón de Paredes, 66. Antigua maternidad madrileña
14. Meléndez Valdés, 61, quinta planta, centro (Casa de las Flores). Domicilio de Neruda (julio de 1934 a noviembre de 1936)
15. Montaña del Príncipe Pío. Cuartel de la Montaña (actualmente Templo de Debod)
16. Pinar 21-23, Chamartín. Residencia de Estudiantes
17. Plaza de la Moncloa. Cárcel Modelo (donde hoy está el Ejército del Aire y el Espacio)
18. Plaza del Rey, 7. Teatro Circo Price
19. Plaza de Santa Ana, 14. Hotel Reina Victoria
20. Prado (calle del), 26. Embajada de Chile desde marzo de 1936
21. Princesa (calle de Vicente Blasco Ibáñez), 83. Casa Manolo
22. Ronda de Atocha, 8. Hotel del Mediodía
23. Vicente Aleixandre, 3. Casa de V. Aleixandre. Antigua calle Wellingtonia
24. Viriato, 71 (antiguo 73). Domicilios de Manuel Altolaguirre, Concha Méndez y Luis Cernuda

Madrid: plano de sus vías públicas / Ayuntamiento de Madrid, Sección de Estadística. Artes Gráficas Municipales, 1934. (Biblioteca Regional de Madrid. Mp.IV/14)


ERSITARIA
Prosperidad
Castellana
Puerta del Sol
PALACIO
DEL
23
16
24
17
14
21
10
12
7
15
18
11
2
1
5
6
4
20
19
3
8
13
22
9

Comunidad
de Madrid